

NEWMANIANA

AÑO XVIII

AGOSTO 2008



Número

50

Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de **Amigos de Newman** en la Argentina



La tranquilidad de proteger tu auto, ahora para tu casa.



Porque con LoJack Home ahora tu hogar es mucho más seguro.
Vas a tener un servicio de alarmas de última tecnología que nunca
pierde la comunicación con la central, aún si cortan las líneas telefónicas.

Protegé tu casa, oficina o negocio
0800-122-LOJACK (5652)
lojackhome@lojack.com.ar

LO/JACK HOME
LO TUYO ES TUYO



Año XVIII - Nº 50
Agosto 2008

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Dr. Jorge Ferro

Diseño

Editorial Universidad Católica
de La Plata

Tel.: (0221) 422-6928 / 423-7375

E-mail: editorial@ucalp.edu.ar

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual Nº 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección:

Paraná 787 (1640)

Martínez

Pcia. Buenos Aires

República Argentina

fmcavaller@uolsinectis.com.ar

EDITORIAL

Más cerca de la Beatificación 2

ARTÍCULO

La aflicción en Newman 4

- Fernando María Cavaller -

SERMÓN

La aflicción "en" los escritos de Newman 20

- Traducción: Fernando María Cavaller -

PATRÍSTICA

¿Qué dicen los cánones apostólicos? 49

- Traducción: Inés de Cassagne -

POESÍA

Acción de Gracias 62

- Traducción: Jorge Ferro -



ORACIÓN

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

MÁS CERCA DE LA BEATIFICACIÓN

Desde el último número de *Newmaniana*, en diciembre de 2007, se han producido importantes progresos en la Causa de beatificación del Cardenal Newman. De hecho, algunos medios de difusión han adelantado la aprobación de un milagro. En efecto, se trata de Jack Sullivan, diácono permanente de la diócesis de Boston, USA, curado de una afección en la columna vertebral que le impedía caminar. Todos los informes relativos al caso fueron enviados a Roma en noviembre de 2006. El proceso de evaluación concluyó hacia fines de 2007, y el resultado fue enviado a dos médicos importantes, que dieron un veredicto positivo. El caso fue enviado luego a la "Consulta Médica", la comisión integrada por cinco médicos nombrados por la Congregación para la Causa de los Santos. El Postulador de la Causa, Padre Paul Chavasse, Superior del Oratorio de Birmingham, recibió el 24 de abril de este año un llamado telefónico para anunciarle que la comisión de médicos había votado por unanimidad a favor del caso. Esto significa que han aceptado que lo que pasó con Jack Sullivan no puede ser explicado en términos científicos de la medicina.

Pero, esta aceptación no es lo mismo que declarar que ha sido un milagro. Es la Iglesia la que hace semejante declaración, no los médicos. Por ello, el paso siguiente es enviar esta aceptación de los médicos a la Comisión de Teólogos. Seis teólogos se reunirán para discutir si hay un nexo de "causa y efecto" entre las oraciones que se hicieron por la enfermedad de Jack Sullivan y su inexplicable curación. Si los teólogos declaran que existe ese nexo con suficiente claridad, el caso será enviado a los Cardenales y Obispos, que forman el más alto nivel de la Santa Sede para la ratificación. Luego de esto el Cardenal Prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos pedirá al Papa que tenga a bien firmar el Decreto de Beatificación.

Como la Comisión de Teólogos no se reuniría sino después del receso de verano, esto es en septiembre, podría llegar el asunto a manos del Santo Padre antes de Navidad, y la Beatificación podría tener lugar en la primavera o en el verano europeo de 2009.

Acerca del lugar, dice el Postulador, cuyo informe estamos siguiendo a la letra, lo que ha establecido el Papa Benedicto XVI es que las beatificaciones tengan lugar en la Diócesis donde el Siervo de Dios y Venerable ha vivido o muerto, aunque puede haber algunas excepciones. Eso significaría que debería ser, en principio, en Birmingham. Pero ya se ha hecho una petición para que Newman pueda ser beatificado en Roma, dada la significación de su Causa y el interés internacional en la misma, así como el hecho de que haya sido un Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Esta petición quedará, por supuesto, a consideración del Santo Padre.

Estas noticias han llegado a nosotros en el último "Newsletter" que recibimos habitualmente, publicado por "Friends of Cardinal Newman", desde el Oratorio de Birmingham, en la publicación correspondiente al verano de 2008.

Después, nos ha llegado otra información más: la Santa Sede ha pedido la exhumación del cuerpo de Newman, de modo que se abra la sepultura en el cementerio de Rednal, se verifique el cuerpo, y se traslade ya a la Iglesia del Oratorio de Birmingham.

Sigamos orando para que pronto sea anunciada la gran fecha que todos esperamos.

Informaciones de la Asociación

Cursos

NEWMAN: AMOR A LA VERDAD

1ª jornada: Del anglicanismo al catolicismo con los Padres de la Iglesia: itinerario de fe.

2ª jornada: Los grandes principios newmanianos: sacramentalidad, dogma y desarrollo.

3ª jornada: Cristo y la Iglesia: teología, prédica y oración.

4ª jornada: Vida y obra en la Universidad: Oxford y Dublín.

Expositor: *Mons. Dr. Fernando María Cavaller*

Martes 5, 12, 19 y 26 de agosto, de 19.00 a 21.00 horas

UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

Avda. Alicia Moreau de Justo 1400 - Subsuelo - aula "C"

Entrada libre y gratuita

Celebraciones

Misa con ocasión del 118º aniversario de la muerte de John Henry Newman

11 de agosto - 19.00 horas

Parroquia Santa María de La Lucila - Santa Rosa 431 (Paraná al 800) La Lucila

Publicaciones próximas

Sermones (1er. volumen)

Selección, traducción, introducción y notas de Mons. Fernando María Cavaller, ediciones AGAPE.

El segundo volumen saldrá en octubre-noviembre, completando 40 sermones escogidos.

SALUDAMOS A TODOS LOS AMIGOS DE NEWMAN CON LA ALEGRÍA DE ESTAR
PRÓXIMOS A LA TAN ESPERADA BEATIFICACIÓN.

La aflicción en Newman

FERNANDO MARÍA CAVALLER

El título indica lo que Newman pensaba sobre la aflicción, pero podríamos decir “La aflicción de Newman”, y no cambiaría lo que queremos expresar, porque lo que Newman ha escrito sobre el tema recoge una experiencia personal, que podemos rastrear a través de sus cartas, de la *Apología*, y de testimonios varios que están dispersos en sus obras. La vida de ninguno está exenta de sufrimientos, y la de los santos menos aún, en la medida en que siguen el camino de Jesucristo de un modo más pleno, hasta configurarse con Él en las aflicciones de la cruz. Este último es, sin duda, el caso de Newman. Su visión, desde muy joven, fue extraordinariamente lúcida al respecto. Asombra leer su diario, así como el sermón que predica con sólo 24 años, todavía diácono. Su penetración en las cosas propias de la vida humana, con todas sus características, admira siempre por su realismo, y por la capacidad no común de expresar con una prosa conmovedora semejantes cuadros de situación. En efecto, es ya un consuelo poder ver estos retratos de nosotros mismos, delineados con tanta precisión, pero es aún mayor el consuelo que trae su reflexión basada en la fe, y apoyada en la vida de los grandes personajes bíblicos, de la persona misma de Jesús, y de sus discípulos, así como en la perspectiva histórica de la vida de la Iglesia, llena de ejemplos de aflicción, como una de sus

características misteriosamente queridas en el plan de salvación. Newman trata la cuestión con una profundidad no sólo humana, y aún psicológica, sino teológica: es el misterio de la cruz, el valor salvífico del sufrimiento. Nos adentra en la paradoja de la alegría en la aflicción, o de la bendición que supone la aflicción, sólo aceptable desde la fe cristiana.

Quizás, antes de leer esta selección de sermones, convenga, aunque sea muy brevemente, intentar una breve historia de las dificultades que sufrió Newman mismo en su vida, una suerte de biografía dolorosa, que lo muestra en toda su grandeza de humilde aceptación, de esperanza en el Señor. Esta experiencia personal constituye, como es sabido, una de las fuentes de la teología espiritual, la parte de la teología que estudia de manera más especial la vida espiritual, en sus condiciones y su progreso, a fin de promoverla de modo práctico. El desarrollo de la teología espiritual es posible porque se mantiene en estrecha conexión con la consideración más teórica y general de la teología especulativa, y se basa en la catequesis apostólica, en los autores espirituales y los místicos. En este sentido, Newman se nos presenta como auténtico maestro de vida espiritual. En él, precisamente, teología y vida fueron dos realidades

no separables, unidas a su vez a su conciente responsabilidad como sacerdote y predicador, es decir, a su labor pastoral. Lo que dice en alguno de los sermones acerca de la aflicción como escuela de consolación se cumple en él. Es guía espiritual por su íntima experiencia creyente frente a las pruebas y tribulaciones de la vida común de los cristianos. Por ello, su misma vida nos enseña, como pasa en las vidas de los santos, y su palabra viene avalada por alguien que ha vivido lo que predica. Si en Jesús su mensaje coincide con su misma persona, y ninguna de sus palabras está separada de su vida, en sus santos ocurre algo análogo.

1. Las aflicciones "de" Newman

Podemos hallarlas siguiendo sus *Escritos Autobiográficos*¹, las *Cartas* y la *Apología*, y descubrir que las experimentó, física y espiritualmente, desde joven.

En el Trinity College de Oxford, gana la beca de estudios, en 1818, con un examen notable, pero en 1820, al aspirar al examen final de "Honores", fracasa rotundamente, con riesgo de venirse abajo toda su carrera universitaria. Estaba agotado de tanto trabajar y, habiéndole convocado un día antes de lo que esperaba, perdió la cabeza, y se vino abajo completamente. Estuvo largos días tratando en vano de sacar sus exámenes adelante y sufrió mucho, y de nuevo y con rigor especial, después de haber abandonado. Escribe al padre: *Lo que sufro por mí no es nada comparado con lo que me hace sufrir la idea de que os he decepcionado (...) los*

*nervios me fallaron por completo y he fracasado. Pero poco después escribe: No creo que con el éxito hubiese sido más feliz de lo que soy ahora. He pasado mucho, pero las nubes se han disipado (...) Puesto que hecho lo que tenían que hacer, he ganado lo mejor*².

Ya fellow del Oriel College, por su extraordinaria timidez, se encerraba en sí mismo, y su falta de naturalidad aumentaba su torpeza, sufriendo terriblemente al acordarse de algún error social, real o imaginario, que se figuraba haber cometido. A esto habría que añadir el aislamiento mental y soledad espiritual en que le sumían sus creencias calvinistas. Los otros miembros ignoraban la causa de todo esto.³

En 1824, ya ordenado, lee *Apostolical Preaching* de Sumner, que Hawkins⁴ le ha dado. Con el libro, dice que corría el riesgo de ir a parar al calvinismo o a la regeneración bautismal, *mientras mi deseo es navegar lejos de una y otra doctrina, por lo menos en mi predicación. Soy siempre lento en decidir sobre cualquier cuestión; y la noche pasada he estado tan angustiado y desanimado por ese problema, que hasta he llegado a pensar que tendría que dejar la Iglesia*.⁵ Es de las primeras aflicciones por motivos de fe, que se multiplicarán a lo largo de su vida anglicana, hasta la conversión. Luego proseguirán en las distintas cuestiones teológicas abordadas en su vida católica.

En esa misma época estaba agobiado por la difícil situación económica de su familia. El inicio de la decadencia había sido en 1816, debido a las consecuencias financieras desencadenadas por las

1 *Autobiographical Writings*, editado por Henry Tristram, Shed and Ward, New York, 1957. Seguimos la edición española *Escritos autobiográficos*, Ed. Taurus, 1962, con su propia paginación.

2 AW 81-83.

3 AW 105.

4 Edward Hawkins (1789-1882). Fellow de Oriel en 1813, párroco de St. Mary en 1823 y Provost de Oriel en 1828 hasta 1874. Adversario del Movimiento de Oxford.

5 AW 128.

guerras napoleónicas, cuando el padre había tenido que cerrar el banco, vender la casa de campo y alquilar la de Londres. Consiguió un trabajo en una destilería de cerveza en Alton, y allí se muda la familia. Tres años después fracasó la destilería y vuelven a Londres, pero en 1822 fracasa nuevamente y tuvieron que subastar la casa con todo su mobiliario para pagar la deuda. Se mudan tres veces, terminando en Covent Garden. La catástrofe familiar obliga a John a ponerse al frente de su familia, ayudándola con sus propios ingresos. En 1824 muere su padre.

En 1825 sufre una crisis y depresión similar a la de 1820, cuando estaba actuando como examinador de la Universidad. Parece haber sufrido a lo largo de su vida estos agotamientos, de los cuales se recuperaba siempre, pero que le colapsaban durante un tiempo. En la madurez parecen haber desaparecido.

En 1828 muere, muy joven, su hermana Mary. Escribe en su diario: *Oh Mary, mi querida hermana, Oh mi hermana, mi hermana. Siento desde el fondo de mi corazón que todo está bien. Veo y se que es lo mejor para todos nosotros, según la Providencia de Dios. No me quejo en absoluto, no lo tomaría de otro modo, pero me siento enfermo y debo dejar de escribir (...)* Por algún tiempo tuve el presentimiento más o menos fuerte de que perderíamos a Mary. Fue por su extrema amabilidad de carácter y por el hecho de mi gran afecto por ella (...) Debe haber sido en octubre de 1826 que, cuando la miré, bella como era, me decía a mí mismo, no tanto como "¿vivirás?" sino "¡qué extraño que vivas aún!". Escribe a otra de sus hermanas, Jemima, poco

después de la muerte: *Hago regularmente mi cabalgata, aunque el tiempo no ha estado del todo favorable (...)* Se gana tanto al irse de Oxford por algunas horas (...) El campo es magnífico, las hojas frescas, los olores, el paisaje cambiante. Sin embargo, nunca siento tan intensamente la naturaleza transitoria de este mundo como cuando gozo más de estas escenas campestres (...) La querida Mary parece encarnada en cada árbol y escondida detrás de cada colina. ¡Qué velo y telón es este mundo de los sentidos!, bello, pero velo aún.⁶

En 1833, habiendo quedado sin alumnos como Tutor de Oriel, viaja junto con Froude⁷ y su padre por el Mediterráneo, y al final se separa para continuar sólo a Sicilia, donde padece una terrible enfermedad. Pero el relato está impregnado de un sentido providencial por el cual Newman considera que su enfermedad no fue un mero contratiempo o accidente afflictivo, sino un acontecimiento importante, un período de purificación y de preparación para una misión que le esperaba en Inglaterra. *La mañana del 26 o 27 de mayo, me senté en la cama y comencé a sollozar violentamente. Mi criado, que había hecho conmigo de enfermero, me preguntó qué me pasaba. Sólo pude responderle: 'tengo que hacer una obra en Inglaterra'*⁸. Sería, en efecto, nada menos que el nacimiento del Movimiento de Oxford. Al principio le pareció un castigo por haber profanado la Cena del Señor cuando, al ser relevado de mi Tutorship, albergué en mi corazón cierto resentimiento contra el Provost (...) También di en pensar que era justo castigo a mi obstinación al empeñarme en ir solo a Sicilia (...) Casi llegué a pensar que el demonio había visto que yo iba a ser un instrumento para el bien, y que trataba de destruirme. Las fiebres eran sumamente

6 Moz., I, 161. (1828)

7 Richard Hurrell Froude (1803-1836), educado en Oriel, fellow de Oriel desde 1826, tutor desde 1827, sacerdote en 1829. Fervoroso miembro del Movimiento de Oxford. Newman y Keble prepararon la edición de sus escritos, publicados bajo el título *Remains*, en 1838-39.

8 Apo 35.

peligrosas⁹. La descripción día por día de esta tremenda enfermedad, la encontramos en el manuscrito *Mi enfermedad en Sicilia*¹⁰, escrito en los seis años siguientes (1833-1840), y releído en 1842, 1855, 1874 y 1876, lo cual es prueba de la importancia que siguió teniendo esta aflicción para el resto de su vida futura. Pero no fue sólo una aflicción corporal, sino también una profunda prueba espiritual, como está registrado en estas páginas conmovedoras.

En 1836 muere tuberculoso su gran amigo, Richard Hurrell Froude, de quien hace los elogios más largos y detallados que se pueden hallar en la *Apología*: *Sería difícil enumerar las adiciones concretas a mi credo teológico que saqué de un amigo a quien debo tanto. Él me enseñó a mirar con admiración a la Iglesia de Roma y a aborrecer en el mismo grado la reforma protestante. Él grabó profundamente en mí la idea de la devoción a la Virgen y me condujo, paso a paso, a creer en la presencia real.*¹¹ Después de su muerte escribe a su otro gran amigo, Bowden¹²: *Me ha sido tan querido que es un esfuerzo reflexionar acerca de él. Nunca he tenido una pérdida mayor, mirando toda mi vida hasta ahora (...) Aunque todo era tan luminoso y bueno acerca de él, que pensar en él será siempre un consuelo. El sentimiento triste que tengo es que uno no puede retener en su memoria todo lo que quisiera, y que cuando pasen los años su imagen será cada vez más borrosa.*¹³

En 1836 muere su madre. Le había escrito a su tía Elizabeth el día antes: *Si es la voluntad de Dios llevarse a mi querida madre, aunque su pérdi-*



Dibujo a lápiz

da será muy amarga para mí, la más aguda que pueda pensar, sin embargo será tan inexpresable su ganancia que uno no puede murmurar¹⁴. Y al día siguiente escribe a su amigo Bowden: *Es ciertamente una aflicción muy aguda, pero siento que debe ser para bien. Me hace esperar hacia delante más seriamente el día de la venida de Cristo, que pondrá fin a este mundo de aflicción, y la traerá de vuelta*¹⁵. Ese mismo año había sido consagrada y la Sra. Newman había colocado la piedra fundamental. Ella nunca había comprendido las convicciones religiosas de su hijo, que consideraba proclives al catolicismo, pero no tuvo nunca una actitud tan dura como su hermana Harriet, que había comen-

9 AW 163-165.

10 AW 163-196.

11 Apo 25.

12 John William Bowden (1798-1844), el amigo más antiguo de Newman desde Trinity College. Su viuda e hijos se convirtieron al catolicismo.

13 LD V, 249.

14 LD V, p.298.

15 LD V, p.299.

zado a separarse de él y se distanciará definitivamente dos años antes de su conversión.

Al llegar al año 1839 en la autobiografía de su conversión que nos dejó en la *Apología*, dice que se trató de *la gran revolución espiritual que me llevó a abandonar mi propia casa, a la que me ligaban tantos vínculos, tan fuertes como dulces*.¹⁶ En 1841 sucede: la condena de los obispos al Tract 90, la creación de un obispado en Jerusalén compartido con los luteranos, y la visión de Newman sobre la situación de la Iglesia anglicana por sus estudios sobre San Atanasio y el arrianismo. Por eso, nos dice: *A partir de 1841 yo estaba en mi lecho de muerte por lo que atañe a mi pertenencia a la Iglesia anglicana (...) Un lecho de muerte apenas si tiene historia; es un fastidioso declinar con alternativas de mejora y recaída (...) un tiempo en que las puertas están cerradas y echadas las cortinas, y el enfermo no tiene ganas o es incapaz de seguir las etapas de su enfermedad. En estas circunstancias me encontraba, a excepción de que no se me dejaba morir en paz*.¹⁷

El entorno más inmediato y amistoso comienza a serle adverso. *No hay amigos como los viejos amigos; pero de estos viejos amigos, pocos me podían ayudar, pocos me podían entender; muchos estaban molestos conmigo, algunos irritados, porque yo estaba haciendo trizas un partido compacto [el Movimiento de Oxford], y algunos hacían caso de conciencia no escucharme*.¹⁸

Cuando se retira a Littlemore, le persiguieron en los periódicos hasta allí. *Noticias de toda laya circulaban sobre mí. ¿Por qué me había retirado en absoluto a Littlemore? Seguro que no por buenos*

finés ¿A que no se atreve a decir por qué? A decir verdad, era duro que yo tuviera que decir a los directores de los periódicos que me había retirado para rezar; era duro tener que decir al mundo, confidencialmente, que tenía mis dudas acerca del sistema anglicano (...) ¿Quién ha soñado jamás hacer del mundo su confidente? Pero a mí se me tenía por insidioso, taimado e insincero si no habría mi corazón a tiernas misericordias del mundo. Ellos insistían: '¿Qué hace ese hombre en Littlemore?' (...) No puedo entrar o salir de mi casa sin que ojos curiosos se claven en mí, ¿Por qué no queréis dejarme en paz? Una fiera herida trepa a alguna cueva para morir allí y nadie se lo impide. Dejadme en paz, que no os molestaré ya por mucho tiempo (...) Un día, al entrar en casa, me encontré con un escuadrón de estudiantes. Los directores de los colleges, como patrullas montadas, paseaban sus caballos alrededor de las pobres viviendas del pueblo. Doctores en teología penetraban, sin que nadie los llamara, por los rincones ocultos de una casa privada, y sacaban de lo que veían conclusiones sobre mi vida doméstica.¹⁹ Newman tuvo que escribir al obispo de Oxford para "explicar" cómo era aquella residencia y qué hacía allí.

Pero, además, nos dice: *Otra calumnia corría (...) Era que yo estaba efectivamente al servicio del enemigo, que estaba seguramente admitido ya en la Iglesia católica y criaba en Littlemore un nido de papistas que, como yo, hacían, por dispensa de Roma, los juramentos anglicanos en que no creían, y así, a su debido tiempo, arrastrarían a esta Iglesia sin escrúpulos a un gran número de clérigos y laicos anglicanos. Hubo obispos que dieron crédito a esta imputación contra mí*.²⁰ También sobre esto hubo una serie de cartas.

16 Apo 92.

17 Apo 147.

18 Apo 164.

19 Apo 171-172.

20 Apo 176.



Foto de 1870

En 1843 renuncia a St. Mary, y predica su último sermón en Littlemore, titulado. “*Despedida de los amigos*”, un título que expresa la conmoción y la aflicción de un alma que ve alejarse de los que ama porque busca la verdad. Habría que recorrer las páginas de la *Apología* que, precisamente, son la

exposición del proceso que va desde 1843 a su conversión de 1845²¹, para tener una idea de la aflicción que supuso tener que dar explicaciones de lo que todavía no iba a ocurrir, responder a las ideas equivocadas y difamaciones, al mismo tiempo de sobrellevar el estado interior de tribulación por semejante paso, feliz pero crucificante. La novela *Perder y ganar*, que escribirá en Roma, resume en su mismo título la situación paradójica que significaba aquella conversión. *He perdido amigos, pero he ganado a Aquel que al darse a Sí mismo da el ciento por uno en casas, hermanos, hermanas, hijos y tierra. He perdido lo perecedero y ganado lo infinito. He perdido lo temporal y ganado lo eterno*²².

La conversión supuso una mudanza externa: irse de Oxford, irse de Littlemore. La sensibilidad exquisita de Newman acentuaba los sufrimientos, y conmueve leer cómo los describe, con humildad y aceptación. *Dejé definitivamente Oxford el Lunes 23 de febrero de 1846 (...) Desde entonces no he vuelto a ver Oxford, excepto sus torres, cuando se destacan a lo lejos desde el tren*²³. *Me doy cada vez más cuenta de que dejamos Littlemore y de que es como ir al mar abierto (...) no sentí nada al dejar Oxford o Santa María, pero me afecta profundamente dejar Littlemore (...) Ha sido más que costoso para mí. Tuve que arrancarme a mí mismo del sitio, y no pude evitar besar mi cama y la chimenea y otros rincones (...) He sido muy feliz allí, a pesar de encontrarme en una situación de espera. Allí me ha sido señalado mi camino y he recibido la respuesta a mis oraciones*²⁴.

Muchos anglicanos saludaron con emoción la conversión de Newman, como Keble²⁵ y Pusey²⁶,

21 Apo 181-237

22 Mix., XI, 236-237.

23 Apo., 236-237.

24 L.D., XI, 130.

25 John Keble (1792-1866), fellow de Oriel en 1811, sacerdote en 1816, tutor de Oriel en 1817. Miembro fundador del Movimiento de Oxford y gran amigo de Newman.

26 Edward Bouvery Pusey (1800-1882), fellow de Oriel en 1823, amigo de Newman y Keble. Líder del Movimiento de Oxford después de la conversión de Newman.

aunque no lo imitaron nunca; pero otros dieron un suspiro de alivio al ver desaparecer de la escena anglicana un hombre semejante. Newman sufrirá las reacciones del que había sido su hogar espiritual. Algunos negaban que se hubiese convertido realmente, otros que era fruto de su debilidad de carácter, o de oportunismo, otros profetizaban que volvería, o que perdería la fe, y no faltaban los que aseguraban que ya había vuelto.

Hacerse católico en Inglaterra, en la época de Newman, no era muy auspicioso; significaba entre otras cosas un descenso en la escala social. Pero desde el punto de vista interno de la Iglesia católica inglesa, tampoco ofrecía un cuadro demasiado atrayente. “El aislamiento, las leyes penales y la hostilidad social habían acentuado en la dispersa comunidad católica los rasgos de insularidad británica y habían originado sobre todo un catolicismo estático, ausente del mundo intelectual y de carácter tendencialmente galicano (es decir de iglesia nacional con reticencia a Roma). Los depositarios de la tradición católica inglesa -los *old catholics*- habitaban en su mayoría las zonas rurales o llevaban en las ciudades una vida silenciosa y sin brillo. Un pequeño grupo pertenecía a la nobleza, otros en número mucho mayor podían calificarse de hidalgos -*squires*- y el grueso de la comunidad ejercía el comercio u oficios artesanales”²⁷.

En su vida católica empiezan una serie de sufrimientos, que Newman mismo recoge en un notable diario, y forma parte de los *Escritos Autobiográficos*. Es un cuaderno manuscrito de 45 páginas, escrito a lápiz, donde hay notas y comentarios de varios sucesos transcurridos entre 1859 y

1879, una suerte de pequeño “diario”, así titulado por el mismo Newman, en comparación al Diario, que se publicará junto a sus Cartas. Aquí relata las tristezas y amarguras de varios años de su vida católica, presenta y describe su Cruz.

En 1846 se va de Oxford para siempre. Regresará en 1878. Deja Littlemore y reside en Old Oscott, luego llamado Mary’s Vale, Maryvale, hasta septiembre cuando viaja a Roma. Pero en Maryvale las cosas no fueron fáciles. Dice en su diario de 1868:

*¡Qué triste mi primer año en Maryvale, cuando yo era el blanco de tantas miradas en Oscott, como si fuera un animal raro y salvaje capturado por algún cazador, y espectáculo para ser exhibido por el Dr. Wiseman²⁸, como tal cazador, ante los ojos de los extraños! No me di entonces cuenta de ello, si no es por lo que tenía de molesto; pero, de los que sí me di cuenta era de los métodos, costumbres y prácticas religiosas totalmente ajenas a mí que me fueron impuestas sin tener para nada en cuenta mis sentimientos (...) Se me humilló con ocasión de las órdenes menores y del examen que las precedía; y hube de esperar para confesarme a la puerta del doctor Wiseman, de pie, entre los chicos de Oscott. En aquella época no me parecía que hubiese nada indigno en todo esto, aunque, sí me daba cuenta de lo triste que era todo.*²⁹

Ya en Roma, en 1847, siguen apareciendo tribulaciones: *Mi primer acto fue una equivocación, y un presagio o ejemplo de lo que vendría después. Muy contra mi voluntad, como acto de deber, pronuncié un discurso sobre Miss Talbot O’Brien en San Isidoro (...) El sermón u oración*

27 J. Morales, *Newman*., 132.

28 Nicolas Wiseman (1802-1865), Rector del Colegio Inglés en Roma desde 1828, regresó a Inglaterra en 1840, primer Arzobispo de Westminster y Cardenal en 1850, cuando la restauración de la jerarquía católica en Inglaterra.

29 AW 213-214.

fue la comidilla de Roma y el Papa expresó cierto disgusto por ello (...) ¡Qué tristes me parecieron el P. Rossi y Santa. Croce³⁰. Esto último se refiere al noviciado que comenzaba, una vez decidido a entrar en la Congregación del Oratorio, y habla del superior allí.

Vuelto de Roma, ya sacerdote católico, y fundando el primer Oratorio, dice en 1848: *Cuando volví a casa, cayó inmediatamente sobre mí Faber, para meterse conmigo, humillarme y aprovecharse de mí, (...) y di contra mi voluntad, el lamentable espectáculo de la predicación cuaresmal en el Oratorio durante el tiempo de Pasión; un error y un fracaso en el que incluso ahora no puedo pensar sin amargura*³¹. Predicó para unos bancos vacíos.

Pero la gran pena la tendría con Faber³² y sus seguidores, que devinieron en una postura más bien ultramontana acerca del papado, creyendo ser mejores seguidores de San Felipe que Newman, que fiel al santo italiano y al espíritu y regla del oratorio, sin embargo mantenía la postura inglesa y moderada, que era la que convenía, por otra parte, al momento. Hubo malentendidos sobre la regla que Newman había llevado a Inglaterra, y el grupo no quiso aceptar las advertencias del fundador y superior. En 1848, el mismo año de la fundación del oratorio de Birmingham, había fundado un segundo oratorio en Londres, que puso bajo la responsabilidad de Faber, de modo que las desavenencias terminaron por producir la ruptura de ambas casas en 1855. Newman tuvo que hacer obligadamente un viaje a Roma para aclarar el conflicto y logró que se independizara al oratorio

londinense. Como muchos fundadores tuvo que sufrir estas divisiones entre los suyos.

En 1851 Newman tendrá el disgusto de ser acusado ante la justicia por difamación, debido a ciertas afirmaciones sobre el ex-dominico Giacinto Achilli en una de sus conferencias, donde le acusaba de estar cautivando a sus auditorios con relatos de las corrupciones de Roma. Tenía razón y además el sujeto había tenido problemas por seducción de mujeres. Wiseman tenía pruebas de todo, pero lamentablemente no las encontró y Newman no pudo justificar sus apreciaciones, siendo declarado culpable, aunque los jueces reconocieron la intriga protestante. Achilli era patrocinado por la "Alianza Evangélica". Newman debió pagar 12.000 libras de costas, que fueron recolectadas por católicos de todo el mundo. Pero perdió mucho prestigio en Inglaterra, solo recuperado después de la publicación de la *Apología* en 1864. *Lo que ocurrió parecería una anomalía en cualquier vida, nos dice*³³.

En 1853 agrega: *Cuando pasó todo [lo del juicio Achilli] anuncié a nuestra gente que podíamos estar seguros de que, si Dios nos amaba, aún aparecerían más pruebas en el horizonte y en verdad que las hubo. No me asustan las pruebas, son nuestro sino aquí abajo; pero lo que me entristece es que, hasta donde puedo juzgarlo yo, he hecho muy poco en medio de tanta prueba. La tristeza de mi vida radica en que, al mirar hacia atrás, me doy cuenta de que toda ella ha sido un fracaso*³⁴.

Seguían los problemas internos en el Oratorio. *Cometí el error de hacer venir a Dalgairns*³⁵ de

30 AW 215.

31 AW 215.

32 William F. Faber (1814-1863), converso en 1845, fundó una comunidad de jóvenes conversos en St. Wilfrid's College, Cheadle. Con consentimiento de Newman, se fusionó con el Oratorio. Luego Faber fue nombrado Superior del Oratorio de Londres, fundado por Newman.

33 ídem.

34 ídem.

35 John D. Dalgairns (1818-1876). Acompañó a Newman en Littlemore y se convirtió también en 1845. Estuvo en el Oratorio de Roma y sucedió a Faber en Londres.

*la casa de Londres [al Oratorio de Birmingham] (...) mientras que en mi ausencia [sus viajes a Irlanda por la Universidad] Dalgairns se quedaba intrigando en Inglaterra. Después, su gran intriga de acuerdo con Faber, etc, y mi marcha a Roma y el trato que me dieron en la Propaganda [Fide]. Luego las miles de murmuraciones contra mí en el Oratorio de Londres, que han tenido como resultado que casi todos los católicos me miren con recelo. Después la forma en que me trató el Cardenal en aquella ocasión y en la cuestión de la traducción de las Escrituras*³⁶.

En 1851 había fundado, a pedido de los obispos de Irlanda, la Universidad Católica en Dublín. Por ello, en 1854, Wiseman sugirió al Papa la conveniencia de hacer obispo a Newman. La noticia se difundió y Newman recibió incluso felicitaciones, pero todo quedó en nada. Habría influido la intervención negativa del obispo de Dublín, Mons. Paul Cullen, y de Mons. Talbot, converso a quien Newman no había aceptado en el Oratorio, pero que había ascendido eclesiásticamente y estaba en Roma, hablando mal de Newman, que permaneció en silencio ante estos desconciertos.

En 1857 tuvo lugar una historia que no fue sino otro fracaso para Newman. Wiseman le pidió en nombre del episcopado inglés que "tenga a bien emprender la tarea, contemplada y deseada por tan largo tiempo, de dar a los católicos ingleses -y probablemente a otros muchos católicos de lengua inglesa- una traducción de la Biblia, precisa, de correcto lenguaje y bien anotada"³⁷. Comenzó el trabajo enviando cartas a biblistas y teólogos y tra-

ductores, entre ellos al mismo St. John³⁸ que había estudiado hebreo. Pero todo empezó a complicarse con dilaciones y bloqueos del propio Wiseman, la intervención de ciertos editores interesados en la versión de Douay, y finalmente se abandonó el plan, teniendo Newman que pagar de su bolsillo los gastos hasta el momento³⁹.

En 1858 renuncia al rectorado de la Universidad de Dublín. El fracaso fue grande, porque Newman no fue comprendido por los obispos irlandeses, que querían erigir una Universidad como si fuera un seminario, con gran reticencia a las ciencias no teológica o filosóficas y a profesores laicos, etc. Cuando finalmente vio que todo iba a ser un asunto irlandés y clerical, y teniendo en cuenta la necesidad de su presencia permanente en el Oratorio, que era su primer deber, renunció. Los obispos le solicitaron que se quedara un año más como Rector no residente y aceptó. Finalmente, a pesar de los esfuerzos, la Universidad no fue reconocida oficialmente, y como los obispos no querían que fuese autónoma, sobrevivió hasta 1882.

En 1859 se hace cargo de la publicación católica *The Rambler*. *Lo hice por expreso deseo del Cardenal [Wiseman] y de nuestro Obispo [Ullathorne], y después de haberlo pensado mucho, pero también me volví a equivocar en eso y como consecuencia de ello tuve dificultades con Roma*⁴⁰. Newman escribirá como director el artículo "*Sobre la consulta a los fieles en asuntos de doctrina*"⁴¹. A pesar de tantos matices el artículo no gustó, el malestar creció, hubo discusiones en el Sínodo de obispos de ese año, el artículo fue denunciado a la Santa Sede

36 AW 216.

37 Cfr. L.D., XVIII, 122.

38 Ambrose St John (1815-1875), graduado en Christ Church, miembro del Movimiento de Oxford, se convirtió con Newman en 1845 y fue con él a Roma, y se ordenó allí, fue el amigo más grande de Newman en su vida católica.

39 Newman escribió al respecto la obra *On the Rheims and Douay version of Scripture* (1859).

40 AW 216.

41 *On consulting the Faithful in Matters of Doctrine*, *The Rambler*, julio de 1859. Hay traducción española del Padre Morales en Rialp.

por el obispo Newport como herejía, y aunque Newman solicitó al cardenal Wiseman, que estaba en Roma, que le hiciera llegar qué cosas no eran correctas, cuando la Congregación de Propaganda Fide contestó, Wiseman y Manning⁴² (que era entonces su secretario) se olvidaron de la cuestión, y el silencio de Newman, que había creído terminado el asunto al no recibir la respuesta, fue interpretado en Roma como una desobediencia, y el malentendido no se aclaró hasta varios años después. Talbot, el enemigo de Newman, escribió siete años después a Manning (que ya era arzobispo de Westminster): "Es la pura verdad que una nube se ha puesto sobre el doctor Newman en Roma desde que el obispo de Newport lo delató por herejía...¿Cuál es la incumbencia de los seglares? Ir de caza, pegar tiros, dar banquetes. Estos son los asuntos que entienden, pero no tienen ningún derecho en absoluto a inmiscuirse en los asuntos eclesiásticos (...) El doctor Newman es el hombre más peligroso de Inglaterra"⁴³. Manning no defiende a Newman, siempre tendrá desconfianza y se opondrá a él. Cuando St. John fue a Roma en 1867 descubrió que allí se le reprochaba no haber contestado a la lista de correcciones hechas por la Congregación de Propaganda Fide, y la nube se disipó. Pero habían pasado ocho años. A esto se sumó una justificación, casi peor, proveniente del Obispo Ullathorne. Newman mismo nos cuenta que el Obispo le dijo al Prefecto de la Congregación Propaganda Fide, que él *había sufrido muchas desilusiones, y que eso lo había irritado y amargado por causa de Faber, y sobre todo, porque no me habían hecho obispo en 1854. Me aconsejaba que fuese a Roma en persona para explicarme, e insinuaba que tal vez pudiera volver de allí obispo*. La paciencia y humildad heroicas de

Newman se muestran en la conclusión que da al suceso: *Cuando fui a ver al Obispo fue para expresarle mi pesar por haber disgustado al Papa*⁴⁴. La interpretación equivocada que se dio al escrito y la actitud de sus Superiores jerárquicos, fueron las causas del oscurecimiento de Newman de que durante unos años dejase de escribir. Renuncia al *Rambler*. Nos ha dejado en su diario estas reflexiones sobre aquel momento.

A partir de entonces se ha visto mi nombre rodeado de toda clase de sospechas y calumnias, que desde que se inauguró el Colegio [del Oratorio del Birmingham] han ido en aumento y han sido dirigidas más directamente contra mí. Y vuelvo a repetir que si lamento toda esta oposición y desconfianza, no es porque la cosa en sí me importe, pues San Felipe también hubo de pasar por pruebas semejantes, sino porque (según parece) se ha acabado mi influencia y porque se han reducido mis posibilidades de hacer algo útil. Ciertas frases pronunciadas con malicia y ligereza hacen que ya no acudan a mí personas que se hubiesen dirigido a mí espontáneamente, conversos que lo hubiesen hecho espontáneamente también y, en general, gentes de todas clases que hubiesen querido hacerme alguna consulta. Mi momento ha pasado, estoy en decadencia; soy raro, extraño, tengo mis ideas propias y no me llevo bien con los demás. Me dan de lado (dicen) hay que darme de lado. Las gentes afirman cosas que sólo con ser expresadas se cumplen y no es de extrañar que mi espíritu reaccione contra tanto desprecio y ligereza. He de decir que los conversos se han portado conmigo aún peor que los católicos viejos, cuando al menos podían haber demostrado cierto agradecimiento.

42 Henry Edward Manning (1808-1892), sacerdote anglicano, no perteneciente al Movimiento de Oxford, converso en 1851, sucesor de Wiseman en la sede primada de Westminster.

43 Cfr. H.I.D.Ryder, *Essays*, Londres, 1911, 280s.

44 AW 209-210.

Sería, sin embargo muy ingrato si no me acordase de lo que Dios se ha dignado hacer a través mío [refiere estas obras: introducir el Oratorio en Inglaterra, fundar el Oratorio de Birmingham y Londres, la Universidad de Irlanda y el Colegio del Oratorio] (...) Pero son obras ligadas a mi nombre; a lo que me refiero es a lo que me afecta a mí personalmente; cosas para las cuales yo estaba especialmente capacitado y no he realizado, no he realizado ni una de ellas (...) El Saturday Review (...) dice que desde que soy católico he desilusionado a amigos y enemigos, porque no he hecho nada. La razón la da Marshall de Brighton en la observación que hizo a Fr. Ambrose la semana pasada: 'Porque no ha convertido a nadie, como lo han hecho Manning y Faber' (...). Para el Cardenal [Wiseman] el fruto requiere una demostración inmediata y el único fruto que cuenta son las conversiones. Para la Propaganda, la única prueba de que se está haciendo algo son las conversiones y nada más que las conversiones. Para los católicos de todas partes, hacer algo es convertir, y no convertir es 'no hacer nada'. Más aún (...) tienen que ser conversiones espectaculares, de grandes hombres, nobles, sabios, no sencillamente pobres. Hay que recordar que en Roma han tenido la visión de toda Inglaterra viniendo a la Iglesia en su totalidad, y que lo que les parece el medio más eficaz para que esta conversión en masa se realice, es la conversión de personas de categoría. Esta es probablemente la idea que está implicada en nuestro Breve [de la erección del Oratorio], que nos destina a las clases altas. Manning, pues, y otros son grandes porque su posición e influencia convierten a Lores y Ladies. Y eso es lo que se esperaba de mí.

Pero yo soy completamente diferente (...) Para mí lo primero no eran las conversiones, sino la edificación de los católicos (...) La Iglesia tiene

que estar tan preparada para los conversos, como los conversos para la Iglesia (...) Del principio al fin mis intereses se han dirigido a la educación, en el más amplio sentido de la palabra (...) Porque a mí me gustaría intentar conocer los grandes problemas de la infidelidad de nuestra época, a la Propaganda y el Episcopado, que no se ocupan de esto, les molesta que haya quien pretenda hacerlo, por lo cual, no fiándose de lo que he podido hacer bien me reprenden por aquello en que he podido equivocarme (...) La consecuencia de todo esto es que en vez de que se me considere capaz de llegar a realizar algo útil, la jerarquía eclesiástica me desanima y me mira con recelo como si estuviese haciendo un mal auténtico.

Además, Newman soporta un equívoco más, casi increíble. Por el momento es el poder temporal el problema que más se debate en Roma, y yo, como opino que para resolverlo deberían apoyarse más en la razón, apoyo más firme, que en la espada, no siento ningún entusiasmo por la cuestión, y esa tibieza mía se ha exagerado hasta el punto de acusarseme de complicidad con Garibaldi⁴⁵.

Es después de estos últimos tres grandes sucesos, la separación de los Oratorios, y los fracasos en Irlanda y en el Rambler, cuando empieza a escribir el diario que estamos citando. Comienza a pensar que se va a morir. Dice que no tiene ni la fe ni el amor de su juventud. Voy teniendo cada vez menos devoción y vida interior. Me pregunto si ocurre o no lo mismo a todos los hombres, dejando aparte la gracia de Dios (...) Al acercarse la muerte, se percibe su frío soplo tanto en el alma como en el cuerpo, y porque, mirándolo desde un punto de vista natural, mi alma está medio muerta ahora, mientras que entonces estaba impregnada de la frescura y fervor de la juventud (...) Cuando era joven, creía que abandonaba el mundo de todo

corazón por Ti. En lo que se refiere a voluntad, propósito e intención, creo que así lo hice. Quiero decir con esto que deliberadamente di de lado al mundo. Rezaba de todo corazón para que no se me llamara a ocupar ningún alto cargo eclesiástico (...) Siendo pastor anglicano, rezaba sin reservas ni condiciones contra cualquier posible encumbramiento en mi carrera eclesiástica. "Niégame la riqueza, aleja de mí, muy lejos, toda ambición de poder o fama; la esperanza madura en las dificultades, el amor en la debilidad, y la fe en la vergüenza de este mundo"⁴⁶. Sabía lo que decía, y que Tú puedes hacer que tales peticiones se cumplan, que puedes tomarle la palabra a los hombres⁴⁷.

Y continúa de este modo: *Las circunstancias han puesto en mi camino una nueva tentación (...) Después del Juicio Supremo de Dios, he deseado, más que nada, aunque en un orden diferente, que me alaben los que están encima de mí. Pero no sólo no lo he conseguido, sino que me han tratado, en varias ocasiones, con desprecio y rudeza (...) No soy nadie. No tengo ningún amigo en Roma, he trabajado en Inglaterra donde no me han comprendido y donde me han atacado y despreciado. He trabajado en Irlanda, siempre con todas las puertas cerradas delante de mí. Parece que he tenido muchos fracasos y que lo que he hecho bien no lo han comprendido. Creo que digo todo esto sin amargura (...) No sentían el menor agradecimiento o consideración hacia un hombre que estaba tratando de poner remedio a la situación, sino que más bien le juzgaban inquieto, chiflado, o inconveniente. Esto, naturalmente, me ha hecho encerrarme cada vez más en mí mismo, o más bien me ha hecho pensar en volverme más hacia Dios, aunque no haya sido éste exactamente el resultado. Me ha hecho sentir que en el Santo Sacramento*



Foto de 1861

está mi gran consuelo, y que mientras que tenga a Aquel que mora en la Iglesia, los miembros de la Iglesia, mis Superiores, pueden, si es verdad, exigirme obediencia, pero no tienen derecho a exigirme admiración, ni tampoco me ofrecen nada que pueda infundirme confianza interior (...) Me siento solo y sufro, no tanto por la frialdad con que se me trata (aunque por esto también, en parte),

46 Se trata de la poesía *A Thanksgiving*, (Verses on Various Occasions, XV), escrita en Oxford el 20 de octubre de 1829, que lleva por subtítulo la cita de un Salmo: "Con razón me hiciste sufrir" (Sal 119, 75), cuya traducción íntegra publicamos en este número de *Newmaniana*.

47 AW 201,203.

sino por la ignorancia, estrechez de miras y presunción de aquéllos, cuya fe, y virtud, y bondad, a pesar de todo, reconozco (...) Siento la tentación de mirar hacia atrás. ¡Que no sea así con tu gracia, Señor! "Niégame la riqueza (...) etc", ha sido la oración de toda mi vida, y que Tú has escuchado, que me den de lado en este mundo (...) Déjame seguir viviendo, déjame morir como he vivido hasta ahora. Mucho antes de conocer a San Felipe, ya deseaba yo "nesciri" (...) No permitas que el desprecio que muchos sienten por mí perjudique a mi Oratorio (...) Muéstrame lo que tengo que hacer para ser más útil, para tu entera gloria, en los años que me quedan; porque mi aparente fracaso me desanima mucho. Oh Señor, me parece que he desperdiciado los años que llevo siendo católico. Lo que escribí de protestante ha tenido mucho más poder, fuerza, sentido, éxito, que mis obras católicas, y eso me preocupa mucho⁴⁸.

En carta de 1861, insiste en las mismas trabas que sufre. He vuelto a pensar sobre el mismo problema. Me doy cuenta de que hay muchas cosas que hacer y de que Dios me ha dado capacidad y talento para realizar alguna de ellas. Hay cosas dentro de mí que no he revelado más que en parte; y hay amigos que me dicen que no debería morir sin expresarlas; pero, en cuanto empiezo a hacer algo, me mandan dejarlo⁴⁹.

Y lo mismo expresa en el mismo diario en 1863. Al despertarme se apoderó de mí con tal intensidad el pensamiento de que soy una persona que molesta, que no acababa de decidirme a ir a la ducha. Me decía: ¿de qué sirve tratar de preservar o aumentar las fuerzas, si no se hace nada útil con eso? ¿De qué sirve vivir para nada? De todo lo que

hago ¿qué hay que tenga un fin religioso? (...) ¡Qué triste y solitaria ha sido mi vida desde que soy católico! He aquí el contraste: cuando era protestante me parecía que mi religión era triste, pero que no lo era mi vida, pero desde que soy católico es triste mi vida, pero no mi religión (...) ¡Cuánto he cambiado incluso de aspecto! (...) Mantengo siempre la boca cerrada y contraída y los músculos faciales se me han endurecido de tal manera que tengo todo el tiempo una expresión seria y reservada (...) Estoy tan conciente ahora de mi aspecto duro y austero que me gusta muy poco ver gente. Todo esto empezó cuando volví la vista hacia Roma, y desde que hice el gran sacrificio, al cual Dios me llamaba. El me ha recompensado de diez mil maneras distintas, ¡de cuántas maneras, Señor!, pero ha marcado mi camino de una casi ininterrumpida mortificación. Pocos éxitos se ha dignado su bendita voluntad concederme durante mi vida. Dudo poder hablar de ningún acontecimiento feliz parte de mi beca para Trinity y mi fellowship en Oriel, pero desde que soy católico me parece que no puedo hablar más que de fracasos personales⁵⁰.

En 1864, escribe la Apología, con la ansiedad y el dolor de un examen retrospectivo necesario frente a una calumnia que lo acusa de mentiroso. Pero, sin embargo, lo ve providencial. Aunque sigo lamentando la forma en que se me mantiene alejado de todo, sin hacer nada, no siento tanta tristeza por ello como antes, porque, por medio de mi Apología estoy realizando (me parece), aunque indirectamente, una labor importante, y porque el éxito que ha tenido me ha hecho ver que hay otros medios de hacer el bien, aunque estos medios puedan interesar o no a la Propaganda⁵¹.

48 AW, 201-208, diciembre 1859-enero 1860.

49 AW 222.

50 AW 211-212.

51 AW 225.

Aún así, en 1865 escribe "*El sueño de un anciano*"⁵², un testamento espiritual de quien piensa que está a un paso de la muerte. Sin embargo, ninguna de estas consideraciones eran en su espíritu motivo de desesperanza. Al contrario, en todo Newman adoptaba la visión de fe y esperanza cristianas, que en esta poesía admirable, a la que Elgar puso música convirtiéndola en un Oratorio, nos presenta el cuadro teológico y a la vez experiencial de las postrimerías de un creyente. Releyendo estos versos descubrimos una vez más el alma santa de Newman, que sufre por eso mismo.

En 1866 vendrá otro fracaso. No puede fundar el Oratorio en Oxford. Se opone el Cardenal Manning. *Es muy extraño que continúa manteniéndose la misma oposición real contra mi persona, ahogándose así mis intentos de obrar, y lo más extraño de todo es que, al desaparecer Faber, pasen Ward*⁵³ *y Manning a ocupar su puesto. Por causa de ellos, y especialmente de Manning, que hizo uso de toda su influencia sobre el Cardenal [Wiseman], a quien entierran mañana, ha habido que aplazar el proyecto de Oxford; en lo que a mí se refiere, creo que definitivamente, y esta mañana he firmado el acuerdo según el cual he de vender el terreno a la Universidad*⁵⁴.

En 1867, escribe en su diario: *Voy a compararme con la imagen del Patriarca Job, aunque no pretenda parecerme a él. El rechazó primero enérgicamente todos los cargos de sus amigos, después hizo una larga protesta de inocencia y, por último, leemos: 'Las palabras de Job han terminado'. Las mías también han terminado (...) He puesto mi causa en sus divinas manos (...) Nada de lo que ha ocurrido dis-*

*minuye mi alegría interior; por el contrario, estos problemas y cuestiones exteriores no han hecho sino aumentarla. Nunca me he encontrado en una situación de tranquila felicidad como la que ahora disfruto, y no sé ni cómo me atrevo a pensar que voy a poder seguir adelante sin ninguna cruz auténtica*⁵⁵.

En 1868 ha pasado la sucesión de tormentas, y Newman nos dice: *Así como se ha visto claramente que mi Señor permitía por algo que se me tuviese tanto tiempo arrinconado y que se me calumniase, así como no cabe duda de que algún propósito perseguía al dejar que yo estuviese en lo que atañe a las autoridades eclesiásticas bajo una sombra, sombra que últimamente ha disipado en lo que se refiere a católicos y protestantes en general, así también consiente ahora esta tardía liberación por algo ¡Si pudiera saber por qué! (...) Estamos en manos de Dios, y tenemos que conformarnos con realizar nuestra tarea día a día, según El nos la va poniendo en nuestro camino, sin tratar de entender ni de prever sus intenciones, y dándole gracias por los dones que nos ha concedido y que continuamente nos concede*⁵⁶.

En el mismo diario, en 1869, trae consideraciones sorprendentes cuando mira hacia atrás. *La Providencia de Dios para conmigo ha sido maravillosa durante toda mi vida. Esta mañana me he dado cuenta de la antítesis que hay en un hecho, en cuyos detalles y circunstancias he pensado con frecuencia, sin notar los contrastes que presenta. A saber, que mis disgustos y preocupaciones han venido siempre de parte de personas a quienes he favorecido y ayudado, mientras que mis éxitos y alegría me los han proporcionado mis contrarios*⁵⁷.

52 The Dream of Gerontius.

53 William George Ward (1812-1863), fellow del Balliol College, miembro del Movimiento de Oxford, discípulo de Newman, se convirtió en 1845. Su hijo Willfrid publicó la primera biografía de Newman en 1912.

54 AW 225.

55 AW 226-229.

56 AW 231-233.

57 AW 236.

Como conclusión de este “diario católico” tan interesante, nos deja una confesión sincera de lo que ha vivido en todos estos años pasados, como católico. El texto puede haber sido escrito en 1879. *¡Qué poco me satisface el conjunto de este libro! Del principio al fin no es sino una queja. Pero representa lo que ha sido mi auténtico estado de ánimo, y refleja lo que ha sido mi cruz. ¡Oh! ¡Qué cruz tan ligera, si la comparamos con las cruces de otros! Y qué compensaciones, compensaciones hasta en este mundo (...) Es verdad que en las altas esferas no han reconocido lo que he hecho, pero ¡qué cartas tan cariñosas y amables he recibido! (...) ¡Después de escrito lo anterior me han hecho Cardenal!*⁵⁸

Se puede afirmar que desde que León XIII lo hace Cardenal, semejante reconocimiento eclipsó para siempre la causa de las aflicciones que Newman nos ha confiado, relacionadas con el ámbito católico eclesiástico. Era como el oasis después del largo desierto. El mismo año, leemos una carta a una conversa, donde nos encontramos con la fuente de donde surgía la fortaleza de Newman en medio de las adversidades y aflicciones. *Siento con usted que éste es un tiempo de tribulaciones, al estar tan divididas las opiniones de los católicos*⁵⁹. *Todo lo que puedo decir es que un Concilio Ecuménico ha creado, no infrecuentemente, divisiones tales, y que la verdad se promueve, en último término, por lo que en el momento es tan doloroso. En cuanto a mí, como a muchos otros, la Presencia de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento es el descanso y el consuelo para todas las aflicciones por asuntos eclesiásticos. Deseo que ud. haga de ella su propia consolación. ¿Qué puedo hacer mejor sino invitarla a ir hacia El, que es su Vida y su fortaleza, que puede hacer todo por ud,*



Foto de 1863

*que la ama y desea su amor. ¿Qué puede dañarla, si pone ud. sus esperanzas, deseos, dudas y dificultades en sus manos, si pone sus pensamientos a Su guarda, y si ruega que haga su corazón conforme al Suyo, y su voluntad a la Suya?*⁶⁰

Las últimas penas del Cardenal tendrán que ver con su longevidad, pues vio partir a casi todos

58 AW 250.

59 Se refiere a las discusiones con motivo del Concilio Vaticano I y la definición sobre la infalibilidad papal.

60 carta a Mrs Wilson, LD, XXV, pp 156-57.

sus amigos y familiares. Su hermana Harriet murió en 1852 y su hermana Jemima en 1879. En carta dirigida a Anne Mozley, su cuñada, que se mantuvo fiel al Movimiento de Oxford y fue editora de sus cartas anglicanas, le dice en 1880: *Gracias por decirme que Harry y Jane cuidan de lo que dejó la querida Jemima (...) Lo que pierdo con Jemima es que, sólo ella y yo teníamos memoria de las fechas. Yo sabía muy bien que los aniversarios de todas clases, ella los recordaba como yo, por ejemplo mi entrada en Oriel. Ahora soy el único en el mundo que sabe cientos de cosas que me interesan enormemente. Por ejemplo, ayer era el aniversario de la muerte de Mary, y mi mente se volcó inmediatamente hacia Jemima, pero ella se ha ido*⁶¹. Su hermano Charles murió también antes que él. Francis derivó del evangelismo al unitarianismo y luego en varias excentricidades, una de las cuales fue publicar un libro sobre su hermano Cardenal, poco tiempo antes de su muerte, en el que amargamente hace mezcla de admiración y envidia, todo de muy mal gusto. Murió siete años después. Su gran amigo Ambrose St. John, una suerte de Richard Froude de su vida católica, murió antes que él y fue enterrado en Rednal, en la tumba que más tarde ocupará el cuerpo de Newman, por expresa indicación suya. Se puede aplicar a todos ellos lo que le dijo varios años antes a Keble, otro entrañable amigo de su época anglicana: en carta dirigida a John Keble: *Siempre está usted en mi*

*pensamiento, con reverencia y amor (...) y muchos otros que podría nombrar, excepto Aquél a quien debo amar con un amor supremo y superior a cualquier otro. Que El, que es la sobreabundante recompensa de toda pérdida, me conceda Su propia Presencia, y entonces nada me faltará y nada desearé, pues nadie sino El podrá recompensar la pérdida de aquellas caras conocidas de antaño que aún me persiguen constantemente*⁶².

Las otras aflicciones propias de su longevidad, serán físicas. En 1882 escribe: *Hablo con dificultad; apenas puedo andar y nunca lo hago sin peligro de tropezarme. Me cuesta un gran esfuerzo subir y bajar escaleras. Leo con incomodidad. Sólo consigo escribir con mucha lentitud; estoy prácticamente sordo*⁶³.

Consecuencia de esta debilidad física fue que en la Navidad de 1889 celebró la Misa por última vez. Sin embargo, albergaba esperanzas de poder celebrar nuevamente, para lo cual aprendió de memoria las Misas de la Santísima Virgen y de los Difuntos. Todos los días repetía una u otra.

Ahora, que hemos repasado las aflicciones que Newman sufrió y que él mismo nos ha hecho saber, podemos ir a algunos de sus sermones para hallar lo que predicó sobre la aflicción.

61 Cfr. J. Sugg, *A Packet of Letters*, Oxford, 1983, 210-211. (1880)

62 L.D. XX, 503. (1863)

63 L.D., XXX, 134.

2. La aflicción “en” los escritos de Newman

Los primeros cuatro textos son extractos de sermones, y los cuatro siguientes son sermones completos.

TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALLER

I

Plain and Parochial Sermons VII, 5, pp. 58-73

Predicado en St. Clement el 23 de enero de 1825

(Newman era diácono; lo ordenarán sacerdote el 30 de mayo de ese año en la Catedral del Oxford)

VENTAJAS TEMPORALES

Tan peligrosa es, por cierto, la posesión de los bienes de este mundo, que, a juzgar por la historia que trae la Escritura, rara vez ha dado Dios prosperidad pura a alguien que Él ama. Dice el salmista, “Dichoso el hombre a quien Tú corriges, Señor, al que Tú educas mediante Tu ley” (Sal 94,12). Hasta los mejores hombres necesitan algún dolor o aflicción que los modere y les mantenga rectos sus corazones. De aquí que, tomando el ejemplo de San Pablo mismo, nos dice que incluso sus trabajos, sufrimientos y angustias, no habrían sido suficientes para guardarlo de ser exaltado sobre toda medida por la abundancia de las revelaciones, si no fuera que se les agregó una cruz más, un “aguijón en la carne” (2 Cor 12, 7), como él lo llama, una secreta aflicción de la que no nos dice nada más, que lo humillaba y lo mantenía conciente de su debilidad y de su condición dependiente.

La historia de la Iglesia posterior a él nos brinda una lección adicional sobre la misma seria

verdad. Durante tres siglos estuvo expuesta a la persecución de los paganos, y durante ese largo período la mano de Dios estuvo sobre Su pueblo: ¿qué hicieron cuando esa mano les fue quitada? ¿Cómo actuaron cuando el mundo se les abrió y los santos tuvieron los más elevados lugares de la tierra? ¿Gozaron? Lejos de ello, les repugnó lo mucho que podrían haber hecho de haberlo querido, se negaron a sí mismos lo que tenían delante, y cuando la mano de Dios fue quitada sus propias manos pesaron sobre ellos. Dejaron de lado riqueza, honor y poder (...). Formaron comunidades para la oración y alabanza, para el trabajo y estudio, para el cuidado de los pobres, para la mutua edificación, y preparación por Cristo. Y así, tan pronto como el mundo profesó ser cristiano, los cristianos levantaron entre ellos un testimonio contra el mundo, y reyes y monjes llegaron juntos a la Iglesia. Y desde ese tiempo hasta hoy, nunca ha prosperado la unión de la Iglesia con el Estado, excepto cuando la Iglesia ha estado también unida al ermitaño y a la celda.

II

Sermones no publicados (vol II, 23, p. 183) (Curso sobre la Carta a los Romanos, 9)
 Predicado el 10 de mayo de 1829, en St. Mary the Virgin

GRATITUD A CRISTO

“Estoy crucificado con Cristo”, dice el Apóstol en su ansiedad de amistad con su Salvador y de ser consolado por Él, “y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí, y si ahora vivo en la carne, vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 19-21). Por eso es que los problemas y sufrimientos tienen una irresistible propensión a ser recibidos por el cristiano como señales de unión con su Salvador, no como si hubiera algún mérito en que *nosotros* pudiéramos resistir para desechar nuestros pecados, sino que desde el amor y gratitud a Él, que los ha desechado ya de una vez para siempre, deseamos sinceramente parecernos Él incluso en Sus penas. Amamos naturalmente los lugares que nos recuerdan a los amigos, y nuestra estima por paisajes, sonidos y olores, cambia cuando los asociamos con aquellos que amamos, y por eso el dolor pierde su agudeza, y la pérdida su angustia, y la ansiedad mundana no seca más el espíritu, cuando por la fe

las consideramos como memoriales de Aquel que alguna vez fue hombre de dolores por nosotros y conoció la pena. Omito aquí esa convicción que nos da la fe acerca del real beneficio espiritual de la aflicción, que también da mucho consuelo, y hablo de la gratificación que da la aflicción al cristiano mientras contempla su conformidad con Cristo. Los Apóstoles estaban llenos de esto, y, a juzgar por sus actos, aquellos primeros cristianos parecen haber estado llenos también de este sentir cuando (*nosotros* diríamos innecesariamente) clamaban por el martirio en las tempranas persecuciones de la Iglesia. *Nosotros* no podemos entrar en la profundidad de este sentimiento religioso que creaba este fervor interior. Pero el principio permanece para nosotros, y aunque en estos tiempos tan distintos su práctica será diferente, aún así es parte constitutiva de ese modo espiritual de pensar y de actuar que produce naturalmente la fe en el evangelio de Cristo.

III

Sermones no publicados (Vol II, 26, p. 197) (Curso sobre la Carta a los Romanos, 13)
 Predicado el 21 de junio de 1829 en St. Mary the Virgin

LA ELECCIÓN DE LOS CRISTIANOS

Los primeros cristianos, hubieran sido judíos o paganos antes de su conversión, experimentaron una prueba de fe en sus sufrimientos que no estimamos debidamente. Que es cosa difícil resistir a causa de la religión, lo sentimos *nosotros* tanto

como ellos, pero en el caso de ellos había una segunda dificultad en el hecho de que *estaban* en la aflicción, una dificultad para ellos y no para nosotros. *Nosotros* nunca pensamos en la aflicción del mundo como un signo del enojo de Dios, pero

todos ellos, los judíos desde la revelación y los paganos desde su corrupta religión, consideraban la aflicción como un signo de Su disgusto, y se habían habituado a considerarla así durante toda su vida. La idea permaneció en sus mentes después que se hicieron cristianos, un prejuicio, como lo llamaríamos, o una superstición, una noción que su mejor juicio la disipaba, pero que reaparecía en momentos de cansancio y abatimiento, cuando sus espíritus flaqueaban y sus fuerzas desfallecían, en el mismo momento que el sufrimiento los oprimía realmente, incrementando y agravando su carga. En esas horas oscuras, sus secretos recelos repetían los sarcasmos de los incrédulos que afirmaban triunfalmente que esos sufrimientos eran señales del enojo de Dios, o también de la falta de poder del Redentor, una suposición aún más dolorosa. Si había dicho que todo poder le había sido dado en el cielo y en la tierra, ¿por qué abandonaba a Sus fieles servidores?. Los incrédulos los incitaban diciendo que ciertamente su Dios no era un gran Dios, ni su Salvador resucitado un Rey poderoso si no vengaba a sus propios elegidos (Lc 18) cuando clamaban ante Él en alta voz, “¿Hasta cuándo, oh Señor, Santo y Veráz, tardas en juzgar y vengar nuestra sangre en los habitantes de la tierra?” (Ap 6,10). ¿Dónde está el rayo de Dios, el terremoto, el hambre y la peste, si Él fuera poderoso y fiel?

...Los Apóstoles explicaron la *naturaleza* de la elección cristiana sin negar el *hecho* de que Cristo permite que Su causa sea insultada y Sus siervos despreciados en la tierra, pero negaron *en consecuencia* Él no los había amado o no podía protegerlos. Este es el principal punto de vista cuando se menciona la doctrina de la elección en las Cartas: que está vinculada con el hecho de las persecuciones y *sufrimientos* que experimentaban los cristianos.

...¿Para qué son elegidos, entonces, los cristianos? Los Apóstoles siguen diciéndonos que lo

son para bendiciones *espirituales*, no terrenales, como los judíos. Dice San Pablo que “Él, a los que conoció de antemano, los predestinó”, ¿a qué? ¿a los bienes temporales?, no, sino “a ser conformes a la imagen de su Hijo”, para ser renovados interiormente y santificados (Rom 8, 29). Escribiendo a los efesios, el mismo Apóstol dice que Dios “nos *bendijo con toda bendición espiritual* en Cristo (Ef 1,3) (...) Las Cartas insisten sobre todo que los cristianos, por la misma condición de *su* peculiar alianza, deben buscar una recompensa *futura*. “*En la esperanza* hemos sido salvados” (Rom 8, 24). Nuestra salvación actual consiste en esperanza, no en posesión. “Mas la esperanza que se ve, ya no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿cómo lo puede esperar? Pero si esperamos lo que no vemos, entonces esperamos en paciencia” (Rom 8,24-25).

Hasta aquí los textos explicaban *generalmente* el esquema de la alianza cristiana, y luego continuaban diciendo, en segundo lugar, que “más bien, la aflicción actual en sí misma es un bien para el cristiano” no sólo porque tenemos la promesa del mundo *venidero*, sino (entendiéndolo bien) la promesa de *este* mundo también. No sólo el sufrimiento no es signo del *disgusto* de Dios, sino que, al contrario, es signo de Su *amor*, y algo para *gloriarse*. Dice el Apóstol: “Sabemos, además, que *todas las cosas* cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su designio” Y sigue más adelante: “¿Y qué diremos ahora? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que aún a su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente todas las cosas con Él?”, esto es, aunque quizás parezca que nos ha abandonado y nos ha dejado en poder de hombres malos sufriendo aflicciones. “¿Quién podrá acusar a los escogidos de Dios?” Sufrir no es prueba de que Cristo nos ha desamparado. “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro,

la espada?”. No, estas son cosas inofensivas, y en sí mismas no son signos de reprobación sino una bendición en sus efectos. “En todas estas cosas triunfamos gracias a Aquel que nos amó” (Rom 8, 28. 31-33. 35. 37).

Se les dice a los cristianos, entonces, no solamente que no se depriman ante sus sufrimientos sino que se *alegren*. Más aún, que se alegren no sólo porque la aflicción sea *una disciplina que conduce a un bien futuro*, sino porque es un privilegio presente, el privilegio de *ser hechos semejantes a Cristo* en la condición externa. Cristo sufrió como un marginado de Dios (fue considerado una maldición), pero Dios lo amaba como Su Hijo primogénito. ¿Cómo, entonces, puede el cristiano pensar de la aflicción sino como una altísima bendición y señal de favor, un sello de su unión con Cristo y una prenda actual de gracia? San Pablo, después de decir “nos gloriamos en la *esperanza* de la gloria de Dios”, prosigue: “Y no solamente esto, sino que nos gloriamos también en las *tribulaciones*, sabiendo que la tribulación obra paciencia” (Rom 5, 2-3). A los filipenses les dice: “Os ha sido otorgado, por la gracia de Cristo, no sólo el creer en Él, sino también el *padecer* por la causa de Él” (Fil 1,29), y a los hebreos: “*aceptasteis gozosa-*

mente el robo de vuestros bienes, sabiendo que tenéis una posesión mejor y duradera” (Heb 10, 34). San Pedro también dice: “Queridos, no os *extrañéis*, como si os sucediera cosa extraordinaria, del fuego que arde entre vosotros para probaros; antes bien, *alegraos* en la medida en que *participáis en los sufrimientos de Cristo*, para que también en la aparición de su gloria saltéis de gozo” (1 Pe 4, 12-13). Y Santiago dice: “Considerad como un gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados por toda clase de pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia” (St 1, 2-3).

Ahora bien, aunque muchas de estas expresiones son *más fuertes* que las que quizás usaríamos, sin embargo no hay nada de sorprendente para nosotros en el *principio mismo*, esto es, que la aflicción es una gracia. Al menos lo *sabemos* y lo *decimos*, si no sentimos que es verdad. Pero los primeros cristianos, sí, lo habían aprendido, más o menos, *como un principio*. Que la desgracia temporal fuera una particular bendición lo consideraban como *cosa extraña* los paganos, por sus falsas religiones que habían dicho lo contrario, y los judíos, porque *era* lo inverso al sistema mosaico, de acuerdo *al cual* la adversidad temporal era, como regla general, una señal de enojo divino”.

IV

Sermones no publicados (vol II, 12, pp. 91-92)

Predicado el 27 de junio de 1830, en St. Mary the Virgin.

LA HISTORIA Y EL CARÁCTER DE SALOMÓN

Se nos lleva a discernir en la vida de Salomón la *necesidad de la tribulación* para la formación de un corazón virtuoso en nosotros. Salomón nació en la prosperidad, y, aunque tenía los mejores sentimientos, cayó. ¿Por qué? Porque como el mero sentimiento religioso no forma por sí mismo un

hábito religioso, de esa mera fe no se sigue necesariamente la santidad como cosa de rutina. Pues es la *práctica*, la *práctica* seria y diligente de buenas acciones, la que forma un buen carácter, y, a menos que tengamos tribulaciones, como las que efectivamente estamos forzados a tener en la prác-

tica lo queramos o no, es altamente improbable que nuestro buen sentimiento o buena fe vaya a tener vigor suficiente para hacernos practicar los distintos aspectos de la obediencia religiosa. La tribulación y la tentación son el material y los instrumentos de la santificación. David fue probado en su juventud y su carácter formado para la obediencia antes de llegar al poder, y por eso,

aunque fue atacado por el demonio y sufrió en la lucha, perseveró hasta el fin. Salomón no había tenido tal sana disciplina, y cuando llegó al final la tentación fuerte no pudo resistirla. ¿Por qué, entonces, nos quejamos de la tribulación y la aflicción (como hacen muchos), cuando tanto contribuye a que obtengamos el Reino de los cielos?

V

Sermones no publicados (vol II, 37, pp. 272-278)
Predicado el 30 de enero de 1825 en St. Clements

LA BENDICIÓN DE LA AFLICCIÓN

*A Isaac le di Jacob y Esaú. A Esaú le entregué en herencia la montaña de Seir,
y Jacob y sus hijos bajaron a Egipto (Josué 24, 4)*

Esta tarde me ocuparé en desarrollar el segundo aspecto que encontramos el domingo pasado en nuestro texto: la bendición que supone la aflicción. Nos extendimos sobre el gran peligro de poseer ventajas mundanas, e intentamos mostrar que el éxito, la distinción y la autoridad, como las poseía Esaú, no le hicieron más feliz que otros hombres, sino que le expusieron a innumerables tentaciones propias de esas ventajas. Hoy daré un paso más, y quiero probaros no sólo que una situación silenciosa y oscura es más deseable que una de eminencia y riqueza, sino más aún, que la misma aflicción puede ser una herencia más bendita y gloriosa, y que no sólo es malo lo que el mundo piensa que es bueno, sino que es bueno lo que piensa que es malo.

“Feliz el hombre a quien Tú educas, Señor”, dice el Salmo (94, 12), y de acuerdo a esta afirmación encontramos que, mientras Esaú fue establecido en el monte Seir, Jacob, el humilde, el espiritual, el amado de Dios, fue un itinerante toda su vida,

sin ningún abastecimiento o medios normales para sostenerse. Escuchad su propia declaración en presencia del Faraón: “Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los años de mi vida, y no llegaron a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación” (Gen 47, 9). Aún así, estos días malos fueron benditos, así como las duras correcciones que recibió de los servidores de gracia de Dios, purificándole de las corrupciones de la carne y elevando su mente al conocimiento y gozo espiritual de Dios.

Tened bien entendido, de todos modos, que en todo lo que diré sobre este tema estoy lejos de adjudicar a la aflicción algún poder propio de hacer humilde y santo el corazón, sino considerarla meramente como el medio, el instrumento, a través del cual Dios realiza Sus designios de gracia. Sabemos demasiado bien que muchos infortunios tienen efectos más bien perjudiciales que saludables: endurecen, exasperan y amargan el alma, la

llenar de pensamientos orgullosos, oscuros y descontentos, y algunas veces conducen al desafortunado sufriente a la auto-destrucción. No existe ningún poder de bondad o maldad en los acontecimientos de la vida considerados independientemente de la gracia de Dios y de la maldad del corazón humano. Y el hombre convertirá todas las circunstancias, sean prósperas o adversas, en ocasiones y medios de pecado, a no ser que el Espíritu Santo les conceda actuar y santificarlas para el bien del alma.

Consideremos los beneficios espirituales de la aflicción en el caso de Jacob.

Parece haber sido el medio original de convertirlo a una vida religiosa. Siendo tan breve el relato de su vida que hace la Escritura, no podemos hablar decididamente en una cuestión de esta naturaleza, pero, al menos, podemos decir que nada se refiere a él a favor de su piedad antes del tiempo de su aflicción, y que fue *contra esa* idea que actuó mentirosamente para conseguir la bendición de su padre. Pero cuando ese indigno negocio le obligó a desaparecer del rostro de Esaú y fue echado del mundo sin poder ni sostén del mismo, entonces podemos suponer que comenzó a reflexionar profundamente sobre la maldad de su conducta y la pecaminosidad de su corazón. Y encontramos que en su viaje se le apareció Dios en un sueño para consolarlo, “tuvo un sueño: he aquí una escalera que se apoyaba en la tierra, y cuya cima tocaba en el cielo; y ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Sobre ella estaba el Señor” (Gen 28, 12-13). El relato agrega que cuando Jacob despertó de su sueño “exclamó: ‘Verdaderamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía’. Y lleno de temor añadió: ‘¡Cuán venerable es este lugar!, no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo!’” (Gen 28, 16-17). Aquí le vemos, entonces, afectado por uno de los sentimientos de piedad fundamentales y primario: el sentido de la presencia y omnisciencia



universal de Dios. Quizás había pensado que estaba sin ayuda ni casa, acostado para descansar en desoladora y triste soledad, pero para su sorpresa y alegría se encontró con que Dios estaba allí, y clamó, con emociones de temor y profunda reverencia: “¡Cuán venerable es este lugar!”.

¿Cómo no voy a pedir a tantos cristianos que caminan ahora por las sendas de la santidad, considerar que alguna aflicción temporaria fue el instrumento de Dios para fomentar el don divino que estaba en ellos, y llevarlos a ratificar las promesas por las cuales fueron hechos miembros del Reino de Cristo? Al principio, quizás pensaron que era la más penosa de las enfermedades y hubieran dado más de lo pudieran decir para librarse de ella. Lucharon en la red de la aflicción, poniendo todos los recursos para verse libres de una miseria tan intolerable. ¿O fue alguna desgracia que pasó y no debe ser recordada? ¿Qué infructuosas e irracionales fueron las quejas que profirieron! ¿Qué dolorosa fue la herida y cuán aparentemente incurable! Sin embargo, el Señor estaba allí, y en ese momento no se dieron cuenta. El golpe fue penoso, “quitando —quizás— las delicias de sus ojos” (Ez 24, 16), pero aún así, era el medio de apartar sus pensamientos de las cosas del mundo para fijarlos en Dios. Les llevó a detenerse y refle-

xionar, a considerar sus caminos, a buscar sus corazones, y así, por la acción poderosa del Espíritu Santo, se volvieron finalmente al Señor con perfecta voluntad, y se acercaron a Cristo con humildad, arrepentimiento y fe viva, y caminan ahora en el amor de Dios habiendo sido “probados en el horno de la aflicción” (Is 48, 10). ¡Con qué temor reverencial a Dios les colmó semejante designio! ¡Con qué sentimientos de amor y gratitud mirarán hacia atrás el momento en el que el Señor se les reveló! ¡Qué terrible pero gozoso fue ese momento! Era la puerta del cielo, la apertura de nuevas esperanzas y perspectivas para sus almas, que ciertamente *tenían* antes pero no lo *sabían*, que *poseían* pero no *gozaban*, de las cuales sólo escuchaban hablar, sin verlas ni sentirlas.

Digo que este no es un caso poco común; aún en los breves relatos de la Escritura descubrimos ejemplos que confirman nuestra parecer. Pensad en el orgulloso Nabucodonosor, que levantó una imagen de oro, persiguió a los santos de Dios y se ufanaba en la edificación de la gran Babilonia. Le encontramos afligido por una extraña y horrible enfermedad que le redujo al nivel de las bestias del campo, y así estuvo por siete años (Dn 4, 28-30). Escuchemos sus propias palabras respecto a su recuperación: “Al cabo de los días, yo, Nabucodonosor, levanté mis ojos hacia el cielo, y recobré mi juicio. Entonces *bendije* al Altísimo, y *alabé y glorifiqué* al que vive eternamente, cuya dominación es dominación eterna y cuyo reino perdura de generación en generación” (Dan 4, 31). Esto es maravilloso. Un monarca idólatra y arrogante es conducido por la gracia a besar la vara que le había castigado y someterse como humilde discípulo del verdadero Dios. Mirad también la historia de Manasés, el hijo apóstata de un padre tan piadoso. Abandonado a la idolatría, levantó una estatua en la casa de Dios, e hizo que Judá y Jerusalén obraran peor que los paganos que el Señor había destruido. Dice el sagrado relato que “entonces el Señor hizo

venir sobre ellos los jefes del ejército del rey de Asiria, que apresaron a Manasés con ganchos, le ataron con cadenas de bronce y le llevaron a Babilonia” (2 Cro 33, 11). Qué intolerable calamidad le habrá parecido al principio, pero el relato sigue: “Y cuando *estaba en la aflicción* imploró al Señor su Dios, humillándose profundamente en presencia del Dios de sus padres. Oró al Señor, y Éste le fue propicio, oyó su oración y le concedió el retorno a Jerusalén, a su reino. *Entonces Manasés conoció que el Señor es Dios*” (2 Cro 33, 12-13). Más aún, de tal grado fue el caso de David, que nos dice: “Antes que me humillaras anduve descarriado, mas ahora me atengo a Tu palabra” (Sal 119, 67). Y tal fue también el caso de Job, que había servido a Dios antes de su calamidad, pero que al menos fue el medio de abrir sus ojos más eficazmente al poder y la excelencia de su Creador: “Sólo de oídas te conocía; mas ahora te ven mis ojos. Por eso me retracto y me arrepiento, envuelto en polvo y ceniza” (Job 42, 5-6).

Contemplemos finalmente la bendición de toda aflicción al purificarnos e iluminarnos, pues no solamente es eficaz en despertarnos a la religión sino que actúa como espuela que nos excita continuamente y nos previene de recaer en el descuido o el sueño espiritual.

Se deben señalar dos clases de aflicciones, una repentina y violenta, pero que pasa pronto, y otra no tan aguda y arrolladora, pero tediosa, uniforme y sin disminución. De la primera clase es la pérdida de los amigos, proyectos o propiedad. De la segunda, la enfermedad, la pobreza, la malicia de los enemigos, la mala conducta e impiedad de familiares y amigos cercanos. Ambas clases son muy molestas, y ambas son a menudo santificadas para nuestro bien espiritual, pero la violenta parecería enviada generalmente (aunque no siempre) como un juicio amoroso por las ofensas cometidas (Ez 24), mientras que la aflicción lenta y duradera es impuesta

más comúnmente como un tipo de *respuesta* (debería decir) a las oraciones para crecer en gracia y como una señal especial del favor de Dios. La aflicción violenta es para despertar, alarmar, atemorizar. La otra es para purificar gradualmente, apartar de lo terreno, fortalecer la fe, fijar el alma en la contemplación de las cosas eternas, humillar, excitar la gratitud y el amor, y moldear la voluntad en conformidad con la voluntad de Dios. La aflicción violenta está más calculada (bajo la bendición divina) para volver al errante al camino de la religión. La aflicción lenta y duradera lo está para incitarlo en su camino cristiano.

Por ello es que suponemos que Jacob sintió su verdadera situación a la vista de Dios al ser obligado de repente a dejar su hogar y sus amigos y volar hacia otro país. Y aunque tuvo una aflicción ciertamente violenta y arrolladora con la pérdida de José y otros episodios familiares, el carácter de estas angustias que hicieron tan 'mala' su vida, fue, sin embargo, el de una calamidad lenta y larga. Como ya dijimos, fue un *errante* toda su vida. Después de vivir veinte años en Harán volvió a Canaán, y al final de su vida bajó a Egipto. Otra fuente constante de inquietud fue la conducta de su familia. Habiendo roto deliberadamente la ley original del matrimonio (aunque esto era la costumbre de aquellos tiempos) al casarse con más de una esposa, se le amargó la vida por discordias familiares, enormidades y miserias, que se deben a esta causa. Pero todas estas cosas, sin duda, fueron útiles para prepararlo para un mejor país y se unieron para el bien. A la luz de esto las consideraremos como causa de una mentalidad espiritual, de humildad, de gratitud, de espíritu de oración, de fe y sumisión.

1. Mentalidad espiritual. Suponiendo que Jacob hubiera permanecido en Canaán con su padre Isaac, probablemente hubiera puesto su corazón en la bella tierra donde su padre vivió y

hubiera preferido al favor espiritual de su Dios una posesión terrena, algún monte Seir. Hubiese tomado esposa, como Esaú, y de acuerdo a la aprehensión de su madre, entre las mujeres paganas eteas, y hubiera sido un dolor de cabeza para Isaac y para Rebeca (Gen 26, 34-35). Pero habiendo sido echado del mundo, sus pensamientos se fueron apartando de las esperanzas temporales, y por gracia de Dios caminó como quien busca una bendición futura y eterna. Así vio de lejos las promesas (Heb 11, 13, 21), se persuadió de ellas, y las aceptó, confesando que era un extranjero y un peregrino sobre la tierra. Por lo tanto, pensando poco en la herencia terrenal, deseó una patria mejor, que es la celestial, porque Dios no se avergonzaba de ser llamado su Dios.

2. La humildad es otro efecto bendito de la aflicción. Mientras una persona tiene éxito en sus propósitos y es bendecida en sus relaciones, comienza a pensar que le corresponde tener éxito. Pero la adversidad le enseña una lección diferente. Su espíritu es introducido en la obediencia de Cristo (2 Cor 10,4-5), siente algo de su dependencia, y siendo iluminado desde lo alto para ver sus carencias y enfermedades, aprende a estimar a otros más que a sí mismo (Fil 2, 3), y en vez de manifestar impaciencia bajo el golpe divino, reconoce que es mucho menos de lo que merecen sus pecados. Atended al comienzo de la oración de Jacob para librarse de su hermano Esaú: "Oh Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, Señor, que me dijiste: Vuelve a tu tierra y al país de tu nacimiento, que Yo te haré bien, ¡qué poco merecía yo todas las mercedes y toda la fidelidad de que has hecho objeto a tu siervo! Pues con sólo mi cayado pasé este Jordán, y ahora he venido a formar dos campamentos" (Gen 32, 9-10)

3. Muy relacionado a este sentimiento de humildad está el de gratitud, como se ve en la oración anterior. Pues cuanto menos pensamos en

nosotros mismos, más sorprendidos y estupefactos estaremos ante los ejemplos de la bondad de Dios para con nosotros. Estamos constituidos de tal modo que pensamos poco acerca de lo que es usual, y cuando la Providencia permite que sea interrumpida nuestra salud o el éxito, en vez de estar agradecidos nos olvidamos de Él. Por eso el dolor es necesario para que podamos comprender algo de la bendición de la salud, y la pérdida de los consuelos terrenales para que podamos conocer su valor.

4. La aflicción promueve no poco el espíritu de oración y de continua comunión con Dios. Cuando fallan las esperanzas mundanas, ¿adónde acudiremos sino a Aquel “en quien no hay variación ni sombra de cambio” (Sant 1, 17). Así, David deja su caso en manos de Dios, Exequias sube a la casa del Señor y difunde la carta de Senaquerib ante el Señor (Is, 37), y Jacob recurre a la misma ayuda contra el enojo de Esaú. Tan poderoso fue en la oración que luchó por una bendición y la consiguió (Gen 32, 22-29), recibiendo un nuevo nombre de su divino Maestro como señal de su éxito, porque como príncipe tuvo poder con Dios y con los hombres y había prevalecido.

5. Y de aquí brota uno de los efectos más excelentes de la aflicción: la dependencia y la fe confiada en Dios. Encontramos que Él es fiel y que responde a nuestras súplicas y al final somos llevados a confiar implícitamente en Él. De este modo, en la oración a la que nos referimos tantas veces, Jacob se confiesa indigno de toda la *verdad* que Dios le ha mostrado. Él es ciertamente un Dios de la verdad. Promete bendecir y guardar todo lo que ellos mismos han dejado por Él y preservarlos hasta el fin. Pero somos tardos en creer, y hasta que no somos muy disciplinados por Su mano bondadosa no comenzamos a sentirlo. Por eso, Dios nos quita a menudo, como en el caso de Jacob, nues-

tras propiedades y recursos, para que podamos aprender a pedirle “nuestro pan de cada día”. Al principio, quizás, tenemos miedo, pensando que estamos perdidos, y juzgando imposible poder superar los obstáculos que parecen cruzarse en nuestro camino. Pero ante nuestro asombro, se sale de una dificultad, otra se desvanece, una tercera se transforma en una bendición, nos admiramos, y parece que respiramos de nuevo. Y aunque hay más dificultades en perspectiva, asustan menos, y comenzamos a saber que podemos hacer todo las cosas por Cristo que nos fortalece (Filip 4, 13). Por eso, aunque estamos afligidos, estamos siempre alegres: “Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra paciencia; la paciencia, prueba; la prueba, esperanza; y la esperanza no engaña, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rom 5, 3-5). Razonamos desde el pasado hacia el futuro. “El Señor se acuerda de nosotros y nos bendecirá; bendecirá a la casa de Israel, bendecirá a la casa de Aarón” (Sal 115, 12), y con David decimos: “El Señor que me libró de las garras del león y de las garras del oso, Él mismo me librará de la mano de ese filisteo” (1 Re 17, 37). Así, confiando en el Señor, seremos llevados de fortaleza en fortaleza (Sal 84) y al mirar hacia los años pasados confesaremos con el moribundo Jacob que el Señor es el Dios que nos ha alimentado toda nuestra vida hasta el día de hoy, y nos ha redimido de todo mal (Gen 48).

6. Por último, señalaré la resignación entre las gracias fomentadas por la aflicción. Existe, por cierto, una sumisión resentida, desesperada e irreligiosa, que la calamidad produce en algunas mentes, que surge de un espíritu decepcionado y no de la piedad alegre, y que se impone por necesidad, no por *madurez* en el amor. Pero hablamos aquí de una hábito interior muy diferente. Se trata de tener la voluntad al unísono con la voluntad de

Dios. Naturalmente, como sabemos, la *voluntad* se opone y resiste los divinos designios, y el gran trabajo de una vida religiosa es dominar, convertir y cambiar nuestra terca voluntad. Aquí es donde la aflicción viene en ayuda de esta lucha. Nos enseña a estar seguros de que Dios conoce mucho mejor que nosotros los que es realmente bueno para nosotros, a abandonarnos a Él como a nuestro fiel Creador (1 Pe, 4, 19), a medir todas las cosas por la ley y los anuncios divinos, a discernir bien en cada acontecimiento, a no codiciar nada que Él rechace, a alegrarnos en cada *situación* porque es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto a nosotros (1 Tes 5, 18), a decir de corazón que no se haga mi voluntad sino la Tuya, a desear la propagación de Su gloria sobre todas las cosas, y a sentirnos completamente perdidos como si estuviésemos absorbidos de amor y celo en Su servicio.

Entonces, no desmayéis, quienquiera que seáis, y que os sentís cargados de dolor por las continuas tribulaciones del mundo. Pensad en el glorioso resultado, en el bendito efecto de esta prueba. Cuando seáis probados reluciréis como el oro (Job). No es, por cierto, que debáis pensar ligeramente en ello, porque ha sido enviado para haceros reflexionar seriamente. Considerad que estáis en una situación que admite sólo dos alternativas: la pena puede haceros bien o dañaros, no hay término medio. Debéis salir de la aflicción o mejores o peores. Entonces no os lamentéis ni os deprimáis. Estáis llamados a alegraros, a regocijaros en la

tribulación, a glorificar en la aflicción, a aceptarla cordialmente, como un amigo, severo, sí, pero amable. Porque “el Señor corrige a quien ama, y a todo el que recibe como hijo, le azota” (Heb 12, 6). Por eso, es un privilegio para el hombre bueno estar en la aflicción, es un honor, es un signo de amor y de favor. Tomadlo así. Mientras los hombres malos tienen a menudo su buena herencia en esta vida, que la vuestra sea, como la de Jacob, futura y eterna. Estáis reservados para una ciudad que tiene fundamentos, y cuyo arquitecto y constructor es Dios (Heb 11, 10).

Levantemos, pues, concordes nuestras voces y digamos: “Señor, nos damos cuenta que la única y gran cosa necesaria es ser limpiados y purificados para el cielo”. Si, pues, es necesario para la salud de nuestras almas, aflígenos, Oh Padre, sí, aflígenos según Tu lealtad (cf. Sal 119, 75). No lo evites, si es bueno para nosotros. De buena gana nos guardaríamos de Tu vara, pero que se haga Tu voluntad, y antes que perezamos se Tú misericordiosamente severo con nosotros, humíllanos, quiebra nuestros corazones orgullosos, pulveriza nuestros espíritus altivos, disuélvenos y remódelanos, sí, para tener gusto espiritual en todo, ojos que vean y una mente que discierna. De modo que podamos finalmente alcanzar el monte de Dios, por la fuerza y los méritos de Tu Hijo, y estar de pie en Tu presencia engalanados con esa vestidura celestial, limpia y blanca, que significa la perfecta justicia de los santos (Ap 19, 8).

VI

Plain and Parochial Sermons, III, 11, pp. 139-155

Predicado en St. Mary el 3 de mayo de 1835

EL SUFRIMIENTO CORPORAL

Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 24)

Nuestro Señor y Salvador Jesucristo vino no sólo como fuente de gracia y verdad, fuente de luz espiritual, alegría y salvación, sino con la sangre y con el agua, como un combatiente contra el pecado y contra Satanás, “consagrado por el sufrimiento”. Como la profecía lo señala, estaba “vestido de rojo, y su ropaje era como el de un lagarero” (Is 63, 2), o, en palabras del Apostol, “fue vestido con una vestimenta empapada en sangre”. Fueron los indecibles sufrimientos del Verbo Eterno en nuestra naturaleza, Su cuerpo dislocado y clavado, Su sangre derramada, Su alma violentamente separada por una muerte dolorosa, que apartó de nosotros la ira de Aquel cuyo amor Le envió para ese propósito. Sólo éste fue nuestro sacrificio expiatorio, nadie compartió la obra. “Yo solo he pisado el lagar; de mi pueblo no hubo nadie conmigo” (Is 63, 3). Cuando fue levantado en el árbol maldito, luchó con todos los ejércitos del maligno, y venció por el sufrimiento.

Por eso, de un modo misterioso, todo lo que es necesario para este mundo de pecado, la vida de nuestras almas, la regeneración de nuestra naturaleza, todo lo que es más gozoso y glorioso, la esperanza, la luz, la paz, la libertad espiritual, las influencias santas, el conocimiento religioso y la fuerza, todo fluye de una fuente de sangre. Nuestra salvación es una obra de sangre, y nosotros, para salvarnos, debemos pasar cerca, contemplarla en la fe, y aceptarla como el camino al cielo. Debemos



tomarlo a Él, que así sufrió, como nuestro guía. Debemos abrazar sus pies sagrados y seguirlo. ¡No nos asombremos, pues, si recibimos algunas gotas de esa sagrada agonía que empaparon sus vestidos! ¡No nos asombremos si somos salpicados con los dolores que Él soportó en expiación por nuestros pecados!

Y así ha sido siempre. Aproximarse a Él ha sido, desde el comienzo, participar más o menos en Sus sufrimientos. No digo en el caso de cada individuo que cree en Él, sino en cuanto a los más conspicuos, los más favorecidos, Sus instrumentos elegidos, Sus más activos servidores. Ha sido la suerte de la Iglesia en su conjunto, y la de aquellos que, en conjunto, han sido más semejantes a Él,

como los pastores, intercesores y maestros de la Iglesia. Ciertamente, Él sólo hizo una obra meritoria, y ellos porque estaban cerca Suyo. Por eso, inmediatamente a Su nacimiento, trajo la espada sobre los niños de Su misma edad en Belén. Su misma sombra, proyectada sobre una ciudad en la que no vivió, fue manchada de sangre. Su Bendita Madre no lo había estrechado contra su pecho mucho tiempo, antes de ser advertida de la pena de ese temible privilegio: “Una espada atravesará tu alma” (Lc 1, 35). Él se quedó sin fuerzas, pero el agua y la sangre fluyeron juntas como pasó más tarde de su costado herido. Se dice que entre los niños que Él tomó en sus brazos para bendecirlos, hubo uno que fue un gran mártir de la generación siguiente a la Suya. Muchos de Sus Apóstoles pasaron de una larga vida de sufrimientos a una muerte violenta. En particular, cuando los hermanos favorecidos, Santiago y Juan, se le acercaron con el pedido de estar a Su lado en Su reino, Él estableció sencillamente entre la cercanía a Su persona y la aflicción, diciéndoles: “¿Podéis beber el cáliz que Yo he de beber?”, como si dijera: “No podéis recibir los sacramentos de la gracia sin el dolor que está figurado en ellos. La cruz hará correr sangre cuando esté impresa en vuestras frentes. Recibiréis, ciertamente, el bautismo del Espíritu y el cáliz de Mi comunión, pero será acompañado de las señales de Mi cáliz de agonía y de Mi bautismo de sangre”. En todas partes habla el mismo lenguaje a quienes participan de los beneficios de Su pasión y muerte: “El que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 27).

De acuerdo a esto, los Apóstoles frecuentemente nos recuerdan este compromiso, misterioso pero necesario, mandándonos: “No os sorprendáis como si os sucediera cosa extraordinaria, del fuego que arde entre vosotros para prueba vuestra; antes bien, alegraos en la medida en que participáis en los sufrimientos de Cristo” (1 Pe 4,12-13). San Pablo nos enseña lo mismo en el texto en donde

habla de llevar lo que falta a los dolores de Cristo como un preciado manto que cae desde la cruz y vestirlo por Su causa. “Me gozo en los padecimientos a causa de vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 24; ver también 2 Cor 4, 10). Y aunque están hablando especialmente de la persecución y otros sufrimientos nacidos a causa del evangelio, sin embargo es nuestro gran privilegio, como nos dice la Escritura, que todo dolor y aflicción nacidos en la fe y la paciencia serán contados como señales de Cristo, prendas de gracia del Salvador ausente, y serán aceptadas y recompensadas por Él en el último día. Se dice de modo general: “Si pasas por las aguas, Yo estoy contigo, si por los ríos, no te anegarás; si andas por el fuego, no te quemarás, ni te abrasarán las llamas” (Is 43, 2). “Nuestra aflicción momentánea y ligera va labrándonos un eterno peso de gloria cada vez más inmenso” (2 Cor 4, 17).

Por eso el Evangelio, que ha iluminado de tantas formas el estado de este mundo, ha sido de especial ayuda para nuestra forma de ver los *sufrimientos* a los que está sometida la naturaleza humana, convirtiendo un castigo en un privilegio, en el caso de todos los dolores, y especialmente en el del dolor corporal, que es el más misterioso de todos. La aflicción, la ansiedad y la desilusión están más o menos conectados con el pecado y los pecadores, pero el dolor corporal es involuntario en su mayor parte, extendiéndose sobre el mundo por alguna ley irresistible, en niños que realmente no han pecado nunca, y en animales irracionales que son extraños a la naturaleza de Adán, mientras que es más patético y doloroso que otro sufrimiento cualquiera. Es lo que nos toca a todos, antes o después, y, quizás, en una medida que sería detestable y malo anticipar, sea de la enfermedad o de las casualidades de la vida. Y todos nosotros debemos morir al final, y la muerte empieza generalmente por una enfermedad y termina en la sepa-

ración de alma y cuerpo, que en sí misma puede, en algunos casos, incluir un dolor peculiar.

Los hombres mundanos apartan semejantes pensamientos como lóbregos. No pueden ni negar ni evitar la perspectiva que está delante de ellos, y son inteligentes, según sus propios principios, para no amargarse el presente anticipándola. Pero los cristianos pueden soportar contemplarla sin ninguna aprehensión indebida, porque esta misma pena, que tanto toca el corazón y la imaginación, ha sido revestida por Dios Todopoderoso (como ya dije) con una luz nueva y consoladora al ser el medio de Sus mercedes más escogidas para nosotros. El dolor no es más una maldición, un mal necesario que ha de ser sobrellevado con seca sumisión o resistencia pasiva, sino que puede ser considerado incluso como una bendición del Evangelio, y siendo una bendición admite que se lo encuentre bueno o malo. Según la naturaleza, parece excluir la noción de obligación, como si una disciplina tan dominante desde fuera suplantara la necesidad o la oportunidad de autodominarse, pero ahora que “Cristo ha sufrido en la carne”, tenemos que “armarnos de los mismos pensamientos” y obedecer, como hizo Él, en medio del sufrir.

En lo que sigue, señalaré brevemente, primero, el efecto natural del dolor en la mente, y luego los remedios y correctivos para ese efecto que nos da el conocimiento del Evangelio.

1. En cuanto a lo primero, se debe entender que el dolor no tiene influencia santificadora por sí mismo. Los hombres males se vuelven peores a causa de él. Esto debemos tenerlo en mente para no engañarnos, porque a veces hablamos (al menos los pobres suelen hablar así) como si las penas y sufrimientos presentes fueran un motivo de confianza en cuanto a nuestras perspectivas futuras, sea porque expían nuestros pecados o acercan nuestros corazones a Dios. Más aún, hasta los más

religiosos entre nosotros pueden engañarse al pensar que el dolor les hace mejores, más de lo que realmente sucede, pues el efecto del mismo, a la larga, en cualquier temperamento, excepto los muy orgullosos o ingobernables, es causar un estado de languidez y serenidad que parece resignación, mientras necesariamente dirige nuestra razón al *pensamiento* de Dios, nuestro único sostén en tales momentos de prueba. Sin duda beneficia realmente al cristiano, y en no poca medida, y puede agradecer a Dios que así lo bendice, pero que sea cauto en *medir* su estado espiritual por el ejercicio de la fe y el amor en su corazón entonces, especialmente si ese ejercicio está limitado a los mismos afectos, y no tiene oportunidad de mostrarse en obras. San Pablo habla de la corrección que “*más tarde* da a los ejercitados por ella el apacible fruto de justicia” (Heb 12, 11), formada y madurada ciertamente en el momento, pero manifestada en el tiempo debido. Este debe ser el fruto real de sufrir en el lecho de muerte, aún cuando no haya tiempo de mostrarse a los demás antes de que el cristiano parta. Seguramente, podemos esperar humildemente que perfeccione hasta ahora hábitos formados parcialmente, y armonice las distintas gracias del Espíritu totalmente. Tal es el resultado en cristianos *establecidos*, pero *puede* que no cause nada tan santo. Más aún, en el caso de aquellos que han seguido a Cristo con un corazón dividido, puede ser una prueba demasiado fuerte para su debilidad y que los venza. Esta es una reflexión terrible para los que pospuesto el día del arrepentimiento. Bien hace nuestra Iglesia en pedir: “No permitas que suframos en nuestra última hora para que los dolores de la muerte no nos aparten de Ti”. En cuanto a los no creyentes, sabemos cómo les afecta al leer esos pasajes de la Escritura como el siguiente: “Se mordían las lenguas de dolor, y blasfemaron del Dios del cielo, a causa de sus dolores y de sus úlceras, pero no se arrepintieron de sus obras” (Ap 16, 10-11)

Más aún, iría más lejos, y diría que no sólo ese dolor no nos mejora comúnmente, sino que tiene una tendencia fuerte a hacer daño a nuestras almas, por ejemplo, hacernos egoístas, un efecto que puede producir aún cuando nos haga bien de otra manera. La mala salud, por ejemplo, en vez de abrir el corazón, a menudo hace que la persona sea sumamente cuidadosa de su comodidad corporal y del bienestar. Los hombres encuentran excusa en sus enfermedades para buscar una atención extraordinaria para su consuelo, y consideran que pueden, en toda ocasión, tener en cuenta sus propias conveniencias más que las de otros. Son indulgentes con sus deseos caprichosos, se permiten ser indolentes cuando deben realmente ejercitarse, y piensan que pueden ser displicentes porque son débiles. Se vuelven quejumbrosos, tercios, fastidiosos y egoístas. Los espectadores, sin embargo, deberían ser muy cautos en pensar que cualquier persona que sufre sea así, porque, después de todo, la gente enferma tiene muchos sentimientos que no puede explicar a nadie más, y están a menudo en lo cierto en aquellos asuntos en los que parecen más caprichosos o irrazonables a los demás. Pero esto no contradice con lo correcto de mi observación en su conjunto.

Tomemos otro ejemplo bajo circunstancias muy diferentes. Si el sufrimiento corporal puede presentarse bajo distintos aspectos, esto ocurre en la lasitud de la cama del enfermo y en los infortunios de la vida del soldado. De este último encontramos egoísmo casi como característica proverbial. Ciertamente la vida de los soldados en servicio es una verdadera escuela de generosidad y autonegación, rectamente entendida, y se usa como tal por su nobleza y altos principios. Pero he aquí que una mente baja y carnal, en vez de aprovechar sus ventajas, caerá en la tentación de referir todas las cosas que le acontecen a su propio bienestar y provecho. Para asegurar sus propios intereses se encerrará en sí misma como su principal deber, y

con gran credibilidad, puesto que hay algún sentido desde el cual puede realmente ser justificada. Se sugerirá que los otros deben cuidar de sí mismos, que es un disparate y una desventaja pensar en ellos, que hay muy pocas probabilidades de seguridad, que la mayoría debe sufrir, algunos hasta la muerte, que es sabio luchar por la vida y el bienestar, y descartar pensar en otros. Oh sí, hay ejemplos aquí y allá, en la experiencia de la vida, que muestran que tales pensamientos y sentimientos no son propios de alguna clase de hombres, sino principios de acción de multitudes. Si se da una alarma de peligro entre la muchedumbre, el ansia general de salvarse conduce a los hombres a actuar entre sí con completa indiferencia, o con furiosa crueldad. Hay historias de grupos de hombres que se hallan en el mar con escasas provisiones, y de los hechos espantosos que siguen cuando cada uno lucha por conservar su propia vida.

El efecto natural del dolor y del temor, entonces, es hacernos individualistas, fijar nuestros pensamientos en nosotros mismos, hacernos egoístas. Es a través del dolor, principalmente, como tomamos conciencia incluso de nuestros órganos corporales. Un cuerpo entero sin sensaciones dolorosas es, como si fuera, un todo sin partes, y prefigura ese cuerpo futuro espiritual que será la herencia de los santos. Y a esto nos aproximamos en nuestra juventud, cuando no sentimos que estamos hechos de grosera materia terrestre, realidad de la que nos convencemos cuando pasan los años. Los jóvenes reflexionan poco sobre sí mismos, miran alrededor y viven hacia fuera, diciendo que tienen almas, pero entendiendo poco sus palabras. "Gozan en su juventud". Este es, pues el efecto del sufrimiento que nos captura: pone el dedo para que estemos ciertos de nuestra individualidad. Pero no es más que eso. Si tal advertencia no nos lleva hacia el cielo a través de las conmociones de nuestra conciencia, no hará sino encerrarnos en nosotros mismos y hacernos egoístas.

2. Aquí es donde el Evangelio nos encuentra, herederos de una visita que, tarde o temprano, nos viene, volviendo nuestros pensamientos de los objetos exteriores y tentándonos a idolatrarnos, a deshonrar a ese Dios a quien debemos culto, y a rechazar a los que debemos amar como a nosotros mismos. Por eso, el Evangelio nos encuentra y hace obvio este peligro, no removiendo el dolor sino dándole nuevos significados. El dolor que, por naturaleza nos lleva sólo hacia nosotros mismos, levanta la mente cristiana del pensamiento de sí a la contemplación de Cristo, de Su pasión, de Sus méritos, de Su ejemplo, y desde allí continúa con la compañía de sufrientes que Le siguen y “son lo que es Él en este mundo”. Él es el gran Objeto de nuestra fe, y mientras le contemplamos aprendemos a olvidarnos de nosotros mismos.

Seguramente no es este el más temible y odioso de los males aquí abajo, aunque Cristo haya asumido voluntariamente las tribulaciones de la carne. Nadie elige el mal por sí mismo sino por un bien mayor que brota de él. Cristo lo sufrió por fines más grandes que la inmediata remoción del mismo, “no de mala gana o por necesidad”, sino haciendo alegremente la voluntad de Dios, como nos lo muestra la historia del Evangelio. Cuando llegó Su hora, “tomó resueltamente la dirección de Jerusalén” (Lc 9, 51). Sus discípulos le dijeron, “Maestro, hace poco te buscaban los judíos para lapidarte, ¿y Tú vuelves allá?” (Jn 11, 8), pero Él insistió. Nuevamente le dijo a Judas “Lo que dejas de hacer hazlo pronto” (Jn 13, 27). Se dirigió al huerto más allá del Cedrón, aunque Judas conocía el lugar, y cuando la guardia llegó para apresar lo “Jesús se adelantó y les dijo, Soy yo” (Jn 18, 5). ¡Con qué calma y majestad soportó Sus sufrimientos cuando le llegaron, aunque por Su agonía en el huerto mostró cuán plenamente sintió su intensidad! Dice el salmista en predicción de ellos. “Soy como agua derramada, todos mis huesos se han descoyuntado; mi corazón, como cera se diluye en

mis entrañas” (Sal 21, 14), describiendo, según parece, ese hundimiento del espíritu y debilitamiento de los nervios que ocasiona el dolor severo. Sin embargo, en medio de la aflicción que parece hacer imposible la oportunidad de obedecer, Él se “ocupó de las cosas de Su Padre”, aún más diligentemente que en su niñez, cuando les hacía preguntas a los doctores del Templo, sin pensar en ser meramente pasivo en la prueba sino tomándola como una gran ocasión para someterse noble y rigurosamente a la voluntad de Su Padre. “Con lo que padeció experimentó la obediencia” (Heb 5, 8). Considerad la profunda y serena compasión que le llevó a orar por aquellos que le crucificaban, Su cuidado solícito por Su Madre, y Sus palabras de perdón dirigidas al ladrón que sufría con Él. Y entonces, cuando dijo “Todo se ha cumplido”, mostró que estaba aún contemplando con clara inteligencia “el esfuerzo de su alma, y estaba satisfecho”. Y en el solemne sometimiento en las manos de Su Padre mostró dónde descansaba su mente en medio de su oscuridad. Aún cuando parecía estar pensando en Sí mismo y dijo “Tengo sed”, estaba recordando realmente las palabras de la profecía, resuelto a justificar a la letra los divinos anuncios referidos a Su persona. Por eso, en la misma cruz vemos en Él la misericordia de un Mensajero del cielo, el amor y la gracia de un Salvador, la obediencia de un Hijo, la fe de una naturaleza creada, el celo de siervo de Dios. Su mente estaba puesta en la soberana voluntad y las infinitas perfecciones de Su Padre, y pudo pasar sin esfuerzo a la afirmación del deber filial o la necesidad de un pecador individual. Seis de Sus últimas siete palabras fueron palabras de fe y amor. Por un momento le sobrecogió un horrible terror cuando pareció preguntar por qué Dios le había abandonado. Sin duda, “esa voz fue por nosotros”, como cuando hizo mención de Su sed, y, también fue tomada de la profecía inspirada. Quizás el propósito fue darnos un ejemplo de aflicción especial a la que está sometida la naturaleza humana, cualquiera sea

el modo real e inescrutable que tuvo en Él, que fue sostenido a todo lo largo por su intrínseca divinidad. Me refiero a la prueba de una agonía aguda, que apura la mente hacia vagos terrores y pensamientos extraños e inexplicables, y es recordada misericordiosamente para nuestro bien en la historia de Su muerte, pues Él “ha sido tentado en todo, a semejanza nuestra, aunque sin pecado” (Heb 4, 15)

Tales fueron los sufrimientos de nuestro Señor, voluntariamente aceptados y ennoblecidos por una activa obediencia, el centro de nuestras esperanzas y de nuestro culto, sobrellevados sin pensar en Sí, dirigidos hacia Dios y por los hombres. ¿Quién entre nosotros, que medite habitualmente en ellos, no será conducido, sin proponérselo y por la misma calidez de la gratitud y del amor adorable, a intentar soportar sus propias aflicciones del mismo modo celestial? ¿Quién no ve que soportar el dolor bien es afrontarlo con valentía, no retroceder o vacilar, sino pedir la ayuda de Dios, y mirarlo luego resueltamente, convocar cuando valor tengamos en el cuerpo y en el alma, recibir su ataque, y animarse contra él (mientras nos den las fuerzas) como contra algún enemigo visible en combate cercano? ¿Quién no reconocerá que cuando se nos envía, debemos hacer que su presencia sea (como si fuera) un acto de nuestra propia voluntad, a través de la coincidencia alegre y pronta de nuestra voluntad con la de Dios? Más aún, ¿quién hay que no deba reconocer que con los sufrimientos de Cristo delante, el dolor y la tribulación son, después de todo, no sólo la mayor bendición sino incluso los acompañantes más congruentes para aquellos que son llamados a heredar sus beneficios? Digo más congruentes, no necesarios, sino los más naturales y convenientes, los que armonizan más plenamente, con el principal Objeto en el grupo de las sagradas maravillas que la Iglesia está llamada a contemplar. ¿Quién, por otra parte, no percibe al menos que todo lo

deslumbrante y llamativo de este mundo, sus entusiasmos, los bienes que persigue vivamente, sus éxitos y sus éxtasis, sus pompas y sus lujos, no son conformes con esa escena clara y solemne que la fe debe tener siempre a la vista? ¿Qué cristiano no reconocerá que “reinar como reyes” y estar “lleno” no es su vocación, y así pueda sacar consuelo en la hora de la enfermedad, o del duelo, o de cualquier otra aflicción, al pensar que ahora está su propio lugar, el de Cristo, en su propio hogar, el sepulcro en el cual fue puesto su Señor? Los santos han sentido tan profundamente esto que en tiempos de paz, y cuando la Iglesia estaba segura, no pudieron descansar en el regazo de la comodidad, y se aseguraron rigores para que el mundo no los corrompiera. No podían soportar ver al perdurable Pablo, que agregaba a sus tribulaciones necesarias un castigo auto-infligido a la carne, y permitirse vivir delicadamente y pasarla suntuosamente cada día. Veían la imagen de Cristo reflejada en las lágrimas y la sangre, en la gloriosa compañía de los Apóstoles, en la agradable sociedad de los Profetas y el noble ejército de los Mártires. Leían la profecía del juicio final de la Iglesia como “una mujer alimentada por Dios en el desierto” (Ap 12, 6) y a sus testigos “vestidos de saco” (Ap 11,3), y no podía creer que se pretendiera de ellos nada más que gozar de los placeres de esta vida, por muy inocente y moderado que fuera el uso que les dieran. Sin decidir acerca de sus vecinos, se sintieron llamados a cosas más elevadas, y su propio sentido del deber se convirtió en la sanción y el testigo de ello. Consideraron que Dios, al menos, les afligiría en Su amor si se excusaban. El aguijón en la carne, los golpes de Satanás, la negación de sus ojos, eran su parte, y en la prudencia común, de no haber tenido pensamientos más elevados, no hubieran podido vivir fuera del tiempo y medida con estas aflicciones esperadas. Sin ninguna alarma supersticiosa, ni imaginaciones cobardes, ni apurando insensibilidades ante la dificultad o la prueba, sino con calma y en la fe, se abandonaron en las manos

de Dios, que les había dicho en Su palabra inspirada que la aflicción sería su alimento familiar, hasta que al final obtuvieron, desde una verdadera plenitud de gracia, tal disgusto por los lujos de la vida como para no aguantarlos.

Aún en aquellos días, cuando “el oro fino se hace oscuro”, tal ha sido la mente de aquellos que veneramos. Pero así era especialmente en los tiempos antiguos. Era también el talante de aquellos Apóstoles que fueron alejados de los golpes del mundo, más que sus hermanos, como si la perspectiva de sufrir después no fuera una dispensa de la disciplina presente auto-infligida, sino que la demandara. Santiago el Menor fue obispo de Jerusalén, y fue muy venerado a causa de su honradez por los judíos incrédulos entre quienes vivía sin ser molestado. Nos dicen que no tomaba vino ni bebida fuerte, ni comía carne animal, ni aceptaba el lujo de los baños. “Tan a menudo estaba en el Templo de rodillas, que las tenía delgadas y duras por la continua oración” (Eusebio, Hist, 2, 23). Mantenía “sus lomos ceñidos, y su lámpara encendida” para el bendito martirio que iba a terminar con su vida. ¿Podía ser de otra manera? ¿Cómo podía el gran Apóstol, sentado en casa por mandato de su Señor, “alimentar su corazón”, como él dice, “para el sacrificio”? ¿Cómo podía comer y beber, y vivir como los demás hombres, cuando “el Arca, e Israel, y Judá estaban en tiendas”, viviendo a campo abierto, y uno a uno, los guerreros elegidos de Dios, caían ante el breve triunfo de Satanás? ¿Cómo podría ser “delicado en la tierra, y caprichoso”, cuando Pablo y Bernabé, Pedro y Juan, eran azotados y encarcelados, pasaban por trabajos y peligros, vivían con hambre y sed, con frío y sin ropa? Esteban había liderado el ejército de los mártires en Jerusalén, que era su propia lugar de servicio. Santiago, el hermano de Juan, le había seguido en la misma ciudad, el primero de los Apóstoles en beber el cáliz de nuestro Señor, que sin darse cuenta habían pedido beber.

Y si este era el sentimiento de los Apóstoles cuando la seguridad era poco duradera, ¿por qué no es el nuestro, que vivimos cómodos del todo, sino porque no tenemos fe suficiente como para darnos cuenta lo que pasó? ¿Si pudiésemos ver la cruz en el Calvario y la lista de sufrientes que resistieron hasta derramar sangre en los tiempos que le siguieron, sería posible que sintiéramos sorpresa cuando el dolor nos alcanza, o impaciencia si continúa? ¿Es extraño que seamos castigados por una nueva plaga? ¿Es doloroso que la cruz presione en un nervio o miembro aún por muchos años hasta que se pierde la esperanza de alivio? ¿No es posible alegrarse con los Apóstoles de “llevar en nuestro cuerpo las marcas del Señor Jesús”? Y más aún, ¿Podemos, por vergüenza, sufrir estar afligidos por lo que no es sino dolor ordinario, ser irritados o entristecidos, melancólicos o ansiosos por los inconvenientes que nunca pudieron sorprender o desestabilizar a quienes habían estudiado y entendido su lugar como siervos de un Señor crucificado?

Determinémonos, pues, con corazón alegre a sacrificar nuestras comodidades y placeres, aunque sean inocentes, ante el Señor nuestro Dios, cuando Él lo pida, sea por las intenciones de Su Iglesia, sea por Su inescrutable providencia. Démosle unas pocas horas de la comodidad presente, y recibiremos lo propio con abundancia en el día de Su venida. Existe un tesoro en el cielo provisto con ofrendas que aborrece el hombre natural, suspiros y lágrimas, llagas y sangre, tortura y muerte. Los mártires comenzaron primero a contribuir, y todos nosotros debemos seguirlos, todos, pues cada sufrimiento, grande o pequeño, puede, como la limosna de la viuda, ser sacrificado por la fe en Él que es quien lo envía. Cristo nos dio las palabras de la consagración cuando dijo, por ejemplo, “Hágase Tu voluntad”. De aquí en adelante, como dice el Apóstol, debemos “gloriarlos en la tribulación” como semilla de la futura gloria.

Mientras tanto, no olvidemos en todo lo que sufrimos que, hablando con propiedad, nuestro propio pecado es la causa de ello, y que es por sola misericordia de Cristo que podemos estar a Su lado. Nosotros, que somos hijos de ira, somos

hechos por Él hijos de la gracia, y nuestros dolores, que en sí mismos son pregustaciones del infierno, son transformados por la aspersión de Su sangre en preparación para el cielo.

VII

Parochial and Plain Sermons V, 21, pp. 300-312

Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 19 de octubre de 1834

LA AFLICCIÓN: ESCUELA DE CONSUELO

(Sexagésima)

Dios nos consuela en toda tribulación, para que nosotros podamos consolar a los que están en cualquier tribulación, con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios (1 Cor 1,4)

Si hay un aspecto de la personalidad de San Pablo que le caracterizó más que otros, y que se revela en todo lo que dijo e hizo, fue su poder de compasión para con sus hermanos, más aún, para con toda clase de hombres. Sufrió pruebas de toda clase, que, como resultado, le permitieron penetrar en los sentimientos y en los corazones de gente encumbrada y humilde, judíos y gentiles. Supo cómo persuadir, porque sabía dónde reside la perplejidad, y supo cómo consolar, porque conocía las penas. Su espíritu interior era como el delicado instrumento que al variar el tiempo o estar la atmósfera húmeda o seca, cálida o fría, indica con precisión todos sus cambios, y le guiaba acerca de lo que debía hacer. Así dice: “Me he hecho judío con los judíos para ganar a los judíos, y con los que están bajo la Ley, aún sin estarlo, para ganar a los que están bajo ella. Con los que están sin ley, como quien está sin ley para ganar a los que están sin ley (...) Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo para todos, para salvar a toda costa a algunos” (1 Cor 9,20-22). Y nuevamente, en otro lugar, después de haber enumerado sus diversas aflicciones, por mar y por tierra, en



el inhóspito desierto y en la prisión sofocante, causadas por amigos y por enemigos, agrega: “¿Quién desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién sufre escándalo sin que yo arda? Si hay que gloriarse, me gloriaré en mi flaqueza” (2 Cor 11, 29-30). Por eso, en los Hechos de los Apóstoles, cuando vio llorar a

sus hermanos, aunque no podían apartarlo de su propósito que venía de Dios, sin embargo no pudo evitar exclamar: “¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Yo estoy dispuesto no sólo a ser atado sino a morir en Jerusalén, por el nombre del Señor Jesús” (Hech 21, 13). Y aún de sus propios compatriotas que le perseguían habla en los términos más afectuosos y delicados, como conociendo bien cuál era la situación de ellos y la opinión que tenían del Evangelio. “Siento una gran tristeza y un dolor incesante en el corazón; pues desearía ser yo mismo separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza”. “Hermanos, el anhelo de mi corazón y mi oración a Dios a favor de ellos es que se salven. Pues *testifico en su favor* de que tienen celo de Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento” (Rom 9, 2-3; 10, 1-2). Y por eso era tan poderoso su lenguaje con ellos dondequiera, para que no fuesen reprobados, que aún el Rey Agripa, después de oír unas pocas palabras de la propia historia de San Pablo, exclamó: “Por poco me persuades a hacerme cristiano” (Hech 26,28). Y lo que era persuadiendo, eso era consolando. Él mismo da esta razón de sus propias aflicciones en el texto, hablando del consuelo que recibía de Dios Todopoderoso en toda su tribulación, para poder consolar a los que estaban en alguna aflicción con el consuelo con el que él mismo era consolado por Dios.

Tal era el gran Apóstol San Pablo, el Apóstol de la gracia, a quien honramos especialmente en la primera parte del año. En esta época conmemoramos su conversión⁶⁴, y prestamos más atención que la habitual a sus Cartas. Y en el domingo de Sexagésima casi tenemos otra Fiesta en su memoria, pues la lectura del día habla expresamente de sus aflicciones. Al haber sido golpeado, azotado, perseguido de aquí para allá, encarcelado, náufrago, y el más miserable de los hombres en esta vida,

pudo comprender cuán pobre cosa es la vida mortal y aprender a contemplar y a describir adecuadamente las glorias de la vida inmortal.

Nos dice en alguna parte que “la experiencia produce esperanza”, esa gracia que tiende más que las otras a consolar y aliviar las penas. De modo similar, nuestro Señor dice a San Pedro: “Simón, Simón, mira que Satanás ha solicitado el poder zarandearos como se hace con el trigo. Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos” (Lc 22, 31-32). Más aún, la misma ley fue cumplida no solamente en el caso de los siervos de Cristo, sino que Él mismo, “que conocía los corazones”, por un inefable misterio, condescendió a aprender a fortalecer al hombre experimentando sus debilidades. “Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para que, en lo que toca a Dios, fuese un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel para expiar los pecados del pueblo, pues, en las mismas cosas que Él padeció siendo tentado, puede ayudar a los que se ven probados”. “No tenemos un Sumo Sacerdote que sea incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Heb 3, 17-18; 4, 15).

Si tal es uno de los principales beneficios de la prueba dolorosa, de cualquier clase que sea, no es inapropiado extenderse en su consideración. El hombre nace para sufrir “como las chispas vuelan para arriba”. Todos tenemos, más o menos, pruebas duras de dolor y de pena. Si seguimos por algunos años en el mundo bajo la luz del sol, las aflicciones serán más pesadas cuando lleguen. Al menos, esa es la ley general. Tarde o temprano nos pasa como a los otros hombres, más felices que ellos sólo si aprendemos a llevar nuestra parte más religiosamente, y más favorecidos si nos encontramos con aquellos que han sufrido y pueden ayu-

64 En efecto, en nuestro calendario litúrgico, tanto como en el de la Iglesia anglicana y en la época de Newman, se celebra la Fiesta de la conversión de San Pablo el 25 de enero.

darnos con su compasión y su experiencia. Y entonces, mientras sacamos provecho de lo que pueden darnos, podemos aprender de ellos a dar libremente lo que libremente hemos recibido, consolando a su vez a otros con el consuelo que nuestros hermanos nos ha dado desde Dios.

Ahora bien, hablando de los beneficios de la prueba y el sufrimiento, no debemos nunca olvidar, por supuesto, que estas cosas no tienen por sí mismas ningún poder para hacernos más santos o más celestiales. Hacen a muchos hombres malhumorados, egoístas y envidiosos. La única compasión que crean en muchas mentes es el deseo de que los otros sufran con ellos, no de que ellos sufran con los otros. Cuando el amor está ausente, la aflicción lleva al hombre a desear que los otros estén como él, lleva a la queja, a la malevolencia, al odio, a gozarse en el mal. “¿Has flaqueado tú también como nosotros? ¿Has llegado a ser como nosotros?” dijeron los príncipes de las naciones al caído rey de Babilonia. Los tormentos propios de los demonios no los incitan a otro intento que no sea hacer demonios a otros. Tal es el efecto del dolor y de la pena cuando no se está santificado por la gracia salvadora de Dios. Y esto se muestra ampliamente en gran variedad de casos.

Todas las mortificaciones de la carne, como las que el Evangelio propone y San Pablo practicaba, vigiliias, ayunos y sometimiento del cuerpo, no tienden por sí mismas a hacer mejores a los hombres; a menudo los hace peores y con frecuencia parece haberlos dejado tales como eran antes. No son en sí mismas una prueba segura de santidad y fe verdaderas. Alguien puede ser muy austero en su vida, y por esa misma austeridad aprender a ser cruel con otros, sin compasión. Y, por otro lado, lo que parece extraño, puede ser austero en sus hábitos personales y, sin embargo, un indeciso y un

cobarde en su conducta. Estas cosas han existido, y no digo que sean probables en la situación actual de esta sociedad, pero se debe tener presente que la vida más dura y mortificada es un pasaporte tan pequeño para el cielo como lo es la benevolencia, la utilidad o la amabilidad. La auto-disciplina es una condición necesaria, pero no un signo cierto, de santidad. Puede dejar a un hombre en su mundaneidad o hacer de él un tirano. Solamente en manos de Dios es instrumento de Dios. Sólo sirve a los fines divinos cuando Dios hace uso de él. Solamente cuando la gracia está en el corazón, cuando el poder de lo alto habita en un hombre, todas las cosas externas e internas se dirigen a su salvación. La persecución, el hambre o la espada, tanto llevan el alma a Cristo como pueden separarla de Él. Solamente Él puede obrar a través de todas las cosas. Puede hacer de las piedras pan. Puede alimentarnos con “cada palabra que sale de Su boca”. Podría, si quisiera, hacernos tranquilos, resignados, bondadosos y compasivos, sin aflicciones, pero es Su voluntad hacerlo ordinariamente por medio de las pruebas. Incluso Él, cuando vino a la tierra, condescendió a aprender por la experiencia, y lo que Él mismo hizo, eso quiere que hagan Sus hermanos.

Mientras que la aflicción no nos hace necesariamente benévolos y amables, más aún, puede ser que nos haga duros y crueles, la falta de aflicción no mejora las cosas. A veces miramos con gusto a los que nunca han tenido aflicciones. Nos interesa mirar favorablemente un rostro franco y sin arrugas, y nuestros corazones se estremecen ante la risa pronta o la mirada penetrante. Hay un optimismo y frescura de pensamiento en aquellos que nunca han sufrido que, aunque es hermoso, es apenas apropiado y digno de confianza, quizás, en un hombre pecador. Le corresponde al Ángel, a las personas muy jóvenes y a los niños, que nunca han sido entregados a sus tres grandes enemigos⁶⁵. No

■ 65 El demonio, el mundo, y la carne.

me arriesgaré a negar que existen aquellos cuyas vestimentas blancas y coronas inmarcesibles muestran que tienen derecho de alegrarse siempre, hasta que Dios los lleve. Pero este no es el caso de la mayoría, a quienes la tierra ensucia y que pierden el derecho a estar alegres. En ellos la alegría de espíritu degenera en rudeza, falta de sentimiento, y desenfreno. Tal es el cambio, a medida que pasa el tiempo, y sus corazones se hacen menos puros e infantiles. El dolor y las penas son las medicinas casi necesarias para una naturaleza impulsiva. Sin ellas, los hombres, aunque sean hombres, son como niños consentidos, y actúan como si consideraran que todas las cosas deben ceder ante sus propios deseos y conveniencias. Se alegran por su juventud. Se hacen egoístas, y es difícil decir cuál egoísmo da más pena y desagrado, si el de los espíritus elevados o el de los abajados, si el egoísmo del que goza o el del que sufre, el del que vende salud o el del que languidece y se queja en la prueba. Es difícil decir qué consuelo será el peor, si tener corazones duros por sufrir, o duros por no haber sufrido nunca, si la desesperación cruel que goza en la miseria, o el orgullo cruel que es impaciente ante la misma. Por cierto, la crueldad del desesperado es más odiosa, porque se parece más al ejemplo de Satanás, que siente menos por los otros cuanto más sufre él mismo. Pero la crueldad del próspero y caprichoso es como los excesos de la tempestad o de las bestias animales, sin propósito, más bien sin pensar, pero quizás aún más aguda y molesta para aquellos que la contraen.

Tal es la felicidad mundana y la adversidad mundana, pero Dios Todopoderoso, mientras elige la última como la porción de Sus santos, la santifica con su gracia celestial para que sea el gran beneficio de ellos. Los rescata del egoísmo del consuelo mundano sin someterlos al egoísmo del dolor mundano. Los conduce al dolor para que puedan ser como fue Cristo y piensen en Él, no en sí mismos. Los introduce en la tribulación para que

puedan estar cerca de Él. Cuando se afligen están en Su presencia más íntimamente que en ningún otro momento. El dolor corporal, la ansiedad, la aflicción, la desgracia, son para ellos Sus precursores. Es algo solemne, y un privilegio, mirar a quienes Él visita de este modo. ¿Por qué los hombres estarían miedosos y en silencio a la vista del espíritu de algún amigo muerto que llegara desde la tumba? ¿Por qué se humillarían y escucharían pasmados cualquier mensaje que les trajera? Porque él parecería venir de la misma presencia de Dios. Y de igual manera, cuando un hombre en quien habita Su gracia yace en el lecho del sufrimiento, o ha sido despojado de sus amigos y está solo, ha gustado de modo peculiar de los poderes del mundo venidero, y exhorta y consuela con autoridad. El que ha estado largo tiempo bajo la vara de Dios llega a ser posesión de Dios. Lleva señales en su cuerpo y es rociado con gotas que la naturaleza no podría proveerle. “Viene de Edom, de Bosra con vestidos teñidos de sangre” (Is 63,1), y es fácil ver con quién ha estado hablando. Parece decirnos con las palabras del profeta: “Yo soy el hombre que ha experimentado la aflicción bajo la vara de la ira de Dios. Él me llevó y me hizo andar en tinieblas, y no en luz (...) Tendió su arco y me hizo blanco de sus saetas” (Lam 3,1-2.12) Y los que le ven, se reúnen en torno como los amigos de Job, sin decirle ni una palabra, pero con mayor reverencia que si lo hicieran, mirándole con temor pero con confianza, con simpatía pero con resignación, como alguien que está bajo la enseñanza y el entrenamiento de Dios para el trabajo de consolar a sus hermanos. Le buscarán cuando la aflicción venga sobre ellos mismos, apartándose de todo lo que les deleitaba en su prosperidad, de los grandes o los ricos, de los hombres de risas y canciones, de los chistosos e ingeniosos, de los hábiles y eruditos. Por un instinto natural, buscarán consuelo volviéndose hacia aquellos a quienes el Señor ha tratado hasta ahora con aflicciones similares. Ciertamente es una gran bendición y causa de glorificación

ser consagrado así, por la aflicción, como ministro de las misericordias de Dios para con los afligidos.

Pensamientos como estos pueden ser considerados con humildad por cada uno de nosotros, cuando entramos en algún dolor o aflicción ordinaria. Sin duda, si pensamos debidamente, estaremos poco dispuestos a darnos títulos de honor. Seremos tardos en creer que somos especialmente amados por Cristo. Pero al menos tendremos la bendita certeza de que fuimos hechos instrumentos para la consolación de otros. Sin ninguna impaciencia por establecer absolutamente nada acerca de nuestro estado real a los ojos de Dios, y qué pasará con nosotros el último día, podemos, al menos, creer que somos en el presente evidentemente bendecidos al estar subordinados a los propósitos misericordiosos de Dios para con los demás, lavando los pies de los discípulos y derramando aceite y vino en sus heridas. De este modo, nos diremos: “hasta aquí hemos llegado, misericordioso Salvador”, no por estar seguros nuestra salvación sino de nuestra utilidad. Hasta aquí sabemos, con suficiente seguridad para hombres pecadores, que se nos permite promover la gloria de quien murió por nosotros. Enseñados por nuestros propio dolor, nuestra propia pena, más aún, por nuestro propio pecados, tendremos corazones y mentes ejercitados para cada servicio de amor hacia aquellos que lo necesitan. Somos, en nuestra medida, consoladores según la imagen del Paráclito Todopoderoso, en todo el sentido de la palabra: abogados, asistentes, auxilios que alivian. Nuestras palabras y consejos, nuestro mismo modo, nuestra voz y nuestra mirada, serán bondadosas y tranquilizadoras, como las de quienes han cargado su cruz detrás de Cristo. No pasaremos descortésmente de largo al encontrar a Sus pequeños, como hace el mundo. La voz de la viuda y del huérfano, del pobre y del desamparado, llegará a nuestros oídos

de inmediato, por muy bajo que hablen. Nuestros corazones estarán abiertos hacia ellos, nuestra palabra y nuestra acción los favorecerá. Las groseras pasiones de la naturaleza del hombre, el orgullo y la ira, la envidia y la disensión, que tanto desorden causan en la Iglesia, serán reprimidas y sometidas en los otros por la seriedad y la bondad de nuestras admoniciones.

Por eso, en vez de ser las criaturas egoístas que éramos por naturaleza, la gracia, actuando a través del sufrimiento, tiende a hacernos maestros dispuestos y testigos de la Verdad para todos los hombres. Hubo un tiempo en que, aún en los momentos más necesarios, encontrábamos difícil hablar del cielo a otros. Nuestra boca parecía cerrada, aún cuando nuestro corazón estaba lleno. Pero ahora, nuestra aflicción es elocuente, y “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mt 12,34). Bendita porción que así es instruida en los más dulces y suaves compases de la Verdad evangélica, y se suman a los peregrinos y residentes sobre la faz de la tierra, con voces de victoria, cantando hasta donde es posible cantar en este mundo, el cántico de Moisés el siervo de Dios, y el cántico del Cordero (Ap 15,3), separados de los lazos de la tierra por las pruebas que hemos soportado, sin padre, sin madre, sin lugar permanente, como aquel patriarca del que habla San Pablo⁶⁶, y, como él, llevando pan y vino para refrescar a los fatigados soldados del Dios Altísimo. Así fue también el santo Bautista, el precursor de nuestro Señor, hombre austero, apartado de sus hermanos, viviendo en el desierto, alimentándose de modo acerbo, pero abandonando de tal modo la dureza con aquellos que sinceramente buscaban al Señor, que su prédica fue casi descripta en profecía como el verdadero lenguaje de la consolación, “Consolad, sí, consolad a Mi pueblo (...) hablad consoladoramente a Jerusalén” (Is 40,1-2).

■ 66 Melquisedec (Gen 14,18; Heb 7, 1-3)

Así fue el elevado espíritu de nuestro Señor y Sus Apóstoles, y por esa razón impreso en la Iglesia de Cristo. Tenemos que dar gracias a Dios porque, a pesar de que la Iglesia ha atravesado por debilidades diversas desde que fue establecida, nunca ha olvidado esta gran verdad: que todos debemos “cargar con nuestra cruz cada día” (Lc 9, 23), y que “a través de muchas tribulaciones se entra en el reino de Dios”. Nunca ha olvidado que fue reservada para consolar a los afligidos, y que para consolar bien debemos primero ser afligidos nosotros mismos. San Pablo fue consagrado por el sufrimiento de ser un Apóstol de Cristo, por los ayunos, los castigos, la mortificación por causa de sus hermanos, el desamparo, la vida solitaria, y se llenó día a día de esos intervalos de respiro que la furia de sus perseguidores permitía. Y así también la Iglesia Católica, como él, no olvidó nunca que la comodidad era un pecado, favorecido cuando estuviera en paz con los enemigos externos. Aún cuando las riquezas y los honores fluyeron sobre ella, siempre proclamó que la aflicción era su parte apropiada. Era conciente de que no podía realizar el oficio de consoladora si gozaba de este mundo, y aunque sus ramas separadas⁶⁷ hayan olvidado por momentos esta verdad, sin embargo permanece y es transmitida de edad en edad. Y aunque haya tenido muchos hijos falsos, aún ellos han sido frecuentemente obligados a profesar lo que no practicaban. Ciertamente son cosas extrañas para los

hombres de mundo que están empeñados en gratificarse a sí mismos, y piensan que han ganado y tienen causa justa para congratularse, cuando han descubierto el modo de salvarse de la aflicción, y de acrecentar sus lujos y conveniencias. Pero los que están establecidos en su propia comodidad, ciertamente, son malos consoladores de otros, como el hombre rico que lo pasaba suntuosamente cada día, permitiendo que Lázaro yaciera a su puerta, y dejándole que fuese “confortado” después de esta vida por los Ángeles. Así como el consuelo de los pobres y afligidos es el camino al cielo, tener aflicciones nosotros es el camino para consolarlos a ellos.

Finalmente, recordemos siempre con ansia que la aflicción se nos envía también para nuestro propio bien personal. Temamos, para que no suceda que después de haber servido a otros, nosotros mismos seamos desamparados. Para que no suceda que nuestra bondad, consideración y paciencia, tan tranquilizadoras para ellos, puedan separarse de la fe interior y de la estricta conciencia que solamente nos une a Cristo. Para que no suceda que a pesar de todo el bien que hacemos a los demás, pudiéramos tener dentro nuestro algún pecado secreto, algún mal no resistido, que nos separa de Él. Oremos a Aquel que nos manda la aflicción, que nos mande un corazón puro y un espíritu honesto para sobrellevarla.

⁶⁷ La expresión “ramas” proviene de la llamada “teoría de las ramas”, enseñada por Hooker, teólogo anglicano del siglo XVI, y sostenida por Newman en esta época. Se refería a la Iglesia Romana, Ortodoxa y Anglicana, como tres ramas iguales de la Iglesia Católica original. Más tarde, y años antes de su conversión, Newman abandonó esta idea.

VIII

Plain and Parochial Sermons VI, 16, pp. 221ss

Predicado en St Mary, Oxford, el 24 de mayo de 1838, para el día de la Ascensión

LA BATALLA, CONDICIÓN PARA LA VICTORIA

Ellos lo adoraron y se volvieron a Jerusalén con gran gozo. Y estaban constantemente en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios" (Lc 24, 52-53)

Durante cuarenta días después de la resurrección Cristo nuestro Salvador permaneció aquí abajo, a distancia de la gloria que había adquirido. La gloria era Suya y podía entrar en ella. ¿No había tenido suficiente de la tierra? ¿Qué es lo que le detenía aquí en vez de regresar al Padre y tomar posesión de Su trono? Se retrasó en orden a consolar e instruir a los que le habían abandonado en la hora de la prueba. Había pasado el momento en que la fe de ellos había fallado, aún cuando tuvieron Su ejemplo ante los ojos, y habría un largo tiempo en perspectiva en el que les llegarían pruebas más pesadas, y Él les sería quitado. Hasta ahora no habían comprendido que el sufrimiento es el camino hacia la gloria, y que nadie que se sienta en el trono de Cristo si primero no vence, como Él venció. Se quedó para darles esta lección, para que no comprendieran mal el Evangelio y fallaran por segunda vez. "¿No debía Cristo sufrir estas cosas —les dijo— para entrar en Su gloria? (Lc 24, 26). Y habiéndoles enseñado plenamente, después de cuarenta días, al fin se elevó por encima de las aflicciones de este mundo. Se elevó por encima de la atmósfera del pecado, de la pena, del remordimiento, que se cierne sobre el mundo. Entró en la región de la paz y la alegría, en la pura luz, en el lugar donde habitan los ángeles, en la corte del Todopoderoso, donde resuenan constantemente los cantos de los espíritus bienaventurados y las alabanzas de los serafines. Allí entró, dejando a Sus hermanos a su tiempo para llegar



tras Suyo, con la luz de Su ejemplo y la gracia de Su Espíritu.

Pero, aunque quedarse cuarenta días fue un tiempo largo para Él, se hizo corto para los Apóstoles tenerlo entre ellos. ¿Qué sentimientos habrán tenido cuando se despidió? Tan tarde lo habían encontrado, y tan temprano lo perdían nuevamente. Difícilmente lo habían reconocido, y luego les era

arrebatado. La historia de los dos discípulos de Emaús fue figura o pintura de la condición de los once. Sus ojos habían estado cerrados y no lo reconocieron mientras les habló durante tres años, y de repente se habían abierto y Él desaparecía. Así debió ser con todos ellos. “Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y tú no me has conocido, Felipe?” (Jn 14, 9), había sido su reconvención a uno de ellos. No lo habían conocido durante Su vida pública. Pedro, ciertamente, le había confesado como el Cristo, el Hijo del Dios vivo, pero aún él mostró ser inconsistente y variable en su comprensión de esa gran verdad. No entendieron en ese momento quién era y lo que era pero después de su resurrección fue otra cosa: Tomás tocó Sus manos y Su costado, y dijo: “Señor mío y Dios mío”, y de igual modo todos comenzaron a conocerle, y al final le reconocieron como el Pan Vivo bajado del cielo, y la Vida del mundo. Pero le reconocieron con dificultad cuando desapareció de su vista de una vez por todas, para no verlos nunca más, o dejarse ver por ellos en la tierra, para no visitarlos de nuevo en la tierra hasta que venga el último día a recibir a todos los Santos consigo y a llevarlos a su descanso. Y así, “el Señor Jesús, después de hablarles, fue arrebatado al cielo, y se sentó a la diestra de Dios” (Mc 16, 19). Hallado tarde, y perdido temprano. Este fue, quizás, el primer sentimiento de los Apóstoles cuando Él partió. Y así pasa e menudo aquí abajo. Comprendemos aquello con lo que hemos sido bendecidos cuando estamos por perderlo. Las perspectivas son más esperanzadoras justo cuando se nublan sin esperanza. Año tras año hemos tenido grandes privilegios, la luz de la verdad, la presencia de hombres santos, oportunidades de mejoramiento religioso, familiares buenos y amables. Pero no supimos, o no pensamos, acerca de nuestra felicidad, no valoramos nuestro don, y sólo comenzamos a valorarlo cuando se hubo ido.

Qué tiempo debió haber sido aquél de los cuarenta días, durante los cuales, mientras les

enseñaba, debe haber aparecido en sus mentes toda Su enseñanza pasada, y deben haber vuelto sus pensamientos de entonces en sobrecogedor contraste con los de ahora. Su modo de vida, Su ministerio, Sus discursos, Sus parábolas, Sus milagros, Su mansedumbre, Su gravedad, Su incomprensible majestad, el misterio de Su dolor y alegría, la agonía, la flagelación, la cruz, la corona de espinas, la espada, la tumba. Y por otro lado, la desesperación de ellos, su falta de fe, su perplejidad, su asombro, su éxtasis tan repentino, su triunfo. Todo esto estaba en sus mentes, y seguramente no menos en esa hora tremenda cuando llevó a Sus seguidores sin aliento a las afueras de Betania, en el día cuarenta. “Y los sacó afuera hasta frente a Betania y, alzando sus manos, los bendijo, y mientras los bendecía, se separó de ellos y fue elevado al cielo” (Lc 24, 50-51). Seguramente, toda Su historia, todo lo que hizo con ellos, lo tuvieron presente en aquel momento. Entonces, al contemplar ese rostro divino y esa forma celestial, cada pensamiento y sentimiento que habían tenido acerca de Él apareció en ellos al mismo tiempo. Él había hecho su trabajo; el trabajo y el sufrimiento de ellos estaba por comenzar. Él los dejaba justo en el momento más crítico. Cuando Elías se fue, Eliseo dijo: “¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su caballería!” (2 Re 2, 12). Con un sentimiento parecido, debieron contemplar los Apóstoles el cielo con la esperanza de detener Su ascenso. Su Señor y su Dios, la luz de sus ojos, el apoyo de sus corazones, la guía de sus pasos, les era quitado. “Mi amado, volviéndose, había desaparecido. Mi alma desfalleció al oír su voz. Lo busqué y no lo hallé; lo llamé, mas no me respondió” (Cant 5,6). Bien pudieron haber usado las palabras de la Iglesia como ahora: “Te suplicamos, no nos dejes sin consuelo”. Tú que eras tan gentil y familiar con nosotros, que conversabas con nosotros por el camino, y te sentabas a comer con nosotros, y entraste en la barca con nosotros, y nos enseñaste en la montaña, y soportaste la malicia de los

fariseos, y celebraste con Marta y el resucitado Lázaro, ¿Te vas y no Te veremos más? Pero así estaba determinado: tendrían privilegios pero no los mismos, y sus pensamientos serían en adelante de otra clase que los anteriores. Era en vano querer volver a lo pasado y concluido. Se les dijo, mientras contemplaban: “Este mismo Jesús que os ha sido llevado, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo” (Hech 1, 11).

Tales son algunos de los sentimientos que los Apóstoles pudieron haber experimentado en la Ascensión de nuestro Señor, pero son, después de todo, humanos y ordinarios, del tipo de sentimientos que podemos tener todos nosotros. Pero tuvieron otros en aquel momento solemne, porque en la gloriosa Ascensión de su Señor “le adoraron”, dice el texto, “y se volvieron a Jerusalén con *gran gozo*. Y estaban constantemente en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios” (Lc 24, 52). Ahora bien, ¿Cómo es que cuando la naturaleza hubiera llorado, los Apóstoles se alegraron? Cuando María llegó al sepulcro y no encontró el cuerpo de nuestro Señor, se quedó afuera llorando, y los ángeles le dijeron, como Cristo lo hizo después: “Mujer, ¿por qué lloras” (Jn 20, 15). Sin embargo, en la partida de nuestro Señor cuarenta días después, los ángeles no reprendieron a los Apóstoles, sino que les dijeron: “¿Por qué os quedáis aquí mirando al cielo?” (Hech 1, 11). No había pena en los Apóstoles, a pesar de su pérdida, a pesar de la perspectiva que tenían por delante, sino “gran gozo”, y “continua alabanza y bendición”. ¿Podemos arriesgarnos a suponer que este gozo era el temperamento elevado de alguien valiente y noble, que ha encarado el peligro en el pensamiento y está preparado para el mismo? Moisés sacó de Egipto a una nación tímida, y por espacio de cuarenta años la entrenó para que estuviera llena de valor para la empresa de conquistar la tierra prometida. Cristo entrenó a Sus Apóstoles en cuarenta días para ser valientes y pacientes en vez de cobardes. “Se

afligieron y lloraron” al comienzo, pero al final están llenos de coraje para la buena lucha. Sus espíritus se elevan con su Señor, y cuando Él está fuera de su vista y comienzan sus propias aflicciones, “se vuelven a Jerusalén con *gran gozo*. Y están constantemente en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios”.

Porque Cristo, por cierto, les había enseñado cuál iba a ser su tesoro en cielo, y ellos se alegraron, no porque su Señor se hubiera ido, sino porque sus corazones se habían ido con Él. No estaban más en la tierra sino levantados hacia lo alto. Cuando Él murió en la cruz, ellos no supieron dónde había ido. Antes de ser arrestado le habían dicho: “¿Señor, adónde vas? No sabemos adónde vas” (Jn 14,5). No hicieron sino seguirle hasta el sepulcro y llorar allí, porque no sabían nada mejor. Pero ahora le vieron ascender a lo alto, y en espíritu subieron con Él. María lloró en el sepulcro porque pensó que los enemigos se habían llevado el cuerpo y no sabía dónde le habían puesto. “Allí donde esté tu tesoro, estará tu corazón” (Mt 6, 21). María se quedó sin corazón porque su tesoro estaba perdido. Pero los Apóstoles estuvieron continuamente en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios, porque sus corazones estaban en el cielo, o, en palabras de San Pablo, “estaban muertos, y su vida estaba escondida con Cristo en Dios”.

Fortalecidos con este conocimiento, fueron capaces de afrontar aquellas pruebas que Cristo había sobrellevado primero, y que les había anunciado como su herencia. “Donde voy –le dijo a San Pedro– tú no puedes seguirme ahora, pero me seguirás más tarde” (Jn 13, 36), y les dijo a todos: “Os excluirán de las sinagogas; y vendrá un tiempo en que cualquiera que os mate creará hacer un servicio a Dios” (Jn 16,2). Ese tiempo estaba llegando entonces, y podrían alegrarse en aquello que tanto les había afligido cuarenta días antes. Porque comprendieron la promesa: “Al vencedor le haré sen-

tarse conmigo en Mi trono, así como Yo vencí y me senté con mi Padre en Su trono" (Ap 3, 21).

Estará muy bien si tomamos esta lección para nosotros, y aprendemos esa gran verdad que acobardó a los Apóstoles en un principio, pero en la que al final se alegraron. Cristo sufrió y entró en el gozo, y así pasaría con ellos también, en su medida, tras Él. Y así será con nosotros, en nuestra medida. Está escrito que "debemos entrar en el reino de Dios a través de muchas tribulaciones" Dios tiene todas las cosas en sus manos. Él puede librar de ellas y puede imponerlas. A menudo nos libra (¡quiera Él librarnos aún!), pero con frecuencia nos prueba. De un modo u otro el prueba a cada uno. En algún momento y otro de la vida de cada uno hay dolor, pena y aflicción. Así es, y cuanto más antes podamos contemplarlas como una ley de nuestra condición cristiana, mejor. Una generación viene, y luego otra. Se suceden como las hojas en primavera, y en todas se observa la misma ley. Son probados y luego triunfan, son humillados y luego exaltados, vencen al mundo y luego se sientan en el trono de Cristo.

Por eso, San Pedro, que al principio se hallaba tan asombrado y apenado ante los sufrimientos del Señor, nos manda no mirar los sufrimientos como algo extraño, "como si no sucediera cosa extraordinaria...; antes bien, *alegraos* en la medida en que *participáis en los sufrimientos de Cristo*, para que también en la aparición de su gloria saltéis de gozo" (1 Pe 4,12-13). Y también, San Pablo dice que: "Nos gloriamos en las *tribulaciones*, sabiendo que la tribulación obra paciencia" (Rom 5, 2-3), que "Sufrimos con Él para ser también con Él glorificados" (Rom 8, 17), y que "Si sufrimos, también reinaremos con Él" (2 Tim, 2,12). También dice San Juan que "El mundo no nos conoce, porque a Él no lo conoció" y "Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es" (1 Jn 3, 1,2). Lo que aquí se dijo de la

persecución se aplicaría, por supuesto, a todas la pruebas, y mucho más a aquellas tribulaciones más pequeñas que son todo lo que comúnmente los cristianos tienen que soportar ahora. Sin embargo, supongo que pasa mucho tiempo hasta que uno de nosotros reconoce y entiende que su propio estado en la tierra es, de una forma y otra, un estado de prueba y pesar, y que si tiene algunos intervalos de paz externa es todo lo que puede ganar y tiene derecho a esperar.

¡Pero qué diferente debe aparecer el estado de la Iglesia a quienes pueden contemplarla como un todo, a quienes la han contemplado por siglos, como los Ángeles! Nosotros sabemos lo que nos da la experiencia en este mundo. Los hombres ven y entienden el curso de las cosas y por qué reglas ocurren, y pueden presagiar lo que sucederá y no sorprenderse cuando sucede. Toman la historia como algo de cajón. No se asustan porque las cosas sucedan de un modo o de otro; es la regla. La noche viene después del día, el invierno después del verano, el frío, la helada y la nieve, en su época respectiva. Ciertas enfermedades tienen sus tiempos de recurrencia o vienen en ciertas épocas. Todas las cosas pasan por un proceso, tienen un comienzo y un fin. Los adultos saben esto, pero los niños no: para ellos cada cosa que ven es extraña y sorprendente. Por momentos sienten asombro y admiración, o bien temor a cada cosa que pasa, y no saben si ocurrirá de nuevo o no, ni tampoco saben nada de la acción regular de las causas, o de la conexión de aquellos efectos que son resultado de una misma causa. Y así también es el estado de nuestras almas bajo la Alianza de la gracia. Las huestes celestiales, que ven lo que está pasando sobre la faz de la tierra, entienden bien, incluso por haberlo visto a menudo, cuál es la trayectoria de un alma que viaja del infierno al cielo. Han visto, una y otra vez, innumerables ejemplos de que el sufrimiento es el camino hacia la paz, que los que siembran entre lágrimas cosecharán con alegría

(Sal 125, 5), y que lo que fue verdad de Cristo es completado a su medida en sus seguidores.

Tratemos de acostumbrarnos a este modo de ver el asunto. La Iglesia entera, todas las almas elegidas, cada una en su momento, es llamada a este trabajo necesario. Una vez fue el turno de otros, y ahora es el nuestro. Alguna vez fue el turno de los Apóstoles. Otra vez fue el de San Pablo, que sufrió todas las inquietudes al mismo tiempo, cubierto de ellas de pies a cabeza como Job con las llagas. Y, como si esto no fuera suficiente, tuvo una espina clavada en su carne, un dolor personal que llevó siempre consigo. Pero hizo bien su parte: fue un luchador fuerte y valiente en su vida, y al final pudo decir: "He peleado el buen combate, he terminado la carrera, he guardado la fe" (2 Tim 4,7). Y después de él, los más excelentes de la tierra, el ejército de los mártires vestidos de blanco, y la alegre compañía de los confesores de la fe, cada uno a su turno, en su momento, se comportaron como hombres de modo semejante. Y llegando hasta nuestros días, cuando la fe ha estado bien cerca de acabar, uno tras otro han sido llamados a presentarse ante el Gran Rey. Es como pensar que todos nosotros estuviésemos alrededor de Su trono al mismo tiempo, y que Él llama primero a este hombre, y luego a aquel, para entonar el canto por sí mismo, teniendo que repetir cada uno la misma melodía que han cantado sus hermanos antes. O es como si participáramos de una danza solemne en Su honor en la corte del cielo, y cada uno tuviese que hacer el mismo movimiento solemne y agraciado, a la señal dada. O también es como si hubiera alguna prueba de fuerza, o de agilidad, donde, mientras los espectadores observan y aplauden, fuésemos actores del espectáculo, uno por uno, en sucesión. Así es nuestro estado. Los Ángeles están mirando. Cristo ha venido antes y nos ha dado ejemplo para que sigamos Sus pasos. Él pasó por mucho más, infinitamente más, de lo que podemos estar llamados a sufrir. Nuestros her-

manos han pasado por mucho más, y parecen alentarnos con su éxito y simpatizar con nuestro ensayo. Ahora nos toca a nosotros, y todos los espíritus celestiales guardan silencio y contemplan. ¡Oh, no dejéis que vuestro pie se duerma, o vuestro ojo te engañe, o vuestro oído se apague, o vuestra atención decaiga! No os desaniméis, no temáis, manteneos en guardia, sed valientes, no os volváis atrás. Seréis sostenidos hasta el fin. Cualquier aflicción que os llegue, espiritual, corporal, o de bienes, interior o exterior, casual o a propósito, de amigos o de enemigos, cualquiera sea vuestra aflicción, aunque estéis solos, ¡no temáis, hijos del Padre celestial! Comportaos como hombres en vuestra vida, y cuando todo pase, Cristo mismo os recibirá y vuestro corazón se alegrará y vuestra alegría nadie os la quitará.

Cristo está ya en ese lugar de paz, que es todo en todos. Está a la derecha del Padre, oculto en el fulgor del brillo que sale del trono eterno. Está en cada abismo de paz, donde no hay voces de alboroto o angustia, sino una profunda quietud, una quietud más grande e imponente que todos los bienes que podamos imaginar, la más perfecta de las alegrías, la completa, profunda e inefable tranquilidad de la Divina Esencia. Él ha entrado en Su descanso.

Qué grande es el buen deseo de que, cuando pase esta vida de aflicción, nosotros entremos también en ese mismo descanso, que cuando llegue el tiempo entremos en Su tabernáculo celestial, y nos ocultemos bajo la sombra de sus alas, que estemos en el número de los muertos bienaventurados que mueren en el Señor y descansan de su labor. Aquí somos zarandeados sobre el mar y el viento es contrario. Todo el día somos probados y tentados de modos diversos. No podemos pensar, hablar o actuar, sin que la enfermedad del pecado no esté a la mano. Pero en el mundo invisible, donde Cristo ha entrado, todo es paz. Está el Trono eterno: un

arco iris lo rodea como a una esmeralda, y en el medio del trono está el Cordero que ha sido degollado y ha redimido a muchos con Su sangre, y alrededor del trono hay veinticuatro sillas para los ancianos, todos con vestiduras blancas y coronas de oro en sus cabezas, y los cuatro seres vivientes llenos de ojos por delante y por detrás, y los siete ángeles de pie ante Dios haciendo Su voluntad hasta los confines de la tierra, y los serafines arriba, y también una gran multitud que ningún hombre podría contar, de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas, vestidos con túnicas blancas y palmas en sus manos. “Estos son los que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus vestidos, y los blanquearon en la sangre del Cordero”. “Ya no tendrán hambre ni sed; nunca más lo herirá el sol ni ardor ninguno”. “Y la muerte no existirá más; no habrá más lamentación, ni dolor, porque las cosas primeras pasaron” (Ap 7,14.16; 21,4). No más pecado, ni culpa, ni arrepentimiento, ni castigo, ni penitencia, ni prueba, ni enfermedad que

nos deprima, ni afecto que nos engañe, ni pasión que nos extasíe, ni prejuicio que nos enceguezca, no más pereza, ni orgullo, ni envidia, ni contien-
das, sino la luz del rostro de Dios, y el río puro del agua de la vida, clara y cristalina, que sale del Trono. Ese es nuestro *hogar*. Aquí somos peregrinos, y Cristo nos está llamando a casa, a Sus muchas moradas que ha preparado. Y el Espíritu y la Novia nos llama también, y todas las cosas estarán listas para el momento de nuestra llegada. “Teniendo, pues, un Sumo Sacerdote grande que penetró los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, manten-
gamos fuertemente la confesión de la fe”, viendo que tenemos “en derredor nuestro una tan grande nube de testigos, arrojemos toda carga y pecado que nos asedia”, “esforcémonos por entrar en aquel descanso”, y “lleguémonos, por tanto, confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcan-
zar misericordia y hallar gracia para ser socorridos en el tiempo oportuno” (Heb 4, 14; 12,1; 4, 11.16)

Historical Sketches, vol.I

Primitive Christianity

(A continuación de Joviniano y sus compañeros¹)

Capítulo conclusivo de su investigación¹

Capítulo V

¿Qué dicen los cánones apostólicos?

TRADUCCIÓN
INES DE CASSAGNE

Tal es, pues, el testimonio dado en varias formas por Orígenes, Eusebio, y Cirilo, Acrius, Joviniano y Vigilantius, a la inmemorial recepción, entre lo cristianos, de aquellas doctrinas y prácticas que el juicio privado de nuestra época considera no ser escriturístico. He estado rastreando página por página los documentos de aquellos tempranos tiempos, acechando hasta la exageración más allá de los caminos corrientes de la ortodoxia por si acaso detectaba algún tipo de testimonio a favor de nuestros oponentes. Con tal objeto llegué a los autores que acabo de tratar que, como habían sido acusados de heterodoxia, pensé que podrían favorecer la causa del protestantismo, a la cual ciertamente no favorecen los Padres Católicos; pero ellos, si bien con algunas diferencias entre sí, y algunos hasta difiriendo de la Iglesia, ni de lejos se aproximan al tono o al lenguaje del movimiento de 1517². Cualquier instancia adicional de esta clase lo único que hace es corroborar el testimonio de la Iglesia Católica.

Es natural y espontáneo en nosotros luchar por preservar la vida; pero no creo que le sirva al protestante hacerlo en medio de la historia eclesiástica: se encontrará en un elemento donde no

puede respirar. El problema que él tiene delante es trazar una línea entre períodos de pureza y períodos que se declaran corruptos, como para tener, digamos, a todos los Apóstoles de un lado, y a todos los Padres del otro; que le permita insinuar y serpentear a través de los hechos históricos, como para hacer un corte neto entre San Juan y San Ignacio, San Pablo y San Clemente; como para refugiarse en el libro de los *Hechos*, a salvo de los demás documentos que están al lado. En todo caso, lo consiga o no, de todos modos habrá de admitir que, aún en el caso de que un sistema de doctrina tal como él querría introducir hubiera existido alguna vez en los primeros tiempos, tal sistema no dejó rastros, como si se lo hubiese tragado un diluvio, de repente, silenciosamente; un diluvio que hubiese obrado de noche, apurado para no dejar vestigio cuando cantara el gallo; de modo que al levantarse a la mañana no hubiera dejado sino cadáveres, enterrados sin piedra sepulcral. “Cayeron las aguas sobre ellos; no quedó ninguno; se hundieron bajo las poderosas aguas”. Extraño anti-tipo, en verdad, de los primeros avatares de Israel cuando el enemigo se ahogó e Israel “vio a los cadáveres en la orilla”. Pero en este caso parecería que el agua habría actuado como una inun-

¹ Se han publicado ya en *Newmaniana* todos los capítulos de esta serie patristica.

² El manifiesto de Lutero.

dación que hubiera cubierto todos los testigos, de modo que ni siquiera los cuerpos muertos quedaran a la vista. Sean cual sean las doctrinas que tome el protestante —su peculiar idea de la auto-rectitud, de la formalidad, de la superstición; su noción de fe, o de la espiritualidad en la adoración religiosa; su negación de la eficacia de los sacramentos, o del mandato ministerial, o de la Iglesia visible; o de la doctrina de la divina eficacia de las Escrituras como instrumento ordenado a la enseñanza religiosa, que él considere hasta dónde puede sentirse refugiado en la antigüedad. Con respecto a ello debe admitir que si el alegado diluvio ha ocurrido y hecho su obra, ésta a su vez ha desaparecido, se la ha tragado la tierra.

2

Han intentado salvar la dificultad diciendo que los documentos existentes de la Cristiandad Primitiva son escasos, y que, “*por lo que sabemos*”, lo no conservado, si hubiera sobrevivido, hubiera dicho otra cosa. Pero la hipótesis de que la historia “*debiera*” contener hechos que de hecho no contiene, no es una evidencia positiva con respecto a esos hechos; y ahora la cuestión es: ¿cuál es la “*positiva*” evidencia de que la Iglesia haya creído o enseñado siempre un Evangelio substancialmente diferente del que contienen los documentos existentes? Todas las evidencias existentes, sean muchas o pocas, están de nuestra parte; los protestantes no tienen ninguna. ¿Es mejor nada que algo? La escasez de documentos —suponiendo la escasez como argumento a favor— puede ser tomada en cuenta por los protestantes que no tienen ninguna evidencia; pero porque nosotros tenemos algunas, no podemos decir que tenemos todo lo que se puede tener. La escasez de documentos no puede constituir una evidencia positiva de la falta de ellos. El que los documentos sean pocos, tampoco demuestra que no haya que tenerlos en cuenta.

De acuerdo con esto, los protestantes prefirieron dejar de lado los hechos, y se creen astutos cuando sostienen que el sistema Apostólico de la Iglesia está ciertamente perdido; —¡perdido! aunque no lo saben, alegando la certeza de una gran pérdida revolucionaria— ¡de la que no cabría duda!; y entonces nos desafían a que probemos que no fue como ellos dicen. “Prueben —parecen decir— si pueden, que la auténtica verdad no está tan escondida en la historia primitiva como para no dejar una partícula de evidencia que la traicione. Este es el punto que a ustedes los despista: el que todos los hechos estén a su favor. ¿Acaso no es posible que un error haya ocupado el lugar de la verdad, y haya destruido todas las evidencias menos las que testimonian a su favor? ¿No es posible que todas las Iglesias hayan desechado y suprimido el esquema de doctrina que recibieron de los Apóstoles, y lo hayan sustituido por otro? Por supuesto; para el sentido común, claro que es así. Bueno, nosotros, protestantes, decimos, que nuestro gran principio es que lo que *podría ser, es*: decimos que los Apóstoles consideraban al episcopado como una materia indiferente, a pesar de que Ignacio dice que es esencial. Decimos que la mesa no es un altar, aunque Ignacio decía que lo es. Decimos que no hay oficio sacerdotal bajo el Evangelio, aunque Clemente lo afirma. Decimos que el bautismo no es una iluminación, aunque Justino la da por supuesta. Decimos que la herejía es apenas una desgracia, aunque Ignacio la considera un pecado mortal; y todo así, porque nuestro derecho, y nuestro deber, es interpretar la Escritura a nuestro propio modo. Nosotros sostenemos la pura inmutada Escritura; la Biblia, y solo la Biblia, es la religión de los Protestantes; la Biblia y nuestro propio sentido de la Biblia. Nosotros reclamamos una especie de privilegio para interpretar las leyes a nuestro propio modo, y para no soportar ninguna apelación por encima. Nosotros vemos, y lo vemos con consternación, que toda la Antigüedad va contra nuestra interpretación; y

por lo tanto, ¡ay! ¡la Iglesia se corrompió desde época en verdad *muy* temprana! Pero fíjense, nosotros sostenemos todo esto con un verdadero espíritu católico, no con hipocresía. Les permitimos a los demás su juicio privado, y confesamos que nosotros, al igual que ellos, somos hombres falibles. Confesamos que los hechos están contra nosotros; sólo reclamamos la libertad de teorizar a pesar de ellos. ¡Lejos de nosotros pretender que ciertamente tenemos razón!, sólo decimos que ciertamente toda la primitiva Iglesia estaba equivocada. Nosotros no imponemos a nadie nuestra creencia; sólo decimos que quienes adoptan el lado contrario son Papistas, incendiarios, persecutores, locos, zelotes, fanáticos, y un insulto para el siglo XIX.”

Me doy cuenta de que, ante tal argumento, poco aprovecha oponer la evidencia histórica, de cualquier índole. Se empieza pretextando, contra toda evidencia, por más temprana y consistente que sea, que no es más que el testimonio de hombres falibles; y sin embargo, al menos la imaginación se ve afectada por un cúmulo de hechos, por lo que no desdeño apelar a la imaginación de quienes no permiten que me dirija a su razón. Con esta intención he estado inquiriendo en ciertos libros de los primeros tiempos cuyos autores fueron sospechosos, o incluso condenados por las autoridades de la época, para ver si podía descubrir en ellos algún vestigio de hipotético Protestantismo; y como no he encontrado ningún signo de ello, ahora voy a interrogar a una distinta clase de testigos. El consentimiento de los Padres es una clase de testimonio de la Verdad Apostólica; la protesta de los herejes es otra. Ahora, en tercer lugar, me dirigiré al “uso aceptado”. Para ello apelaré a los Cánones Apostólicos, por más que referirme a ellos me llevará a una indagación, muy

interesante para el estudioso por cierto, pero un poco seca para el lector corriente.

3

Estos Cánones, bien conocidos en la Antigüedad, fueron tenidos durante un tiempo como estrictamente Apostólicos y publicados antes del año 50. Por otro lado se ha objetado que eran posteriores al 450 y obra de algunos herejes. Nuestros propios teólogos³ toman un término medio considerando que fueron publicados antes del 325, habiendo sido codificados por las autoridades Católicas en el transcurso de las dos centurias precedentes, o al final de la segunda, y recibidos y usados en la mayor parte de la Cristiandad. Este juicio fue adoptado desde entonces por el mundo teológico aceptándose que el contenido y las promulgaciones de los Cánones fue muy antiguo (aún cuando la edición que poseemos no haya sido publicada tan temprano como supone el obispo Beveridge, por ejemplo⁴). Además, todos coinciden en reconocer que estos documentos (así como otros de temprana data) han sufrido interpolaciones, quizás a manos de herejes.

Hay ochenta y cinco Cánones: los primeros cincuenta son considerados de superior autoridad que los siguientes treinta y cinco. Esta distinción se explica por lo que se ha conjeturado acerca de su origen. Como es sabido, la costumbre de la primitiva Iglesia fue establecer en un Concilio algunos puntos sobre su disciplina, ordenanzas, y ritual, como los Apóstoles, al no hallar prescripciones en la Escritura, cuando surgía la ocasión, según el modelo de sus propios procedimientos en el capítulo XV de los *Hechos*; y esto según sus propias

³ Anglicanos.

⁴ En su mayor parte estos cálculos están tomados del Obispo Beveridge y de Pearson.

directivas no escritas, o según la práctica, o al menos según su opinión, o lo que se llama en la Escritura su “mentalidad” o “espíritu”. Fue así como la Iglesia decidió sobre la cuestión de la Pascua, sobre el bautismo, etc. Y también, de acuerdo con el dicho precedente de los *Hechos*, ella registró formalmente sus decisiones en decretos, y “los distribuyó para ser guardados” por todas las ciudades en que habitaban sus miembros. Se supone que los Cánones a los que nos referimos son algunos de tales decretos: de los cuales fueron publicado primero cincuenta, en tiempos de los Apóstoles o de sus inmediatos sucesores; y en la época siguiente treinta y cinco más que se establecieron en el intervalo. Por lo dicho, estos Cánones pretenden ser: primero, los juicios registrados por buena parte de la Iglesia antes del Concilio de Nicea⁵, sobre todo en las provincias del este, acerca de ciertos temas en disputa, juicios cuya autoridad proviene de representar la mentalidad de los Apóstoles; en segundo lugar, estos Cánones declaran encarnar positivas decisiones y mandatos de los Apóstoles, aunque sin distinguir claramente cuánto en ellos es directamente apostólico y cuánto no lo es.

Intentaré establecer ahora algunas de las consideraciones que demuestran ser antiguas y autorizadas, para pasar luego a utilizarlas para el propósito que me ha llevado a mencionarlas.

4

En primer lugar, parecería completamente indudable que, así como la primitiva Iglesia realizaba Concilios, así también esos Concilios promulgaban ciertos Cánones. Por lo tanto, cuando una Colección se nos presenta manifestando que con-

tienen Cánones Ante-Nicenos, no hay motivo para alarmarnos: lo único que indica es que nos da a conocer lo que nosotros de algún modo ya sabíamos que debía haber existido. Nosotros podemos conjeturar, si nos place, que el hecho de que hubo Cánones pudo haber sugerido e impulsado imitaciones falsas. Ciertamente, pero aunque el hecho de que hubo Cánones haga esperar falsificaciones, no da pie a pensar que se hayan perdido los Cánones originales; por el contrario, lo que se sabe que una vez existió como regla de conducta, hace pensar que continuó existiendo, excepto bajo circunstancias especiales. De dos documentos existentes ¿cuál es el genuino y cuál el falso? Establecer esto depende de otras consideraciones; pero si estas consideraciones están a favor de la autenticidad, entonces este antecedente probablemente será una importante confirmación.

Insisto en que deben haber habido Cánones, sean o no genuinos; y el hecho de la existencia real de Cánones ha de haber dificultado substituirlos por otros. En nuestra propia Iglesia Anglicana no sería fácil cambiar los *Treinta y nueve Artículos* por otra serie y olvidar los auténticos. Los Cánones son pertenencia pública, y tienen que haber sido ejecutados por cuerpos importantes. Por eso, como era de esperar, el Concilio Niceno, al establecer sus propios Cánones, se refiere a ciertos Cánones como ya existentes, y habla de ellos de ese modo familiar e indirecto que sería natural en esas circunstancias, tal como nosotros hablamos de las “rúbricas” o de los “Artículos”. Los Padres del Concilio de Nicea mencionan ciertas descripciones de personas a quienes “*el Canon* admite en el Orden Sagrado”; determinan que cierta regla ha de mantenerse en vigor “de acuerdo con el Canon que dice esto y aquello”; hablan de una “*transgresión al Canon*” y proceden a explicarlo y reforzarlo. Y el Concilio de Nicea no es el único en reconocer la

■ 5 En 325.

existencia de ciertos Cánones, o reglas, por los cuales se regía en aquel tiempo la Iglesia.⁶ Y del mismo modo proceden los Concilios de Antioquia, Gangra, Constantinopla y Cartago, en aquel mismo siglo IV. Y del mismo modo proceden individualmente los Padres: Alejandro, Atanasio, Basilio, Julio y otros.

Ahora bien, aquí acabamos de aclarar un hecho importante, sea cual sea lo que suceda con la Colección de Cánones que tenemos delante. Parece, pues, que en el Concilio de Nicea (sólo dos siglos y medio posterior a la muerte de San Juan —casi la misma distancia que dista entre nosotros y la Conferencia de Hampton Court⁷—) toda la Cristiandad confesaba que desde tiempo inmemorial ella se había guiado por ciertas reglas eclesiásticas, a las que les atribuía autoridad, proveniente, no de personas o sínodos particulares (un signo de gran antigüedad), sino asignadas a los Apóstoles por los escritores de la época. Supongo que hoy en día conocemos muy bien cuáles han sido las costumbres de nuestra Iglesia Anglicana desde del tiempo de Jaime I, o desde la Reforma; y si hombres respetables estuvieran hoy en condiciones de establecer algunas de ellas —por ejemplo, que es y ha sido regla de nuestra Iglesia que el rey nombre a los obispos, que la “Convocación” no se siente sin su permiso, o que la Pascua se guarde según la regla romana— nosotros pensaríamos que son muy insensatos los extranjeros que duden de este testimonio. Del mismo modo en el otro caso al que nos referimos, cuando por primera vez, desde los días de los Apóstoles, se reunieron todos los representantes de la Iglesia Católica⁸, dando por descontado, al hablar de las reglas, que siempre se acostumbró referirse a las mismas.

Si no supiésemos nada más que esto, y no conociéramos cuáles eran las reglas; o si, conociéndolas, a pesar de ello decidiéramos, como bien podemos, que las reglas particulares no son de permanente obligación; aún así, el hecho de que en verdad *fueron* reglas desde tiempo inmemorial sería un hecho importante en la historia del Cristianismo. Pero realmente sabemos, por las obras de los Padres, los *temas* de dichos Cánones, y de treinta o cuarenta de esos temas; de manera que podríamos formar un código, hasta donde sea posible, de la disciplina primitiva, independiente por completo de la Colección conocida sobre la que estamos discutiendo. Así y todo, resulta notable que todos esos treinta o cuarenta temas también se encuentran en esta Colección, siendo su número casi la mitad del número total, así que la única cuestión es saber si el resto es de ese valor que sabemos pertenece a una gran proporción de ellas. Vale la pena observar que en los documentos históricos de la época primitiva no es mencionado ningún Canon Eclesiástico que no esté fundado en esta Colección, porque ello muestra que, sea quién sea el que la compiló, el trabajo fue hecho con mucho cuidado. Los que se oponen a su autenticidad dan, en verdad, algunas excepciones; pero éstas admiten una explicación al ilustrar el proverbio: que la excepción confirma la regla (*exceptio probat regulam*).

Antes de pasar a considerar toda la Colección, veamos en qué términos hablan los escritores antiguos sobre esos Cánones a lo cuales se refieren.

(1) **Atanasio**, cuando describe las extraordinarias violencias de los Arrianos, dice lo siguiente: “Los cánones y las fórmulas no han sido dadas a las

6 Concilio de Nicea: año 325; primer concilio ecuménico.

7 Es decir, entre fines del siglo XVI, cuando son redactados los 39 Artículos, y el primer cuarto del siglo XIX, cuando escribe Newman, la distancia es más o menos igual a la que va desde la muerte de San Juan Evangelista (fines siglo I) y el Concilio Niceno (primer cuarto del siglo IV).

8 Todos, pues Nicea fue el primer concilio universal o ecuménico.

iglesias ahora, sino fueron pasando desde los Padres con cuidado y firmeza. Así como tampoco la fe ha comenzado hoy, sino que nos ha sido transmitida desde el Señor a través de sus discípulos. Moveos, pues, hermanos, para evitar que perezca hoy, por estar desprevenidos, *lo que se ha observado en las Iglesias desde los tiempos antiguos hasta nosotros*, despertaos para no descuidar la responsabilidad que se nos ha confiado” (*Ep. Encycl.* 1). En este extracto es notable que San Atanasio distingue con exactitud entre la Fe que viene de Cristo, y los Cánones recibidos de los Padres antiguos – justo la distinción que nuestros teólogos están acostumbrados a hacer.

(2) Nuevamente, cuando los Arrianos, por medio de maniobras simoniacas con el poder civil, colocaron a Gregorio en la sede de Alejandría, en lugar de Atanasio, éste observa: “Tal conducta es una violación de los Cánones Eclesiásticos, hace blasfemar a los paganos, como si los nombramientos fueran hechos, no por prescripción Divina, sino por dinero e influencia secular.” (*Ep. Encycl.* 2).

(3) Arsenius, obispo de Hypsela, que se vio envuelto en el cisma de Melecio⁹ y que había actuado hostilmente contra Atanasio, al fin se reconcilió con la Iglesia. En su carta a Atanasio le promete “obedecer los Cánones Eclesiásticos, de acuerdo con el uso antiguo, y no desechar ninguna regla, sea sobre obispos o alguna otra materia eclesiástica, sin la sanción de su metropolitano, y someterse a todos los Cánones establecidos.” (*Apol. contra Arian*, 69)

(4) De igual manera, San Basilio, tras mencionar ciertos delitos por los cuales un diácono debería ser reducido al estado laical, añade: “porque *es un antiguo Canon* que quienes han perdido su rango deben ser sometidos solo a esta clase

de castigo” (*Ep.* 188). Y de nuevo: “*El Canon* excluye por completo del ministerio a que han estado casados dos veces.”

(5) Cuando Arrio y sus secuaces fueron excomulgados por Alejandro de Alejandría, se trasladaron a Palestina donde fueron re-admitidos a la Iglesia de ese país. Sobre esto Alejandro observa lo siguiente: “Una grave imputación cae, sin duda, sobre esos hermanos que se han animado a semejante acto, que implica una violación del Canon Apostólico.” (*Theod. Hist.* 1, 4).

(6) Cuando Eusebio declinó ser trasladado desde la sede de Cesárea a la de Alejandría, Constantino lo alabó por su “observancia de los mandamientos de Dios, el Canon Apostólico y la regla de la Iglesia” –esto último parece significar la asentada en Nicea– (*Vita Constant.* III. 61).

(7) De igual modo Julio, obispo de Roma, habla de una violación de los “Cánones Apostólicos”; y un Concilio realizado en Constantinopla en 394, al que asistieron Gregorio de Niza, Amphilocheus y Flaviano, se refiere a una determinación de “los Cánones Apostólicos”.

Observemos que en algunas de estas instancias se habla de los Cánones en plural, cuando la infracción particular que ocasiona su mención se refiere sólo a uno de ellos. Esto muestra que estaban coleccionados en un código, si es que realmente hay necesidad de probarlo, ya que, en verdad, si esos cánones existieron y estuvieron en vigor, si a pesar de esto no se los hubiera reunido, sería tan improbable como si no se hubiera hecho ninguna colección de los estatutos resultantes de las sesiones del Parlamento.

■ 9 El egipcio Melecio, de quien tomó nombre el cisma, no debe ser confundido con Melecio de Antioquia.

Con esta información histórica sobre su existencia, su autoridad, y el tema de algunos Cánones en la Iglesia desde tiempo inmemorial, llegaríamos a muchas conclusiones anti-protestantes, aún si resultase que el código que poseemos no tuviera intrínseca autoridad. Y ahora examinemos este Código de ochenta y cinco Cánones.

5

Si esta Colección existió como una Colección en el tiempo de los escritores y Concilios arriba mencionados, entonces, considerando que ellos aluden a casi la mitad de sus Cánones, y que no hay Cánones en ninguna parte que no estén en ella, y que los Cánones realmente parecen aludir a una Colección, y que no se presenta ninguna otra Colección, ciertamente no podemos evitar la conclusión de que se refieren a ella, y que, por lo tanto, al citar partes de la misma, ellos (los escritores y Concilios) están sancionando el conjunto. Si no hay ningún otro libro que pueda tenerse por genuino salvo algunas partes de esta Colección que son citadas expresamente por otros escritores, —si no puede tenerse por un conjunto, y lo que de hecho es citado ha de quitarle peso y arrastrar con ello a lo que no es citado,— entonces no podría probarse que ningún libro antiguo existente fuese genuino. Nosotros creemos que la *Eneida* de Virgilio es de Virgilio porque sabemos que él escribió una *Eneida*, y porque algunos pasajes particulares que encontramos en ella, y que no encontramos en ningún otro libro, están contenidos, bajo el nombre de Virgilio, en posteriores escritores o en críticas o referencias a ella. No la dividimos en rapsodias, sólo *porque* existen en fragmentos en el testimonio de la literatura posterior. Por la misma razón, si los Cánones que tenemos a la vista demuestran que han existido como un libro en tiempos de Atanasio, es natural pensar que ellos son el verdadero libro al

cual él y otros se refieren. Todo depende de esto. Si la Colección fue realizada después de esta época, por supuesto ésta se refiera a alguna otra época; pero si existió en esa época, es más natural suponer que había una Colección más bien que dos distintas, similares, especialmente porque la historia no dice nada acerca de que fueran dos.

No obstante, pienso que no vale la pena insistir sobre una tan temprana formación de la Colección existente. La cuestión de si existió en tiempos de Atanasio, o se formó después, y si fue hecha por amigos o enemigos, por herejes o Católicos, me parece indiferente, como he de ir mostrando. Primero, sin embargo, voy a exponer, con la mayor candidez que pueda, los argumentos en pro y en contra de su antigüedad en cuanto Colección.

Ahora bien, no puede haber duda que los primitivos Cánones formaban un cuerpo; más aún, algunos escritores primitivos hablan de ellos bajo el título de “los Cánones Apostólicos” y los “Cánones de los Apóstoles”. Ya lo dije antes. Ahora bien, algunos colectores de Cánones, del año 550 (más o menos), no siendo éstos autoridades comunes, también hablan de “los Cánones Apostólicos”, y los incorporan en sus colecciones más amplias; y esos Cánones de los cuales hablan son el verdadero cuerpo que nosotros poseemos bajo el nombre. Lo sabemos pues ha quedado preservada la recopilación de esos colectores. No hay razón para no creer que no estén hablando de *la misma* Colección de la que hablan Gregorio de Nyssa y Amphilochius que vivieron un siglo y medio antes; no hay razón tampoco para no creer que Gregorio y Amphilochius se referían a la misma de Atanasio y de Julio que vivieron cincuenta o setenta años antes. Los escritores del 550 deben haber estado seguros de que ellos y San Atanasio citaban el mismo libro, así como nosotros, hoy en día, estamos seguros de que nuestra edición es similar a la de Beveridge, la de Pearson, o la de Ussher.

En esa fecha, 550, las autoridades eran tres: Dionysus Exiguus, Juan de Antioquía, patriarca de Constantinopla, y el Emperador Justino. El saber de Justiniano es bien conocido, y ni qué hablar sobre el hecho de que él transmitía la opinión de los legistas eclesiásticos de su época. En cuanto a Juan de Antioquía y Dionysius, como sus nombres no nos resultan familiares, conviene recordar que Juan había sido legista versado tanto en materia civil como eclesiástica, y de allí su título de "Escolástico"; mientras Dionysius es estimado aún como el forjador de la era cristiana. Ambos compusieron Colecciones de los Cánones de la Iglesia, el segundo de ellos en latín, y ambos incluyen allí los Cánones Apostólicos, tal cual los tenemos en nuestras ediciones; con esta diferencia sin embargo (que ahora no nos concierne): que Dionysus publicó sólo los primeros cincuenta, mientras Juan de Antioquía enumera el conjunto de ochenta y cinco.

Éste es el argumento principal sobre la existencia de nuestra Colección a fines del siglo III: que, mientras una Colección de Cánones Apostólicos es conocida en esa fecha, esta Colección es reconocido como registro Apostólico por autoridades competentes de fines del siglo V. No obstante, cuando examinamos el lenguaje que usa Dionysus sobre ellas, encontramos algo que requiere explicación. Dice así, dirigiéndose a Esteban, obispo de Salona: "Hemos traducido del griego, en primer lugar, los denominados Cánones de los Apóstoles; y deseamos que sepa Vuestra Gracia que no han logrado una fácil aceptación por parte de muchas personas. Al mismo tiempo, algunos decretos del (Romano) Pontífice, de posterior data, parecen haber sido tomados de esos mismos Cánones". Aquí Dionysus debe querer decir tan sólo que no fueron recibidos como Apostólicos; ya que el haber sido recibidos, al menos casi la

mitad, es un hecho histórico, como dije (sea lo que haya acontecido a la Colección en cuanto Colección). Dionysus debe querer decir que llegaban con el reclamo de tener que ser recibidos como parte del *depositum* o legado apostólico; y que no le acordaba más que autoridad eclesiástica. La distinción entre mandato divino y mandato eclesiástico requiere poca explicación: la última es impuesta por la Iglesia por cuestiones de decencia y orden, como materia de utilidad, seguridad, propiedad o piedad. Tal es la regla también entre nosotros: por ejemplo, en el caso de que maestros antes disidentes vuelven al acatamiento¹⁰, (se estipula) que no enseñen durante tres años antes de poder ser ordenados; o en caso de que cierta forma de oración deba ser recibida para uso universal en el rito público. En cambio, la regla para los Sacramentos es apostólica y divina. De igual modo, que nadie llega ser obispo si no es consagrado por otro obispo, es regla apostólica; que tres obispos intervengan en la consagración, es regla eclesiástica, y aunque en general de peso, sin embargo en ciertas circunstancias admite dispensa. Igualmente, por ese entonces se había discutido por ejemplo si "santificar el Día del Señor"¹¹ es precepto divino o eclesiástico. Lo que Dionysus da a entender, en el extracto arriba citado, es que hubo quienes no admitieron que esos Cánones fueron establecidos por los Apóstoles, o en su calidad de Apóstoles; y continúa diciendo que los Papas reconocieron la autoridad eclesiástica de algunos de ellos por el hecho de incorporarlos a sus propios decretos. Parece mostrar lo que confirman otros escritores, a saber: que la Iglesia latina los usó separadamente reconociéndoles autoridad, pero no recibió la Colección en conjunto con la misma implícita deferencia que les había sido acordada en Oriente. Los últimos treinta y cinco no tuvieron la misma aceptación, aunque dos de ellos están citados en

10 De la Confesión Anglicana.

11 El Día del Señor (Dominus en latín) es el Domingo.

Nicea y uno en Constantinopla en el 394. Los Cánones de los Concilios Generales tomaron su lugar, y los Decretos de los Papas.

6

Tal parece ser el estado de la cuestión con respecto a la Colección o Edición de los Cánones: si han de tomarse en cuenta cincuenta u ochenta y cinco. Hablando, no de los propios Cánones, sino de esta Edición de los mismos, llego a la conclusión que no es la fecha (fines del siglo III, o después) la que constituye prueba suficiente de estricta autoridad. Es uno por uno que constituyen testimonios de un estado de cosas.

Contra la probabilidad de que la antigua Iglesia le acordase autoridad a esta Colección está el hecho de ser una colección *anónima*: siendo anónima no podía reclamar a los cristianos; éstos solamente hubieran aceptado un código emitido por un Concilio. Eso sí: desde tiempo inmemorial venían practicando tal o cual canon, en cuanto Canon, no como mera costumbre, sintiéndose por ello obligados. Pero nunca han de haberlos visto como un "código" en conjunto, completo y limitado. Lo que verdaderamente les otorgaba autoridad era la inmemorial observancia de cada uno de ellos, y no el ocupar un lugar en esta colección que no ofrecía un marco competente. Además, en la medida en que se fueron realizando Concilios que establecieron cánones, perdió influencia el vago título de mero uso, sin definida sanción. A ello contribuyó el hecho de que el Concilio de Nicea reestableció un considerable número de los que encontró existentes. La autoridad bien definida del Concilio se impuso con el tiempo, más inteligible a los fieles, reemplazando a la anterior sanción de indefinida antigüedad.

7

3. Ya he dicho que casi la mitad de los Cánones, tal como figuran en la Colección, son citados como Cánones por escritores de los primeros tiempos, y así ubicados sin lugar a duda como remanentes del período anti-Niceno; con respecto al resto podemos dar los siguientes argumentos a favor:

(1) Por otra parte se les reconocía expresar *usos* u *opiniones* de los siglos anteriores a Nicea. La pregunta es, si se convirtieron en principios puestos en obra, obedecidos; si fueron resultado del inconsciente y unánime modo de pensar en todas partes; o si eran preceptos formales provenientes de autoridades que reclamaban obediencia. Siendo éste el caso, no vale la pena seguir argumentando, pues (tanto como prácticas religiosas como antigüedades religiosas) si había a su favor una costumbre uniforme, da igual si eran o no puestos en obra. Si no lo eran, su universal observancia constituye una evidencia aún mayor de su gran antigüedad, la cual, en este caso debe ser próxima a la época Apostólica; y vamos a referirnos a ellas en la Colección existente, únicamente considerándolas cercanas en fecha. Una conclusión más contundente provendrá de suponer que no fueron establecidas. Si se mantenían esas observancias, a pesar de no provenir de prescripciones dadas por la Iglesia, entonces se puede argüir que la Iglesia no tenía poder sobre las mismas; que al no haberlas impuesto, no podía derogarlas, suspenderlas ni modificarlas. Esto demuestra que provenían de una fuente más elevada aún que la de los Apóstoles: su autoridad no era eclesiástica sino divina. Una prueba más de su autenticidad.

(2) Todos estos Cánones, o al menos los primeros cincuenta, están compuestos en un mismo *estilo*; por lo cual no cabe pensar que unos

hayán sido más primitivos que otros; a más de saber que muchos son de los primeros tiempos.

(3) Este argumento cobra más fuerza cuando consideramos el *estilo* en sí, con signos evidentes de simplicidad primigenia: su brevedad, su simplicidad y su carencia de artificialidad. Un ejemplo, entre muchos que podríamos aducir, es la comparación entre el Canon 7 con uno de los cánones de un Concilio de 341 en Antioquia. Los siguientes, leídos con las palabras entre paréntesis, coinciden, con leves cambios, con los Cánones Antioquenos, y sin ellos, con los Apostólicos: "Todos los que vienen (a la iglesia) y escuchan la (sagrada) Escritura que se lee, pero no se quedan para la oración (con el pueblo) y (rechazan) la sagrada comunión (de la Eucaristía), esos tales deben ser expulsados de la Iglesia como rebeldes (hasta que, mediante la Confesión, y habiendo mostrado frutos de penitencia, y por súplicas, hayan demostrado merecer el perdón)".

(4) Otros indicios. La palabra "metropolitano" es introducida en el canon 35 de Antioquia; en cambio, en los Cánones Apostólicos se dice simplemente "el obispo principal", o literalmente el "*primus*". Esto concuerda con el hecho histórico sabido: que la palabra "metropolitano" no se usó hasta el siglo IV. Igualmente, la palabra "provincia" aparece en dicho canon antioquense del 341, y no en los Cánones apostólicos. Llama la atención la diferencia que media entre las dos Colecciones cuando se trata de posesiones de la Iglesia. Mientras los Cánones Apostólicos hablan simplemente de "los intereses de la Iglesia" o "los bienes de la Iglesia", en los Cánones Antioquenos, compuestos

tras haber sido reconocida por el poder civil, dice: "los ingresos de la Iglesia" o "los productos de la región". Hay palabras contenidas en los Cánones que reencontramos en autores pre-Nicenos. Así la palabra "clerecía", para el cuerpo de ministros, que se encuentra en los Cánones Apostólicos, es usada también por Orígenes, Tertuliano y Cipriano (s.III). La palabra "lector", para un orden inferior, es usada por Cornelio, obispo de Roma (s.III), y también por San Justino mártir (s.II). "Altar" palabra usada en los Cánones, es la única palabra utilizada para la mesa del Señor por San Cipriano (s.III), y antes, por Tertuliano e Ignacio (s.II). "Sacrificio" y "oblación", para los elementos consagrados, se halla en los Cánones, y también en Clemente de Roma (hacia el año 100), en Justino e Ireneo (s.II). Todos éstas son pruebas de autenticidad, de mucho peso. Todos sabemos qué difícil, cuando se "forja" a propósito un término, es evitar caer en incongruencias de tiempo, lugar, etc. Si la Colección hubiese sido "armada", es probable que detectaríamos en ella anacronismos o algún otro tipo de error. Cosa que no sucede.

(5) Última observación: estos Cánones nos han llegado de la zona Oriental, no desde Roma, y después de Constantino (IV) fueron bastante descuidados, o al menos reemplazados, en la Iglesia; no contienen por lo tanto lo que llaman "corrupciones de Roma"¹². Además hay indicios para pensar que la Colección o Edición que nosotros tenemos fue hecha por herejes, probablemente Arrianos, aunque ellos no se han entremetido en los contenidos principales. Así, por un lado, el descuido en tiempos posteriores separa a los Cánones del "Romanismo"¹³; y por otro lado, la aceptación

12 No olvidar que Newman, cuando escribe esto, es todavía Anglicano y escribe para Anglicanos que tienen muy grabado el prejuicio de las "corrupciones romanas". De hecho Newman investiga buscando encontrar una justificación a su convicción de que el Anglicanismo es la VIA MEDIA entre "corrupciones romanas" y "alteraciones protestantes". Busca una línea ininterrumpida entre la primitiva Iglesia y la Iglesia Anglicana tal como él la ve: genuinamente católica y no protestante.

13 "romanismo" implica desvíos de la línea ideal que conservaría intacto el legado, sin "corrupciones". Newman descubrirá al final que la auténtica línea de "desarrollo" es la de la Iglesia Católica Romana, y por eso salió del Anglicanismo y se hizo Católico Romano.

de los Arrianos es un segundo testimonio, que se agrega al de los primeros siglos, para evidenciar el origen apostólico de los Cánones. Resumiendo: en los primeros siglos fueron aceptados; los arrianos contemporáneos los respetaron; solamente en tiempos posteriores corruptos no los tuvieron en cuenta.

¿No deberían tomarse, por tanto, como un bello retrato de las doctrinas y costumbres de la Cristiandad Primitiva?

8

Mucho desearía que los Protestantes hagan un esfuerzo serio para auto-ubicarse cuando escriban una historia del Cristianismo. ¿Hay trazas de Lutero antes de Lutero? ¿Hay algo que muestre que lo que ellos llaman la “religión de la Biblia” fue alguna vez profesado por alguien, cristianos, judíos o paganos? Pregunto de nuevo: ¿hay alguna huella en la historia de un proceso de cambio en la creencia y en la práctica de la Iglesia, tan serio, tan violento, como para justificar la noción de una gran corrupción o perversión de la Religión Primitiva? ¿Hubo alguna vez un tiempo, y qué tiempo fue, en que el Cristianismo fue algo de aquello contra lo cual protestan los Protestantes: formal, no-espiritual, supersticioso, y no-evangélico? Si tal tiempo no puede ser detectado, entonces “la Religión de los Protestantes”, en lugar de ser algo que tiene que ver con hechos históricos del pasado ¿no es más bien algo que tiene que ver con el moderno juicio privado? ¿Tienen algo que decir en defensa de su idea del Cristianismo de los primeros siglos, excepto que tal “idea” les es necesaria para ser Protestantes? “Los Cristianos” –parecen decirnos– “*deben* haber sido, en esos primeros tiempos, diferentes de lo que el registro de esos tiempos muestra que fueron, y *deben*, con el tiempo, haber

abandonado esa fe y ese culto que tuvieron al principio, pues *si no*, el Protestantismo no es verdadero. Nos vemos llevados a hechos hipotéticos, pues de otro modo no podemos reconciliar hechos tan discordantes entre sí como los que presentan los antiguos tiempos y los nuestros. Exigimos sustituir *a priori* el razonar partiendo de hechos históricos, por el derecho a auto-defensa y auto-preservación”.

He insistido sobre este punto en varias formas, y ahora estoy mostrando cómo lo aclaran los Cánones Apostólicos. No cabe duda de que ellos representan para nosotros, en su conjunto, y hasta donde llegan, la faz visible del Cristianismo en los primeros siglos; ahora bien ¿se atreverá a decir el Protestante que reconoce allí alguna similitud con su propia religión? Ante todo tenga en cuenta lo que transmite la sola idea de Cánones Apostólicos. Es esto: que los Cristianos no pueden rendir culto a su gusto, sino que deben pensar y rezar según reglas, reglas provenientes de un cuerpo de Obispos, sobre los cuales el laicado no tiene poder alguno. Y luego: ¿qué queda del lema protestante “la Biblia, toda la Biblia y nada más que la Biblia”, cuando una colección de Cánones se coloca reglamentariamente sobre sus hombros, como una segunda regla de fe, excluyendo toda libre y fácil religiosidad? ¿Y qué lugar queda para el juicio privado, si han de obedecer la orden de ciertos hombres falibles? ¿Y qué habrá que hacer con el gran principio “Unidad y no uniformidad”, si han de ser reconocidos los Cánones que piden tanto unidad como uniformidad?

Todo esto a primera vista; y cuando se prosigue examinando lo que realmente contienen estos Cánones, su incompatibilidad con los principios fundamentales del Protestantismo se vuelve más patente. Paso a enunciar algunas instancias como prueba de lo dicho. Así, recogeremos de los Cánones los siguientes hechos sobre el Cristianismo Primitivo, a saber:

1. Había una jerarquía de ministros ordenados, consistente en tres órdenes: Obispos, Sacerdotes y Diáconos.
2. Sus nombres figuraban en un rollo o catálogo formal.
3. Había órdenes inferiores, como lectores y cantores.
4. Los que habían entrado en las sagradas órdenes, después no podían casarse.
5. Había diócesis locales, cada una de ellas dirigida por un Obispo.
6. A su cargo y sólo a su cargo estaba el cuidado de las almas de la diócesis.
7. Cada Obispo ejercía este cargo sólo dentro de los límites de su diócesis.
8. No estaba permitido que ninguna influencia secular interfiriese en nombramiento del Obispo.
9. Los Obispos constituían un cuerpo legislativo, y se reunían en Concilio dos veces al año, para considerar cuestiones dogmáticas y puntos en controversia.
10. Uno de ellos tenía preeminencia sobre el resto, y tomaba la dirección; y así como los sacerdotes y el pueblo en cada diócesis obedecía a su Obispo, así también en temas más generales los Obispos asen-
tían a su "Primus".
11. Pascua y Pentecostés eran grandes fiestas, y algunos otros días también eran de fiesta. Había ayuno en Cuaresma: un ayuno en la víspera de Pascua, y los miércoles y viernes.
12. El estado de celibato era reconocido.
13. Los lugares de culto eran sagrados.
14. En las iglesias había un altar, y un servicio de altar.
15. Había un sacrificio en su culto, cuyas materias eran pan y vino.
16. Había oblaciones de frutos de la tierra también, en conexión con el sacrificio.
17. Había vasos de oro y plata en el rito, habiendo sido consagrados.
18. Había lámparas sagradas, alimentadas con aceite de oliva, también previamente consagradas.
19. El Bautismo era administrado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.
20. Los cristianos que se hicieron indignos de su profesión eran excomulgados.
21. A nadie le estaba permitido rezar, ni siquiera en privado, con personas excomulgadas, a costa de ser a su vez excomulgado.
22. A nadie le estaba permitido rezar con herejes, ni entrar en sus iglesias, ni reconocer su bautismo ni su sacerdocio.

Estas reglas nos proporcionan en gran medida lo más importante del diseño de la religión de su tiempo: y no son solamente definitivas en sí, sino además nos brindan los medios de completar las partes que no encontramos en ellas. La primitiva Comunidad cristiana, considerada entonces como un cuerpo viviente, se distinguía por su carácter

altamente sacerdotal, ceremonial y místico. ¿Cuál de los cuerpos religiosos modernos se le parece? ¿los Wesleyanos? ¿la Sociedad de Amigos? ¿La Iglesia Escocesa? ¿alguna otra de las denominaciones Protestantes? Con sus sociedades religiosas para la Iglesia, con sus comités, consejos y plataformas, en lugar de Obispos; sus periódicos en lugar de Concilios; sus conciertos para orar en lugar de anatemas sobre herejía y cisma; sus declamaciones en reuniones públicas para exorcismos; sus festivales de los Mártires los 4 de octubre; sus gloriosas conmemoraciones de los muertos; su gas y estufas en lugar de cera y aceite; sus críticas al ayuno y al celibato; y su recurso al juicio privado en lugar de sumisión a la autoridad – Es un estado de cosas completamente diferente.

Termino entonces como empecé: si el Protestantismo es otro nombre del Cristianismo, entonces los Mártires y los Obispos de la primitiva Iglesia, los hombres que enseñaron a las naciones, los que convirtieron al Imperio Romano, han de ser convertidos ahora a su vez. ¿Nos alinearemos con la primera edad del Cristianismo o con la última?

Verses on Various Occasions XV

ACCIÓN DE GRACIAS

*"En tu fidelidad me afligiste" (Sal 118, 75)*TRADUCCIÓN
JORGE FERRO

Ya Señor en el polvo tu voz soberana
 Me urgió primera al amor divino.
 Soy todo tuyo, tu elección y tu desvelo,
 Y tuya es mi alabanza misma.

Y te alabo, Señor, mientras rastreo
 Tu Providencia en la niñez endeble.
 Y por aquellas mercedes concedidas
 Aun antes de que el juicio amanecido
 Fuera capaz de escudriñar tu Gracia.

Y esas mercedes en la mocedad admirada,
 Sueños brillantes, e imaginar extraño;
 Y mercedes cuando aquel poder terrible
 De la razón lograba ya un alcance
 Más atrevido para el pensamiento.

Y mercedes los amigos, que a mi puerta
 Llegaron sin pedirlos ni soñarlos;
 Más escogido aun, aquel raudal en casa
 De incontables sonrisas anhelantes.

Pero Señor, en el rincón más íntimo
 De la memoria venero esos momentos
 Tristes cuando al alzar mis ojos
 Tu faz se revestía de mansa austeridad.

No perdería un suspiro ni una lágrima,
 Una congoja ni un latir de sienes;
 La pena severa era ya dulce,
 Y dulce es ahora su recuerdo.

Sí! Que las fragantes cicatrices queden
 Como prendas de tu amor:
 Las tenues sombras del costado herido
 Por la lanza, y la cabeza
 Circundada de espinas.

Que obre así también hoy tu suave fuerza
 Cada vez que me aparte o me desvíe,
 Reduciendo a la verdad el querer discolo
 A lo largo de tu sendero angosto.

Niégame la riqueza; aparta lejos
 El cebo del poder y nombradía.
 La esperanza se afirma en estrecheces,
 El amor en lo débil,
 Y la fe en la ignominia de este mundo.

Esta poesía es la que cita Newman, en su última estrofa, dentro de los recuerdos que refiere en sus Escritos autobiográficos en 1859, cuando habla de sus aflicciones. En efecto, es una síntesis poética de todo lo que allí, y en los Sermones, había dicho al respecto. Por ello, constituye el complemento más acabado del artículo precedente.

A THANKSGIVING

"Thou in faithfulness hast afflicted me".

Lord, in the dust Thy sovereign voice
First quicken'd love divine;
I am all Thine, -Thy care and choice,
My very praise is Thine.

I praise Thee, while Thy providence
In childhood frail I trace,
For blessings given, ere dawning sense
Could seek or scan Thy grace;

Blessings in boyhood's marvelling hour,
Bright dreams, and fancyings strange;
Blessings, when reason's awful power
Gave thought a bolder range;

Blessings of friends, which to my door
Unask'd, unhoped, have come;
And choicer still, a countless store
Of eager smiles at home.

Yet, Lord, in memory's fondest place
I shrine those seasons sad,
When, looking up, I saw Thy face
In kind austereness clad.

I would not miss one sigh or tear,
Heart-pang, or throbbing brow;
Sweet was the chastisement severe,
And sweet its memory now.

Yes! Let the fragrant scars abide,
Love-tokens in Thy stead,
Faint shadows of the spear-pierced side
And thorn-encompass'd head.

And such Thy tender force be still,
When self would swerve or stray,
Shaping to truth the froward will
Along Thy narrow way.

Deny me wealth; far, far remove
The lure of power or name;
Hope thrives in straits, in weakness love,
And faith in this world's shame.

OXFORD.

Octubre 20, 1829.



Tu oportunidad de ayudar
y hacer buenos negocios.

2º Subasta de lotes a beneficio de la Fundación Oficios

18 de Septiembre, 2008 • Hipódromo de San Isidro, Salón Tattersall
www.fundacionoficios.org.ar



RESUMEN DE BASES Y CONDICIONES

Subasta privada a beneficio organizada por la Fundación Oficios. Todos los lotes, derechos, acciones y obligaciones correspondientes a los contratos relativos a los lotes, se ofrecerán al público participante en la Subasta. Se partirá de una base equivalente al 50% del valor del mercado y será adjudicada por quien realice la oferta más conveniente. Quien resulte ser adjudicatario deberá abonar al desarrollador una suma por el valor de cinco mil pesos. El adjudicatario, al participar de la Subasta, deberá informarse sobre las particularidades técnicas y jurídicas de los lotes ofrecidos y adjudicados en la Subasta. Dicha participación supone todo lo actuado por los desarrolladores conociendo toda la información relativa a ellos. El adjudicatario asume que la participación en la subasta implica su compromiso irrenunciable de donar a la Fundación Oficios el 5% del precio de adjudicación del lote subastado. Al momento de otorgar cada lote en la subasta, el adjudicatario suscribirá conjuntamente con el desarrollador un formulario de reserva a través del cual las partes se comprometerán a hacer efectiva la instrumentación en la fecha y lugar determinado. En caso que el adjudicatario no integre el precio o anticipo en la fecha y lugar convenido, la adjudicación en Subasta quedará resuelta sin más trámite, perdiendo la suma entregada en la subasta, así como también cualquier otro derecho sobre el lote que le fuera adjudicada en la misma.

Se les dice a los cristianos, no solamente que no se depriman ante sus sufrimientos sino que se alegren. Más aún, que se *alegren* no sólo porque la aflicción sea *una disciplina que conduce a un bien futuro*, sino porque es un privilegio presente, el privilegio de *ser hechos semejantes a Cristo*.

1829. *Sermones no publicados* (Vol II, 26) p. 197